UNIVERSITY OF ARIZONA
39001008165469

UNIVERSITY OF ARIZONA
LIBRARY

MENTALIDADES ESPAÑOLAS

POR

QUINTILIANO SALDAÑA

VOL. I

MIGUEL DE UNAMUNO

MDCCCCXIX

Digitized by the Internet Archive
in 2023

https://archive.org/details/migueldeunamuno0000unse_n0w4

MENTALIDADES ESPAÑOLAS

ES PROPIEDAD

MADRID.—IMP. DE G. LÓPEZ DEL HORNO
SAN BERNARDO 92, TELÉFONO J. 1.002

MENTALIDADES ESPAÑOLAS—I

MIGUEL

DE

UNAMUNO

POR

QUINTILIANO SALDAÑA

MADRID
LIBRERÍA DE RUBIÑOS
Preciados, 23
1919

SPAIN

Obras del autor.

I.—Jurídicas.

¿Qué es la pena?—Madrid, Imp. Fernández Arias, 1908.

Historia del Derecho penal en España, en *Adiciones* al *Tratado* de von Liszt. Madrid, Reus, 1914.

Los orígenes de la Criminología.—Madrid, Suárez, 1914.

La Antropología criminal y la Justicia penal.—Madrid, Reus, 1915.

Defensa social y perfección social.—Madrid, Imprenta de Estrada, 1916.

El Derecho penal en España (en *Adiciones*). Madrid, Reus, 1916-1917, 2 volúmenes.

Psicofisiología del orador forense.—Madrid, Imprenta J. Ratés, 1917.

La reforma del Código penal.—Madrid, Reus, 1919

La Constitución rusa de 10, Julio, 1918.—Madrid, Imp. Fortanet, 1919.

II.—Sociales.

La Enseñanza: lo que es, lo que debe ser.—Sevilla, 1909. — 2.ª ed. Barcelona, *La Cataluña*, 1910.

La Enseñanza en España.—Madrid, Imp. Torres, 1915.

La Educación ciudadana.—Madrid, Imp. Torres, 1916.—2.ª ed. Bilbao, Artes Gráficas, 1917.

El Periodismo.—Madrid, Imp. López del Horno, 1918.

UNIVERSITY OF ARIZONA LIBRARY

863.59
U54Z
S1

I

EL HOMBRE DE LETRAS

Al fin se ha definido el Sr. Unamuno. Sabíamos que él era algo, que se creía él mismo algo; pero no sabíamos a punto fijo qué era, ni menos qué se creía el Sr. Unamuno... Ya descansamos, entendiendo qué es el Sr. Unamuno, pues él lo dice, cuando colecciona sus obras menores bajo la etiqueta de *Ensayos* (1). Es un ensayista.

Publicó antes: *Tres ensayos: Adentro, La ideocracia, La fe* (Madrid, R. Serra, 1900), que ahora reaparecen (tomo II, pág. 181 y siguientes). Más tarde, *Mi religión y otros ensayos* (Madrid, Renacimiento, 1910). Hoy recoge, como *Ensayos*, casi todos sus folletos y artículos. Veremos si el resto de su labor, ahora no recolectada, merece otro nombre. Entretanto, analicemos... Antes, tomemos la clave. Es el Sr. Unamuno escritor de esos a quienes el vulgo califica de «raros». Esto quiere decir que la clave de su inteligencia no es, acaso, la psicológica, la normal, la que se cobija en la ley. Estudiemos, pues, el caso.

---

(1) *Ensayos*, por Miguel de Unamuno, tomos I al VII Madrid, Residencia de Estudiantes, 1916-1918.

68212

HIPERESTESIA DEL YO

En el inicio de las nuevas cosas, se las nombra con vestes ajenas de cosas conocidas. Es, con artificio, la metáfora, el tropo, de traslación de sentido; personalmente, el título relativo; gramaticalmente, el derivado. Así, de «hiperestesia», exceso perturbador, alteración subjetiva de la sensibilidad, en neurología, dícese *hiperestesia del yo,* esto es, la exaltación de la personalidad.

La hiperestesia sensorial es un estigma de histerismo; la hiperestesia psíquica es característica de *dandismo literario y artístico,* común a autores, actores, pintores, escritores, músicos y danzantes... Aquélla explica las «zonas histéricas» (puntos histerógenos, zonas doloríficas); ésta, las *zonas éticas* («puntillo» de honra, «flacos» de amor propio); así, en Francia, puede llamársele impunemente a un mal pintor *cocu*, pero no *pompier*.

Como la sensorial, es la hiperestesia psíquica. A la «hipomanía» —manía genérica— corresponde la *logomanía;* a la «hiperosmía» —idiosincrasia aguda del gusto y del olfato—, la *intolerancia y fanatismo sectarios;* a la «hiperacusia» —hiperestesia del oído o de la vista—, las *filias y fobias po-*

líticas; a la «hiperalgesia» —hiperestesia de la sensibilidad dolorífica—, la *susceptibilidad* moral e *indiscutibilidad* mental; a la «hipermetropia» —exceso de alcance visual, inacomodación por exceso—, lo que se llama *pasarse de listo...*, y a la «hiperostasia», o «exastasia del cráneo», ¿no se atribuye, vulgarmente, la *terquedad?*

De aquí, en la confluencia psicofísica (mejor: en la Mesopotamia de *Psychés* y *Physis*, que diría el Sr. Ortega y Gasset), las *alucinaciones*, errores de cantidad o proporción que por culpa de la sensibilidad sufre la mente, y las *ilusiones*, errores sensitivo-mentales de calidad (Tanzi).

Se empieza dicendo, en metáfora: «un yo hiperestésico». Se quiere indicar: lo *hiperpersonal* o *superpersonal*, a saber, lo que es de naturaleza personal, mas a lo que, en todo o en parte, no pueden aplicarse los predicados de la personalidad (Baldwin). Lo hiperpersonal no puede reducirse a ser verdadera personalidad, dada a sus límites; es más que personal y no es personal; como lo hiperfenomenal se basa en fenómenos, aclara fenómenos, pero no es ya fenómeno.

Antes se conoció con otro nombre: *megalomanía*. A saber: una especial forma de falsa imaginación que aparece en ciertos casos de insania —en particular, manía; en general, parálisis— cuando el paciente se siente engreído, en la sobreactividad de sus energías, y su espíritu henchido de un poder de brillante empresa, agigantada su fuerza, ex-

pandidas sus posesiones, notable su hazaña, supremo su imperio (Jastrow).

En el fondo es un sentimiento radical: el *Selbstgefühl* o *self-feeling*, «estima o satisfacción de sí mismo» —define Baine (por donde llegamos a despreciar a todo el mundo, llamando «brutos», con toda espiritualidad, en un Discurso, a los que piensan de manera distinta a nostros en, materia internacional). Derivado del instinto de conservación, «en la plena conciencia de sí mismo y encarnado en la idea del yo» —según Höffding (que nos lleva a la desesperación cuando nos arrebatan, por ejemplo, un cargo oficial universitario que poseíamos). «Tendencia que impulsa al acrecentamiento de la personalidad» —según Fanciulli (de gran valer, en cuanto sirve para que, viéndonos satisfechos de nosotros mismos, lo estén de nosotros las gentes).

Jesús dijo en la montaña «Bienaventurados los humildes»; pero añadía: «porque de ellos será el reino de los cielos». Que en éste, ¡desgraciados los humildes! Nadie creerá, si sabios, en su ciencia; si artistas, en su genio. Seamos o aparentemos ser vanos, siquiera por estudiada conveniencia; aunque en el retiro de nuestro corazón, con delectación cruenta, hagamos nuestro propio epigrama, así como hace el místico su confesión.

Nuestros amigos, los animales, también tienen —¿por qué no?— su amor propio. Así se ha estudiado la vanidad, la inmodestia, el orgullo, en los pájaros habladores, que se escuchan (Romanes), tal

como nuestros oradores; el sentimiento de la propia dignidad en los elefantes, que se vengan (Broderip, Bingley, Swainson), igual que los políticos; el caballo, que se engalla y bate los cascos con ritmo y majestad (Fanciulli), semejante a ciertas mujeres y a los toreros; sobre todo, el gallo —recuérdese el canto al sol, de Rostand—, por donde el viejo Esopo y todos los fabulistas fueron, a más de hábiles pedagogos, que dirigiéndose a los animales aleccionaban a los hombres, muy grandes psicólogos. Menos moralistas y nada poetas, han explicado, por el exhibicionismo de la atracción sexual, en el macho —así, entre los pájaros—, la selección sexual, los biólogos.

Nuestros pequeños semejantes, los niños, son en grado sumo vanidosos y soberbios, en proyección hostil de envidia (Pérez), y así los artistas, en la perdurable niñez del instinto.

Ilustres y barrocos compañeros nuestros, los hombres de toda profesión, son vanidosos de ella. «Un soldado, un pilluelo, un cocinero, un mozo de cordel se envanecen y quieren tener sus admiradores» —pensaba Pascal, y sin necesidad de tanto esfuerzo vemos cada día.

Propio de quien se ama mucho, demasiado, es la «autocontemplación», que nombró Kant: *Solipsismus;* de cuya alegría, tristemente, hablaba ya Espinosa, en la *Etica*. Narciso, el «enamorado de sí mismo», no murió en una fuente, cerca de Tespias, que anda por el mundo, y no sonríe al verse retratado en

las claras linfas, sino en turbias prensas; y si no en figura, en los signos de su nombre; ya sea para el aplauso, ya para la censura, que eso no importa, siempre que se hable de nosotros...

Ahora, del amor propio a la autoexposición, y es el *exhibicionismo*, vieja psicopatía. Es el lógico afán de evidenciarse, aquel *étalage de soi*, propio de quien se siente, no de mérito—inferior siempre al ajeno subido valer—, sino de soberano mérito. Hasta un posible caso de conciencia... Somos ejemplares, ¿y hemos de incidir en el egoísmo injusto de que no se nos conozca?

La *hiperestesia del yo* puede originarse: o de meningitis genial, en los precoces, o de tabes perversa, en los tardos, o de intoxicación por el éxito prematuro, en los mediocres. El Sr. Unamuno, nuestro gran hiperestésico, no es un precoz; no es tampoco un tardo. Para la indagión de la hiperestesia del yo es decisivo el serodiagnóstico del aplauso... He aquí el «caso Unamuno».

Sólo hay un hombre, verdadero hombre, desposeído; sin vanidad, ya que su espíritu está lleno; insensible al superlativo amor propio, pues se compara, una vez que se conoce a sí mismo, consigo mismo, en la posible perfección, nunca lograda...; sin soberbia, porque ama la verdad, que está oculta, jamás encima, siempre debajo de las apariencias. Es el sabio, el *verdadero sabio*.

Ese no se escucha ni se contempla, ni menos se exhibe, ni desvaría soñando grandezas; antes, habla poco y sencillo, y como apocado y huído anda.

LA CONQUISTA DE LA FAMA

Es un modo paralelo, superorgánico, de la conquista de la hembra. Como ésta, la conquista de la fama conoce dos formas clásicas. Es una el galante cortejo rendido, que adula y lisonjea, buscando en vías de agradecimiento, por reacción graciosa de placer y agrado, la no merecida dádiva de amores. Así, linsonjeando a las multitudes, nos hacemos a ellas gratos y *simpáticos;* repitiendo las gratas apariciones se llega a ser *populares;* pronto afirmado el recuerdo múltiple, acabamos por hacernos *célebres.* La memoria social se ha aprendido ingenuamente nuestro nombre, y la opinión pública —más extremada que consciente— se ha dignado pensar (?) favorablemente de nosotros. Las conocidas «alas» de la fama llevan escrito, en caracteres brillantes, nuestro precioso polisílabo.

Mas —¡cuidado!— que la graciosa dama tiene un adorador, llamado «Legión», como el demonio del Evangelio. Ella nos ama; pero, sinceramente, ¿cree ella en nosotros? De hecho somos más célebres que acreditados, y la Fama, como su ligera hermana la Suerte, es versátil de suyo y tornadiza. ¡Ay de nosotros el día en que salga uno que le diga,

con buena voz de tenor: —«¡Tonta, si ése es un farsante!» Luego, ¿quién es el «simpático»? El más semejante, el que a todos inspira buena confianza, por ser tan tonto como cualquiera (1). El «popular» es tan inconsciente como todos juntos, y, desde luego, más tonto que cualquiera. «Célebre», se puede ser igualmente por la admiración que por el ludibrio.

Es más segura, si bien difícil, la segunda forma de conquista. ¿Cómo? He aquí la displicente exhibición de encantos naturales que en apariencia se esquivan, entunicados, entre vaguedades de misterio, rarezas de estirpe, y supuestos exquisitos valores, muy codiciados o poco poseídos. Eso excita a la hembra —la mujer, la opinión— a conocer, primero, aquello raro que columbra; a poseer, luego, esto difícil que apenas alcanza. Entonces es cuando la táctica impone el fuerte dicterio por sistema; el maltrato de obra, por régimen. Es la «chulería» española; el arte del *maquereau;* la perversión sexual del marqués de Sade, ese moderno Barbazul...; la injuriosa osadía de los bufones.

Entonces, sólo entonces, es cuando la hembra atormentada nos adora como superiores a todo y a todos, en supremo extraño afecto, exquisita y brutal síntesis de amor y de odio; cuando la opinión nos consagra como únicos, en las profundidades de su absurda inconsciencia.

---

(1) Sobre psicología del «simpático», Vid. nuestra Conf. *El periodismo*, Madrid, 1918, págs. 6-7.

A la mujer y a la opinión ha de hablarse poco y difícil, a fin de que sienta ella más que hable (que así, mientras piensa en el sentido, calla), y crea más que entienda, y es la sátira, por su ignorante religiosa fe, la más segura venda para hacerla creer en nosotros. ¡Desgraciado el hombre de letras que escriba llano y sencillo, por más que diga hondo y fuerte! El que entienda lo que lee está al cabo de la calle, y ya quiere dar la vuelta... Ha de hablarse a la opinión y a la mujer en seco y despectivo; que así ella se afanará —por ley de opuesta afinidad electiva— en ser blanda y amable.

¡Pobre hombre de letras el que entusiasmado sinceramente se entregue en el aplauso a la ajena obra, si bien su conciencia se lo dicte! Eso, jamás. El que admira ya no es admirable. Un prudente gesto de reserva, de tolerancia, ante la juventud valiosa, es la única defensa contra los bárbaros iconoclastas que gritan en el pórtico.

Luego, se precisa la más elegante incredulidad; al menos, una decorosa duda... Quien sea creyente no puede dignamente aspirar a ser creído.

El Sr. Unamuno —en el *Prólogo* a *Paisajes parisienses*, de Ugarte—, muy ingenuamente, ya lo reconoce. «Uno más —dice— inficionado del erostratismo que a todos nos corroe» (*Ensayos*, III, 85). ¿A todos? Cuidado con las generalizaciones. Y no rehusa ser padrino de la criatura «de un compañero así (?) de ilusiones y vanidades». Allá «su alma en su palma», o, si se quiere, *prosit!* En cuanto a Ma-

nuel Ugarte, bien conocido es; si no lo fuera ya bastante como americano. En el *Prólogo* a *En torno al casticismo* (ed. 1902), juzgando la primera edición de estos ensayos, y reconociendo su extravagancia, «tratábase de llamar la atención del público», dice (pág. 25). Unamuno es, en esto al menos, el maestro de maestros, siempre por el ejemplo, y desde 1902, por la doctrina. En 1904 escribió *Sobre la soberbia...* (*Ensayos,* V); ahora, tiene anunciado su ensayo evangélico: *Eróstrato o de la Gloria.*

EL VALOR DE LA CONTRADICCIÓN

Al publicar estos *Ensayos,* repara el autor en sus «íntimas contradicciones»; mas ello no le inquieta, ya que «salieron de mi pluma —dice— en distintos períodos de mi vida mental» (*Ensayos*, I, II). Más adelante, al frente del primer *Ensayo* (1895), previene al lector respecto a «las afirmaciones cortantes y secas que aquí leerá y a las *contradicciones* que le parecerá hallar» (pág. 20). El lector encuentra que, en efecto, esas contradicciones —más que zigzagueos del espíritu—, halladas al leer, no son aprensiones suyas. Son realidades constantes; acaso lo único constante que halla.

Mas, es forzoso rectificar un viejo, estrecho, punto de vista. Se formaron nuestros pobres espíritus bajo la horma mental de la lógica pura, y henos aquí cerrados a todo progreso. Imponíase al trabajo intelectual una interna condición de concordancia lógica, de consecuencia, de integridad espiritual, y esto era limitarle. Todo límite es una negación; toda negación es un vil atentado a la vida. Creíamos (sí; confesemos humildemente nuestro

yerro) que la contradicción carecía de todo valor, valor ideológico se entiende; que pensar hoy de un modo, en un sentir, y mañana de otro, en todo lo contrario, era perder más que el tiempo; que decir hoy: «esto es esto», y mañana: «esto es aquéllo», y al otro día: «esto es lo de más allá», no era, ni serio ni digno. Pues bien —es preciso decirlo—, nos hemos equivocado. La contradicción, como antinomia mental, carece, tal vez, de valor lógico; aun puede admitirse que signifique una *subvalía* (¿no se dice «plusvalía?»). Mas la contradicción, como variación espiritual, tiene un innegable, enorme, valor psicológico. Naturalmente, nosotros, los simples mortales, no tenemos derecho a contradecirnos; lo contradictorio, en nosotros, es una patente de idiotez. «Hoy dice esto y ayer dijo lo otro: ¿qué tal?» Aún, aún, si la antinomia mental es ante los tribunales de justicia, el juez o el tribunal pueden pedirnos explicaciones sobre la contradicción que en nuestras declaraciones hallen, y su causa o móvil. La Justicia es un rudo guerrero que no entiende en achaque de psicologías...

Mas, cuando se trata de espíritus superiores, todo cambia. La simple contradicción significa, ya, el *precioso dualismo*. He aquí que no somos unos pobres «simplicistas», y nos hemos redimido de la ominosa tiranía lógica. La contradicción múltiple esa es la anhelada complejidad del hombre superior. Esto que dice hoy es lo contrario de lo que dijo ayer, y cosa totalmente diversa de lo que afir-

mará mañana. Ahora, ¡qué suerte, la de poder asistir a esos momentos, en la evolución de un magno espíritu!

En relación con el *no yo*, con la realidad objetiva, que es lo que es, al toque de todos los falsos reactivos filosóficos, la contradicción es una arlequinada; en relación con el *yo* (con un yo que carece acaso de ese *quid solidum*, el «carácter»; de ese *complexus*, la «conciencia»; un yo hiperestésico, gaseoso, cambiante, reflejo de todo en las claras linfas de la nada, de un *yo sin yo*), lo contradictorio es equívoco de proliferación de la personalidad, la única riqueza proteiforme posible a lo que por naturaleza es mucilaginoso, como la ameba, que ya es esto, ya lo otro, ya nada...

Cuando se busca en los libros, no la verdad objetiva reflejada, interpretada por una cultura, sentida por un temperamento y expresada por una mentalidad, sino la verdad subjetiva, aspecto de esa misma cultura, humor de ese temperamento y gesto de esa mentalidad, poco importa la contradicción; antes, ¡bendita sea! Así como en los *Flos sanctorum* se complacían en narrar la mala vida anterior de los santos, acaso exagerada, sus hagiógrafos...

Que así dice el autor: «En mucho he cambiado de parecer y de criterio; mas, acaso sirva a alguien lo que pensaba hace años en oposición a lo que hoy pienso y tanto más que esto» (*Ensayos* I, 12). Yo, francamente, no comprendo para qué bueno sirva

lo que pensaba el Sr. Unamuno hace años, en oposición a lo que hoy piensa, supuesto que esto —esto o aquello, una de dos— sea lo exacto; ni veo cómo, creyéndolo así, pueda envanecerse de su verdad nueva el autor, si no es para detestar lo viejo y lo falso. O es que no existen para el Sr. Unamuno, ni la verdad ni el error, sino el *yo* (de tanto valor el actual como el pasado, opuestos) y el *no yo* (de escaso valor, en cuanto es ajeno y constante).

CONTINUÍDAD Y RENOVACIÓN

Y así es, cuando el autor dice no «haber pretendido nunca una absurda consecuencia doctrinal (*sic*) y sí tan sólo una continuidad en el desarrollo de mi pensamiento» (*loc. cit.*). Otra duda. Creíamos, ingenuamente, por *continuidad ideológica*, el desarrollo lógico del pensamiento sobre los carriles del raciocinio, mediante eslabones de tácita congruencia silogística, esto es, la *consecuencia mental*, especie de continuidad moral, en la ética de las ideas, más estrecha y segura que la de los hombres...

Unamuno se refiere, sin duda, ausente la consecuencia, a la mera *sucesión*. Mas esto tiene ya otro nombre: se llama «contigüidad», histórica o psicológica. No confundirse. Continuo es lo orgánico; contiguo, lo conglomerado.

«Continuidad —aclara en un inciso— que lleva a puntos de vista opuestos a aquellos de que se partió» (*loc. cit.*). Si, tanto como en las asociaciones mentales saltamos de unas a otras por las ideas más opuestas (así en la fina observación de Edgard Allan Poe, *The murder in the rue Morgue);* mas esto, entiéndase, es tomando la palabra idea

en el sentido de imagen, por analogías en lo que tiene de externo; por semejanzas en su representación fonética, la palabra; triste psicología de esa langosta del ingenio humano que son los «parecidos» y los «colmos». Sólo así la continuidad, por la línea del absurdo, lleva a los opuestos. Esa es la *continuidad mental* del Sr. Unamuno.

El Sr. Unamuno cree que es lícito variar. Y la verdad, como relación, fijos los términos lógicos (verdad lógica) no varía —otra cosa es el célebre *argumento de Balmes* contra el protestantismo, que para él, verdad (verdad metafísica) es la esencia participada o conocimiento de la eterna, de la inamovible realidad. Acaso no existe la verdad; pero florecen, dondequiera, las verdades. La verdad se ha hecho politeísta..., y se suceden sus ministros —los filósofos—, y varía su culto —los métodos—, pero quedan sagradas, intangibles, las humildes verdades.

Renovarse, suma preceptiva del filósofo, no es modificar las soluciones, sino sustituir los temas. Y he aquí que el Sr. Unamuno lo entiende a la inversa. El se justifica de sus variaciones; él proclama su constancia en los temas de meditación, sus «pensamientos cardinales». Esto, suponiendo que pensamientos no quiera significar aquí, objetivamente: ideas, tesis; que entonces, ¿cómo la variación?, ¿cuándo las contradicciones?

CONSECUENCIA Y CONCIENCIA

Convicto de su poligamia mental, el Sr. Unamuno vuelve a justificarse, en 1906, en su ensayo: *Sobre la consecuencia, la sinceridad,* que ahora reaparece (VII, 63-96). El sentido es éste: la consecuencia moral y la mental, en la realidad individual, se excluyen: «está comprobada la consecuencia moral de los inconsecuentes mentales». Y vale más ésta, «la del ser», «la consecuencia en el carácter», que la otra, «la consecuencia en el pensar..., en las opiniones» (VII, 68). He aquí la defensa mental, consecuente, de la inconsecuencia mental... «No es R., por fortuna para él y para sus amigos, y acaso para su patria, un intelectual; no ata y liga su espíritu a teorías y conceptos, sino que se sirve de ellos para manifestarlo, y en cuanto a su espíritu, a poco que estudie usted su vida pública, verá que ha sido siempre uno y el mismo, constante y consecuente. Es demasiado hombre para tener ideas fijas...» (VII, 70).

Así: un hombre, «demasiado hombre», no puede tener ideas fijas. Nos atormenta una sospecha: ¿habrá tenido Unamuno la ingenuidad de caer en la trampa de Nietzsche? Porque Nietzsche, el gran iróni-

co, que se sentía un dios encadenado a hombre, escribía sus brutales sugestiones, no porque creyese a los hombres capaces de llegar al *Vorbild* del «superhombre», sino, como la serpiente del paraíso, para tentarles a que se lo creyesen...

Basta tener la «clarividencia» de Alfonso XIII para penetrar esto... Aquel «Seréis como dioses (אלהים)» del *Génesis* (III, 5), se repite en éste: *Der Übermensch ist der Sinn der Erde.*

Sí; «contra la consecuencia, la sinceridad». Un «demasiado hombre» no puede ser consecuente. El es más que las ideas... El superhombre no tiene ideas fijas, ni ideas; es él un perdurable, inacabable, motivo de ideación. Pero, ¿y si resultase que el pretendido superhombre no pasaba de hombre, de sentido común claro y lectura abundante?

Entonces, estaría obligado, si no a la absurda *consecuencia ideológica* —una vez probado el error—, a la *conciencia mental*, que es sentido de unidad en las ideas. Y así, antes de aceptar una como buena, la contrastaría con las otras, y entre todas, como imagen en múltiples espejos reflejada, viérase la sinrazón más fácilmente. Sólo entonces, desconfiaría de las «sensaciones inmediatas» (¿las hay mediatas?); no se le escaparía «lo abstracto», que es la esencia; ni odiaría «lo técnico», que significa la experiencia, el método, el arte...

Contra la consecuencia, la conciencia.

LA OBSESIÓN

La contradicción defendida, mantenida como tal, es síntoma de *obsesión;* una de las formas de «perturbación de la personalidad consciente» (Regis), por «coexistencia de personalidades» (Binet); una, entre las numerosas, *enfermedades de la personalidad.* Es un caso de desdoblamiento personal, consciente y espontáneo. «Me produzco a mí mismo el efecto de que soy doble —decía un enfermo de la Salpêtrière; siento en mí como dos pensamientos que combaten, uno que es muy mío y que trata de razonar, mas sin éxito; otro que me sería en cierto modo impuesto y que sufro siempre» (J. Seglas, *Leçons cliniques sur les maladies mentales et nerveuses,* ed. Meige, París, 1895).

El poseso ha resistido a la posesión, esforzadamente, un punto; acaso pudo y supo continuar tenazmente la resistencia a la *extraposesión.* En el dualismo del *autoposeso,* tal vez el yo —ángel luchó con bríos y por espacio contra el yo— Satán, antes de ser dominado y poseído. Luego fué vencido, encadenado, montado... El autoposeso nos da la sensación carnavalesca de monstruo polichinela, que finge un hombre a horcajadas sobre otro. Que hay

hombres en cuyo espíritu, allá por la pubertad, engendrado en la autocópula de un orgullo satánico, nació y creció la monstruosa superfetación de un *otro yo*, simiaco y perversamente reflexivo, desde la sombra del *yo* humano y noblemente espontáneo.

Puede significar también un caso agudo, pero normal, vulgar, de amor propio, o *preocupación personal,* de auto-optimismo, esto es, de *propre enchantement*, la más agradable —y disculpable— de las *manías*... ¡Cuánto son de envidiar esos hombres, complacidos de sí, cuando uno rasgó cruelmente tantos centenares de imperfectas cuartillas, y quemó en llama de ironía las alas de tantas propias, insuficientes, pobres ideas!

PSICOLOGÍA DEL ENSAYISTA

Es un ensayista el Sr. Unamuno? ¿Qué es un ensayista? Difícil síntesis la de este procedimiento de dispersión mental. Abordemos.

El ensayista, ¿pone cerco a un tema, y luego a otro, y a otros? No; que los asalta sin preparación frecuentemente, y he aquí por qué, igualmente rápido, ha de abandonarles. Acaso no es un espíritu inquieto el ensayista, sino por la propia ligereza de quien sin carga camina... Tal vez, en hostilización afectuosa, no salta de unos temas a otros por frivolidad, que se va porque se le agotan las municiones.

¿Es un robusto pensador el ensayista? ¿Es, acaso, inagotable? Pensemos en Montaigne. Si en sus *Ensayos* se hiciese un cernido, separando la «prosa ajena» de la propia, las citas del comentario, ¿no supondría tanto lo uno como lo otro? El ensayista opera con microscopio: observa este menudo hecho o fenómeno; lee aquel pensamiento original o frase brillante, y los acota, los coloca en el portaobjetos. Este sobre la platina, mira entonces (frecuentemente, no se detiene en hacer la preparación), y, apresuradamente, define... Así Azorín, entre nos-

otros. El tratadista, su contrafigura, opera con telescopio; recoge los hechos demostrados, pondera las doctrinas, y detenidamente sistematiza.

El ensayista es un sportman del libro, igual que otro lo es del del caballo o del automóvil. Así monta en ellos, y Montaigne lo confiesa: «Yo no busco los libros —dice— sino para darme gusto, en honesto divertimiento». Es un espíritu ligero, frívolo, el ensayista. «Si me detengo en ellos —sigue—, me pierdo y pierdo el tiempo.» Es, en fin, un irreflexivo: «porque tengo —concluye Montaigne— un espíritu vivo *(primesaultier)*, y lo que yo no vea de primera intención, lo veo menos obstinándome». *(Essais*, II, 10.)

Ahora, el ensayista es un subjetivo: a falta de vasto panorama sintético, de nutridos conjuntos y amplias líneas, él nos ofrece el eterno —y él procura o supone vario— espectáculo de su yo. He aquí por qué la contradicción no le preocupa; antes, se brinda a ella en holocausto. Quisiera, a propósito de cada nuevo tema, ofrendarse él mismo en diverso, opuesto, espectador. Místico, leyendo a Teresa de Jesús; perverso, comentando a Baudelaire. Así, en fuerza de ser subjetivo, deja de serlo como personal. Es un instrumento que se ofrece, eternamente propicio, a un tono que venga de fuera, siendo de lejos y desde alto. Melodía y gloria participadas, inmortalidad refleja y adjetiva la suya.

Mas, adviértase cómo hay en el ensayista dos

posibles suertes de psicologismo. Uno, centrífugo: proyección del yo observador, pinzando el detalle (así como el ánade que emerge mostrando en el pico una lombriz); otro, centrípeto: atracción de la pública atención hacia el yo, al reclamo curioso del detalle (así como el extraño transeunte que echa al alto una moneda de oro, y luego otra, hasta que, rodeado de público, exhibe su específico).

He allí a Montaigne, que empieza sacando a plaza su clara persona, y para en mostrar una idea humana, clásica, vertebrada en serie de textos... He aquí a Unamuno, el que lanza al aire una áurea paradoja, para acabar exhibiendo su yo pertinaz, específico... Y, entremos en los *Ensayos*.

LO CASTIZO

El primero, en la frente de la cultura española: la cuestión que hoy se llama de la *persistencia:* la casta. Mas, a raíz de una oración, poco gramatical (V. adelante), se siente uno menos inclinado a creer en el «casticismo»... Va por adelantado que aquí se trata del problema de la *raza*, y nada más interesante para el antropólogo, para el sociólogo. Lo castizo es el punto de vista antroposociológico, en la crítica literaria.

La casta es el problema vertebral de la Antroposociología. Es la cuestión de la *casta antropológica*, las razas y tipos étnicos hereditarios (organismos individuales indeclinables, autóctonos), y de la *casta social,* las clases y grupos sociales persistentes (organismos sociales autónomos, cerrados). Para plantearle, siquiera, se precisa una noción cierta de la Antropología, y es ocasión de ver si el A. la tiene. En un lugar dice: «Es lo que hace falta, predicar al hombre concreto, tangible y visible, al de carne y hueso y corazón y cabeza, al que sufre, y no al *hombre abstracto* de los sociólogos y antropólogos» *(Soliloquios*, 45). No; eso es imperdonable. Si algo significan *Antropología* y *Antro-*

posociología es el estudio científico, por observación y medida de órganos (somatología), funciones (fisiología), y facultades (psicología), del *hombre concreto,* en sus variaciones individuales y variedades colectivas de constitución (etnografía) y de acción (demografía), que la generación transmite (herencia) y el medio, a su vez, modifica (adaptación pasiva), que activa y perfecciona la especie (selección). No del «hombre medio», cuidado de viejos estadísticos; ni menos del «hombre abstracto», sueño de metafísicos; ni del «hombre económico», de ciertos economistas y políticos; ni del «hombre natural», de los moralistas y de los poetas, horror de verdaderos antropólogos y sociólogos. Era preciso saber, ante todo, qué es la raza, y el Sr. Unamuno escribía, con su rico léxico, en 1908: «El parece *saber*... lo que es una raza, cosa que apenas *saben* los etnólogos, ni sé que la *sepa* a ciencia cierta nadie, no siendo algún médico de Mundaca» (*La conciencia liberal*, 7). Bien; sin conocer la Antropología, ignorando qué es raza —cosa averiguada—, no es lícito hablar de «casticismo», ni aun «en torno»...

En torno al casticismo —contenido del tomo I— es colección de cinco ensayos. Quiere evocar, el primero, la casta en el tiempo: *La tradición eterna*, se rotula. La casta en el espacio intenta ser *La casta histórica Castilla,* segundo ensayo. Su complemento, el alma de la casta, es *El espíritu castellano,* ensayo tercero. La cultura de la casta, el sentido

de la casta, sería: *De mística y humanismo,* cuarto ensayo (donde eleva un trono a Fr. Luis de León, a quien un día —en *La república de las letras*—, llamará: «cochino onanista»). La crisis de la casta quiere ser: *Sobre el marasmo actual en España*, quinto y último ensayo. Nuevo elogio al maestro Leon (I, 181, 19), que sigue siendo persona decente, todavía...

En torno al casticismo es el primer trabajo serio (?) que publicó el Sr. Unamuno; el que, pocos años antes del desastre (1) le hizo célebre en constante comparación con Costa, que no era, tampoco él, un literato, pero sí un sabio español, con todo lo que esto supone de originalidad y de insuficiencia. Habíamos leído este trabajo, pero ello fué sin preparación y a saltos, en edad temprana; preferiríamos no haber vuelto sobre él, que toda desilusión es de lamentar siempre. Hemos de leer ahora, por primera vez y analizando, las restantes obras «maestras» del Sr. Unamuno. Daríamos mucho por evitar lo que sinceramente y de corazón se teme. Confiemos, no obstante, en que el Sr. Unamuno se haya perfeccionado. Estamos todos obligados a ello, y más que nadie quien tuvo para nuestra po-

---

(1) Primero, en *La España Moderna,* año VII (1895), números 74 al 72; luego en un volumen *Biblioteca moderna de ciencias sociales*, con *Prólogo* del A., Madrid, Fe, 1902. En citas sucesivas nos referiremos a este prólogo, no reproducido, con la abreviatura *Prol.*

bre cultura —o infracultura— española tan duros dicterios, de gusto indiscutible y no siempre cultos (1). Ahora, a partir de aquí, todo ha de ser demostración y documento; nada se dirá que, sobradamente, no resulte probado, si bien ello sea prolijo...

(1) Vid. el Vocabulario en *Ensayos*, VI, 11-37: «Ramplonería», «tonterías», «pedestres», «ridícula», «necio», «estúpida», «cobarde», «imbéciles», «sandez», «simplezas», «tonterías», «bárbaras», «memos», «majadero», «estúpida», «imbécil», «botarate», etc.

CASTICISMO Y LENGUA

Lo castizo es indefinible cualidad peculiar, característica de individuación de la raza, que se refleja, como sello invisible, en la espléndida leyenda viva del lenguaje. El arte nacional se miente, bajo la corriente deformadora de los estilos; la lengua madre es verdad que perdura. Quien no está adulterado por extranjeras adaptaciones, quien no se obstina, él extraño a la casta, en una imposible suplantación, siente en su alma y en su cuerpo el ritmo espontáneo de lo castizo como íntima polifonía, diapasón nuestro. «Sabemos nuestra lengua materna virtualmente antes de nacer» —intuía ya Victor Henry *(Antinomies linguistiques,* París, Alcan, 1896, pág. 58.) Es el tesoro lingüístico que recibimos —como el cabello, en colorido y dirección— hecho giros, modismos, locuciones peculiares, idiotismos, de manos de la raza, transmitido filogénicamente de cerebro a cerebro... Y así el conocido epigrama de Agustín Príncipe recibe todo el valor de una evidencia filológica.

El hombre castellano, nacido en el solar de la casta hispana, sin esfuerzo habla y espontáneamente escribe *castellano castizo.* Lleva en las con-

tigüidades histológicas de un conocido centro cerebral, la síntesis de su lenguaje hecha carne. No así el catalán, ni menos el vascongado. Estos se esfuerzan —y es mayor mérito de voluntad el suyo— por escribir y hablar *castizamente*. Gracias si alguna vez aciertan, que no es poco; ahora que dar lecciones de castcismo, ellos, eso es muy arriesgado, francamente.

Y véase qué castizamente escribe el Sr. Unamuno: «Yo no quiero hacer ningún retrato» *(El espejo,* 63). Francés puro: *Je ne veux pas faire aucun portrait.* En español *castizo:* «No he de hacer un retrato». Analizar «a microscopio y a química» *(Amor y pedagogía*, 52); «Un muy buen éxito» (*De mi país,* pág. 7); mal traducido de *Un très bon succès;* «El muchacho mismo» y «mi estado mismo» (*Abel*, 127, 207), son galicismos vulgares, imperdonables, mil veces denunciados (así, Baralt, pág. 363). Y lo mismo: Por eso es que no engorda» (*Rosario*, 158). *C'est par cela que...* «Es en el fondo que» (*Vida*, 117): *C'est en essence* que...

No puede decirse «brutalismo» (1, 203), poniendo cátedra sobre lo «castizo»; que esa palabra suena a estupenda galiconada. «Brutalidad» (no viene de *brutalité*, sino de «brutal», en español), debió decir, que ese es genérico suficiente de «bruto», como calidad, y si hay empeño en distinguirse —que parece ser el secreto—, dígase «brutalería», como «salvajería». Un día va al campo. ¿Qué le sucedía al maestro? «Era que me sentía mareado y

oprimido». (*Ensayos,* III, 81). Exacto: *C'était que je me sentais...* (Vid. Baralt, pág. 479). En español decimos simplemente, elegantemente, castizamente: «Me sentía...» o bien: «He aquí que me sentía...» Esta es *la reforma del castellano* que nos trae el definidor de *En torno al casticismo.* Más ejemplos tomados del mismo *Prólogo* de la obra: «Por sobre la espalda...» (*Prol.*, 31): *par dessus...* «Un mi amigo» (*Prol.*, 29): *un mon ami...* «Enfusé y embuti, etc.» (*Prol.*, 25): *enfoncé,* etc... «Acordada a otras» (*Prol.*, 23): *accordé a d'autres...* Así se dan lecciones de casticismo... Y en otras obras suyas: «Era entonces en la huerta, bailes». (*Una historia*, VII): *C'était, alors...* «Nada hay tan resonador *que* la pasión misma» (*Ibid.*, VIII). En español se dice: «como».

Ni es lícito decir «a busca de aventuras» (*loc. cit.*, 12), sino «a *la* busca», o bien «a *la* buscada», o si se quiere, más vulgarmente: «*en* busca». Se dice «a caza» («a» preposición inicial, complementaria; «caza», acción final); no se dice: «a busca» (preposición y nombre de acción inicial). Escribir *a* por *en* es conocido galicismo (Baralt, pág. 3). En cambio, escribe: «a *la* caza de premios» (*Abel,* II). No cavilemos de puro escrupulosos, como Baralt (*Diccionario de galicismos,* segunda edición, Madrid, López, 1874); ni pequemos de sobrado manga-anchas, cual Castro (*El libro de los galicismos,* Madrid, «La España Moderna», 1894). Cuando pisa nuestro suelo y habita en él un moro, ¿qué choca

y repugna más, su traje o sus costumbres? Seamos cosmopolitas en cuanto al léxico (siempre que las necesidades de la expresión lo justifiquen, y en la adaptación se acierte), pero en los giros, no; eso es casticismo.

Los galicismos, para los franceses —y gloríense en ellos, que ese es su casticismo—, no para nosotros, porque tenemos a mucha honra el nuestro.

Cuando el Sr. Unamuno se siente retórico, habla en latín. Así: «No el amor, no tampoco la sensualidad, ni menos la pasión» (*Ensayos,* III, 85). Esto es, francamente, del maestro del amor, de Ovidio: «*Non mihi servorum, comitis non cura legendi: —Non aptae profugo vestis opisve fuit— Non aliter,* etc.» (*Elegía,* III, v. 9, 10 y 11). En sus «Sonetos» (?) y *Poesías* (??) es corriente este latinismo:

«No de Apenino en la riente falda...»
(*Rosario de sonetos líricos,* 1911, pág. 8.)
«No la verdad, sí la verdad nos mata...»
(*Rosario,* 210.)
«No al que un alma *encarna en carne*, ten presente,
no el que forma da a la *idea* es el *poeta.*»

Como si dijéramos: «No de casticismo entiende el Sr. Unamuno...»

«Serano» (*Vida*, 86 87). ¿Es de *sera,* en italiano, la tarde? Pero, «soto riéndose» (*Abel*, 211), eso parece un espléndido italianismo. Verdad que «soto» es —según el Diccionario— española preposición

inseparable; mas, ¿en qué palabras? No hay en italiano oficial un *sottoridere,* ni un *sottorideri*, y si corren cien vocablos construídos con *sotto.*

Débiles, bellas plumas del pensamiento, son las palabras; que, unidas, forman plática en el contorno, cola en los aforismos, y en el discurso, alas... A unas, envejecidas, suceden otras. Mas no han de ser éstas ajenas a la casta del pájaro, sino propias; que en ello estriba el secreto del lenguaje castizo.

LA LITERATURA

Se dice que el Sr. Unamuno es uno de nuestros literatos. No son menester ni el adjetivo calificativo ni el epíteto. Basta que se le crea literato —grande o mediano, poeta o prosista— para que el reconocimiento, o bien la negación documentada, sean un deber para el crítico. Por literato directo entendemos, no al fiel contraste de la obra literaria, no al crítico, sino al productor de bellas letras; bien sea éste poeta —lírico o dramático, poeta de la contemplación o de la acción escuetas—, o bien novelista —poeta de la acción y la contemplación, juntamente en síntesis de narrado y pensamiento—, al fin, todas variedades del poeta.

Y aún hay literatos indirectos; ya por reflexión (el crítico literario), ya por inducción (el filósofo social o moral, el místico), o bien, por ejemplaridad inspiradora (el héroe, el santo).

EL NOVELISTA

Nada tan difícil, y aun odioso, como la preceptiva literaria. Mas, sin conciencia del precepto —término ideal de comparación, medida espiritual de valores—, ¿hay posible crítica?

En la novela, ante la tela de fondo (descripción) se agitan las figuras, unas hacia otras (acción). Anticipemos ahora un canon: sin imaginación creadora, o genio inventor, no es posible trazar, planear novelas; sin una brillante fantasía, sin genio descriptivo, imposible escribirlas.

Aclaremos aún, en cuanto a lo primero, qué se ha de entender por genio creador, en la génesis de la fábula.

Puede ésta ser esencia histórica extraída de la observada realidad, pretérita o actual —las novelas históricas y las llamadas «novelas vividas»— y será siempre innominada; pero jamás desnaturalizada por *sobrenaturalismo*, así en la novela romántica, ni menos infranaturalizada, por *ultranaturalismo*, como en la naturalista.

Mas, puede ser, asimismo, urdida del todo artificiosamente, esto es, fantaseada, siempre que ella responda como humana, y resista a prueba como posible.

Para sentir fuertemente la fabulosa realidad es menester vivir la vida intensamente (y la más intensa y proteica forma de vida es la vida sexual); para imaginar con lujo de complejidades una nueva o vieja fábula hay que tener lozana, vigorosa imaginación (y la más sorprendente y varia ensoñación se da en estados psicopáticos, espontáneos o provocados con apropiados tóxicos; así, opio, morfina, cocaína, aschis...)

Veamos ahora cómo el genio se ha burlado de la psicología... Si un espíritu hosco, escasamente humano y nada aventurero, ha podido sentir la vida, no viviéndola; si un normal, metódico, aunque simulador de ensoñaciones y desequilibrios, si un perfecto burgués, consumidor de sanos productos alimenticios, supo imaginar, frío de erotismos y seco de embriagueces, lejos del Oriente y de espalda al Sur...

La primera novela (?) del Sr. Unamuno, *La guerra en la paz* (Madrid, 1897), es un plúmbeo, agobiante, relato de anodinas escenas, en Bilbao y sus contornos, durante la última guerra carlista. El autor asevera haber sido testigo del bombardeo de Bilbao, su villa natal, y, en efecto, el lector —tal es la sugestión— siente el plomo en sus entrañas... Gracias, si la elegancia y espiritualidad del léxico —preciso es reconocerlo— embargan el ánimo. «Subiósele a Ignacio la sangre toda a la cabeza y le dijo al oído: ¡Vete a la mierda!» (pág. 1.470).

A esto califica el A. «intra historia de mi pueblo»

(*Prol.*, 32)... Sí; pero completamente intra-intestinal.

La segunda «novela, o lo que fuere», *Amor y pedagogía* (Barcelona, Henrich y C.ª, 1902), va precedida de un *Prólogo* hábil, en que el autor, autocrítico, se dice a sí mismo pestes, en evitación de que otro se le anticipe... ¡Vano intento! En la crítica no valen seguros.

La obra es realmente absurda de asunto, o mejor, el asunto es llenar páginas. Ahora, a cambio de eso, ¡qué lujo exquisito de substanciosas imágenes! Ejemplo: «que puede resultar quedar (ar, ar...) colgado así como una *longaniza*» (pág. 197); otro: «en el *chorizo* se mete carne de vaca con la de cerdo..., etc.» (pág. 232). No hay relato; es todo ello un delirio incongruente; amasijo de monólogos y diálogos telegráficos, de referencias en presente.

Allí no hay, ni amor, ni pedagogía. Uno y otro son falsos, y de su mezcla —en mutuo fracaso— resulta un explosivo: la idea suicida, que pone fin cómico a una vida siniestramente absurda.

La tercera (*Una historia de amor*, Madrid, 1911) es un cuento relativamente ameno; viejo tema de naufragio de amor, con doble hundimiento en sendos claustros. Al materno quisiera volver el lector —y singularmente la lectora— visto lo egoístas y farsantes que son los hombres, según Unamuno.

Su cuarta novela... no osa el título. El autor la califica hábilmente, de «nivola». (*Niebla* [*nivola*], Madrid, Renacimiento, 1914.) ¿Qué es la «nivola?»

No es un nuevo género literario, sino parodia; es una novela *ab absurdo*. Está averiguado: Unamuno escribió *La guerra en la paz*, sinceramente: luego, convenido de su fracaso (1), publica *Amor y pedagogía*. Aquí es visible el propósito de burlarse de un género, la novela, poniendo en grotesco lo trágico. De camino, es un disimulo del error, por si no se acierta. «Nivola» es la simulación, impotente, de la novela. Es el ridículo literario, de propósito, en previsión y destrucción del involuntario (y todo ridículo, es la máscara de la envidia). Lo curioso es que algunos críticos tomaron la «nivola» en serio... ¡Y cómo le divierte eso a Unamuno! El eje literario es la ficción de un hombre de ficción, no humano; absurdo antropológico, que circula entre pequeños monstruos de vulgaridad —Eugenia y Mauricio, Liduvina y Domingo, don Fermín y doña Edelmira, Víctor, Helena, Rosario, todos— en el paseo monótono de una acción estupendamente prosaica. El único personaje lógico, con carácter, es Orfeo, un perro... Un perro «de diálogo» —así como los hay de «caza»— de la raza del *Riquet* (de *Monsieur Bergeret*), y tan parecido... A veces los genios coinciden..., después de años.

Efectivamente; eso no tiene pie de novela: no es

---

(1) No importa el juicio proverbial y universalmente benévolo de «Andrenio» —nuestro admirado amigo— en una Revista de entonces (reproducido ahora en *Novelas y novelistas*, Madrid, Calleja, 1918.)

una novela. No da pie de acierto con bola de emoción; no es «nivola», es *ni bola*. En cambio, la obra está salpicada de originalidad, profundas excavaciones del ingenio guiado por el genio. Al protagonista, Augusto, le piden limosna en la calle, en nombre de siete hijos, y grazna:

—«No haberlos hecho» (pág. 208).

De «Novelas Cortas» califica el autor a narraciones sin asunto, ni apenas acción, que forman el volumen: *El espejo de la muerte* (Madrid, Renacimiento, 1914). No llegan a «cuentos», esto es, relatos de curiosos, breves sucedidos, ápice de interés en el plano de obscuras, llanas vidas; chispa que salta al cruce de dos o más vidas, no desviadas. No son «novelas» históricas, ejemplares de extrañas, preciosas vidas, o de largos, decisivos trozos de vidas, al cruce con otras, desviadas. Pretenden ser muchas, casi todas, apólogos, más o menos trascendentales: moralejas sin moraleja, o moral corolario. Quieren ser algunas, como *El Desquite*, más que cuentos, anécdotas simbolistas —vano empeño—, a la manera de *El tambor vacío*, de Tolstoy.

Que toda lectura es útil... ¡quién lo duda! Leyendo estas «novelas», afortunadas porque son «cortas», hemos entendido, de qué suerte sea la imaginación de los lentos y talentudos crustáceos, acaso reencarnaciones de viejos astrónomos. Así, de la encíclica *Libertas* y de la conocida *Epístola a los Romanos* (VII, 14, 24), sale una novela. Esto es

amenísimo El título está tomado nada menos que del mismo San Pablo, en su segunda epístola *A los tesalonicenses* (II, 7). Se titula *El misterio de la iniquidad (mysterium iniquitatis)*. El autor, en tono de «usted dispense el latazo...» (de nada, D. Miguel, estamos acostumbrados a todo), introduce un: «Refresquemos la sequedad de este relato» (pág. 30). *Re-lato...*, esa es la palabra justa. Y he aquí una gota: «No se sabe *cómo fué que* López quitó el partido a Pérez y casó con la chica de los cuartos» (*loc. cit.)* ¡Al fin! la frase espiritual, la idea genial. El ápice de la ramplonería.

Otra reciente, que lleva un título apodíctico (*Nada menos que todo un hombre;* Madrid, «La Novela Corta», 1917), es nada más que la mejor de todas, con todos sus defectos. El asunto, original; el interés, agudo y creciente; el título... excesivo. Sin descripciones. todo acción; sin ideas, pasión todo.

La última (*Abel Sánchez;* Madrid, Renacimiento, 1917), lleva por subtítulo: *Una historia de amor*. Sabe bien el autor que no ha logrado —y fuera vano lo intentara— hacer una novela (1). Acaso sea una verdadera historia, o tejido de ellas; que a ser extraordinaria —y ésta, sin serlo, no es vulgar—, y de estar bien narrada, que no lo está, sino malamente, habría ya en ello no escaso mérito.

---

(1) Vid. el juicio certero y feliz de Julio Casares, en «A B C» de Febrero o Marzo de 1918.

UN GRECO APÓCRIFO

No son vulgares, por lo ajenas, estas historias en lo que toca al sucedido; mas nada nuevo ofrecen en cuanto a los tipos, que son los conocidos, avinagrados, misántropos, personajes de Unamuno. El Sr. Unamuno se ha propuesto, sin duda, ser el Greco de la novela, sin Greco... Son las suyas almas torturadas que cristalizan en caracteres atrabiliarios, de mirada torva. Así como aquél, en lo físico, Unamuno padece *astigmatismo moral;* pero sin genio de artista. Sus tipos son alargados en una misma dirección ética, o torcedura: el odio, falsa y feamente espiritualizados. Proyectados en un mismo matiz moral, o sombra ajena: la envidia. Anhelos vivos, literarios, son sus tipos, que arriesgan perder su alma estética —y la pierden—por ambición de sublimidad... Monstruos que, si no llegan a creaciones inmortales, se quedan en el paso que dista del ridículo; vuelo frustrado de la vana impotencia. Joaquín Monegro, ¿es una concepción deforme, pero ampliamente humana, eterna? ¿Es, más bien, el vulgar amargado por el fracaso de un amor primero imposible?

El autor, en busca de gigantes modelos, acude

sencillamente a Dante... ¡Vano Titán aherrojado en una roca de ásperos vocablos!

Como Paolo y Francesca, Abel y Helena, juntos, siguen un texto, de letra o de figura... En esto, ocurre en el texto, una interpolación de amor... Y dejan el trabajo. ¿Cómo decirlo? ¿Se puede copiar?

«Aquella tarde no pintó ya más...» (*Abel*, 25.)

Quel giorno più non vi leggemmo avante. (*Inferno*, V, 138.)

Abel Sánchez es la tragedia de la envidia. Mucho sabe de eso el Sr. Unamuno, y bien lo pondera su querido discípulo Sorel en este lema: *Antes de mí, nadie. Después de mí, ninguno.* Como Joaquín Monegro —su héroe— Unamuno se pasó la vida... amando, con horrible pasión fraterna. Sus Abeles se llamaban: Salmerón, Costa, Alfredo Calderón, Sales y Ferré, Dorado Montero y otros menores (Vid. *Los hombres del 98*, 17-32). Hablando, es el orador de la pasión, se ha dicho (Sánchez Rojas: *Unamuno en Madrid*, en *La Nación*). ¿Orador fogoso? No, que habla lento y machacón, en tono dominesco. Es otra pasión la suya, deprimente y fría, acechadora y agresiva como la pantera, con quien gusta compararse. «Cuando nos parece que expone con la mayor serenidad, está de hecho trabando un singular combate contra un enemigo invisible, al que endilga la más formidable embestida.» El testimonio es de otro querido discípulo...

Una historia de amor es el melodrama —sin música, y que la pide como libreto de ópera— del falso amor, insuficientemente humano, desviado por el misticismo egoísta y la vanidad cobarde, en busca de fáciles arribos divinos y terrestres, zigzagueando por falsa vía de noviazgos y vocaciones equívocas. No convence; no emociona.

Nada menos, etc., es el drama del amor avaro, egoísta, orgullosamente inconfeso; pasión material de propietario que, cual la del avaro, por el depredado tesoro, al perderle, tira tras él, al mar de lo infinito, la vida... Esto, sí, emociona; pero no es bello.

Luego, todo se repite. Julia, la «belleza oficial», de *Nada menos*, etc., es Helena, la «belleza profesional», de *Abel Sánchez.*

Niebla es la tragicomedia del auto-escepticismo, pasión intelectual de ánimo corroído por la caries de la duda, al soplo helado de una falsa metafísica; como en *Amor y Pedagogía*, por la hidropesía, de la convicción, al vaho mefítico de la vana ciencia; en *Nada menos*, de la estéril codicia, y en *Abel,* de la inmunda envidia. Así, Augusto Pérez, de *Niebla*, es D. Apolotoro Carrascal, de *Amor y Pedagogía;* es Alejandro Gómez, de *Nada menos*, y Joaquín Moneyro, de *Abel Sánchez;* es... «él», el íncubo; que el autor se esfuerza en retratar siempre, así como en agónica confesión, como en súplica de conjuro...

La imaginación del Sr. Unamuno es tan fecunda

que no prodiga, en cada novela, sino una sola imagen. En *Niebla* es... lo que da el título. La vida es niebla; el amor, niebla; el asunto..., niebla. A veces, por mucho variar, «bruma» (pág. 97). En *Nada menos*, etc., es la obscuridad, imagen pancalificadora: «lóbrego silencio», «lago tenebroso». En *Abel Sánchez*, el hielo: «llamas de hielo», «témpano clavado en el alma», «alma congelada», «alma escarchada» *(sic)*, «corazón garapiñado en hielo agrio», «espada de hielo, de hielo dentro del hielo de mi corazón», «como un pedazo de hielo», «dragón de hielo»... ¡Una congeladora de familia!

Las demás son tan nuevas como éstas: «la media luna que como una navecilla...» *(Una historia,* VII). «El altar parecía un ascua de oro» *(Ibid.*, VIII). ¡Admirable cronista de sociedad provinciana! ¿En qué piensa el director de *El Lábaro?*

LA DESCRIPCIÓN Y LA NARRACIÓN

Describir es, analíticamente, *enumerar;* escribir, esto es, anotar, en su prolijo detalle, cosas o personas como cosas; según cantidad y calidad, por su número y cualidades, partes y accidentes, con referencia a lugares y tiempo. Sintéticamente, describir es *representar,* por medio de el lenguaje, el contenido y el límite y la eficacia; de suerte que se produzca, con exactitudes, en la imaginación, la respectiva representación de la cosa como persona.

En un caso, describir es *hacer saber,* para identificar en su día; en el otro es, simplemente, espitualmente, *hacer ver,* sin ulterior empeño. El descriptor analítico no está sometido a otra perspectiva que el orden, según la naturaleza de lo que se describe; el sintético ha de acomodarse —esto es preciso, pero difícil— al mecanismo y actividad de los procesos mentales. Aquél, ha de ser *naturalista*; así como éste, *psicólogo*. La precisión y la claridad son sus virtudes respectivas.

El Sr. Unamuno renuncia, visiblemente, a ser un naturalista, y menos —esto le agradará— un po-

bre notario descriptivo. Ahora, veamos si, describiendo, es psicólogo; si es su método de intuición.

He aquí cómo describe el Sr. Unamuno... novelista: «En una de las llamadas en Bilbao siete calles...» *(Paz en la guerra*, I). Esta es la primera línea de su primera novela. Al abrir el libro por la primera página no sabemos dónde estamos. Este capítulo primero no lleva título indicativo del lugar de la acción. ¿Qué tal resultaría así el *Quijote?:* «En uno de cuyo nombre no quiero acordarme lugar de la Mancha». «En Bilbao, en una de las «siete calles»; o bien: «de las llamadas siete calles», pudiera decirse. Y sigue: «*núcleo germinal* de la villa...» Pero, esos términos de técnica biológica no cuadran en la primera y segunda línea de una novela.

He aquí la nueva literatura, tal como la inicia el maestro: «Cuando acabé de leer el manuscrito de esta obra, fuime a contemplar campo abierto al cielo...» *(Ensayos,* III, 81). El Sr. Unamuno se fué «*al* cielo», «campo abierto»; es decir, más allá de la ciudad, que cierra los horizontes. Se fué «a contemplar» ¿qué? ¿No será, acaso *el* cielo? Sigue: «... y por la luz de éste bañado...» Bañado, ¿por quién? El texto íntegro dice: «y por la luz de éste bañado, paisaje libre la llanura castellana». La preposición *por* tiene aquí dos sujetos: uno, evidente: la luz del cielo; otro, equívoco: la luz del paisaje. «Y por la luz de éste (del cielo) bañado»; «y por la luz de este bañado, paisaje...» Aquí se habla mucho de «luz»; pero la claridad, ni raya en el horizonte.

En los últimos *productos literarios,* del Sr. Unamuno, la descripción está ausente. Es todo la acción: nada el lugar. Los personajes se mueven —así las figuras de nuestros pintores religiosos: un Murillo, un Zurbarán, y a veces, un Greco— como sobre nubes.

¿Dónde —el nombre no importa— en qué país, región, pueblo, sucede la historia de *Abel Sánchez?* ¿Y la de *Niebla?* En *Nada menos* se habla de una dehesa: ¿cómo eran en ella la vida y el paisaje? ¿No influye en los personajes el ambiente? Como que no es su empresa sino resultante de éste, el ambiente externo, y del caracter; que, a su vez, se confirma y modifica según moldes de vida —las costumbres; ambiente externo e interno (carácter), a su vez determinados por los términos de raza, suelo, clima y riqueza, que mutuamente se influencian y corresponden, como puntos cardinales del cuadrante biológico... Así, una historia o novela, sin descripción, no es historia, sino fábula; no es novela, sino leyenda.

El ambiente, paisaje y costumbres, se describe; la *acción,* se narra. La descripción es un cuadro, o serie de cuadros; la *narración*, un libro paginado, o mejor, una imaginativa cadena. Así, la moderna novela vista, el cinematógrafo, síntesis de descripción y narración; cuadros en cadena, sensación y lógica, en una larga página ilustrada; por la persistencia automática de las imágenes en la retina.

¿Cómo narra Unamuno? «A Miguel, el héroe de

mi cuento, habíanle pedido uno. ¿Héroe? ¡Héroe, sí!» *(El espejo*, 223.) Todo indica que a Miguel le han pedido un héroe; pues bien, en la página siguiente vemos que le han pedido... ¡un «cuento»! «Parecía tener cierta aversión al nieto. Al cual le había ya nacido una hermanita. Postróle, al fin, una obscura enfermedad...» *(Abel,* 227.) Al nieto, ¿es verdad? Pues, no; ¡al abuelo! «Había por los años de cuarenta y tantos». Cuando se cita una fecha, como representativa de una época o aproximativa de una jornada, no se usa la preposición «de», sino con el pronombre «el», en caso oblicuo. Y así se dice: «Es un hombre *del* 98» y también: «Allá por *el* 15 de Enero».

El Sr. Unamuno, cuando describe... obscurece, como un eclipse; cuando narra, marra.

El estilo narrativo se caracteriza —en cuanto narrar es escribir lo sucedido, sucesivamente— por las conjunciones más frecuentadas en la expresión de la sucesión. El Sr. Unamuno narra en estilo bíblico, que es ilativo. Abusa de la conjunción copulativa «y», a principio de período, no por énfasis; unas veces por polisíndeton —dividiendo los períodos—, otras por pobreza de modos adverbiales propios, debidos. Tartamudeos de la narración, sencillamente.« *Y* allí está mi amo!... *Y* va hacia su amo saltando... *Y* el pobre domingo... *Y* dijo: —*Y* luego dirán que no matan las penas» (final de *Niebla,* 313). ¡Y esto es insoportable!

Se dice que el cinematógrafo va camino de matar

al Teatro, entiéndase, al mal Teatro; yo, que no gusto de aquél, creo que antes ha de acabar con las malas novelas. ¿Quién soportará la fatiga imaginativa, que nos impone una torpe descripción, o bien una angustiosa narración tartamuda, habituados a la esplendidez representativa de las visiones directas?

UNAMUNO
POETA

Otro aspecto de literato (?) presenta el señor Unamuno. ¿Seremos demasiado crueles? El Sr. Unamuno ha pretendido ser poeta... ¡Poeta!... Hay dos cuestiones. Si un espíritu cristalizado en romboedro, que tiene por perfiles aristas; duro, insensible, dominesco, contradictorio, puede ser a un tiempo delicado, exquisito, espiritual, como es la virgen y madre Poesía...; suave y blando, cual es mozo y galán Verso... Si la espina puede brotar flores; si el fundidor acertaría a plegar, elegantemente, la seda...

Y no conozco nada —después del no imaginado desatino de Celestina enamorada de Calisto— como la ironía de un viejo gruñón escribiendo madrigales a su cocinera. Pero es horrible para quien amó la Poesía ardientemente, para quien de tanto adorarla se creyó indigno de ella, verla estrujada por manos toscas, torpes, de clérigo libidinoso.

¡Que Petrarca (?) inventara el soneto para que se escribiesen tales horrores! He aquí, al azar, dos ren-

glones de un libro que se titula: *Rosario* (¡espinar!) *de sonetos líricos* (1):

«Al cabo en rolde a mi vueltc sonoro...»
(Pág. 126.)

«Mientras el ser mortal nos envidias.»
(Pág. 155.)

Este último es —francamente— un decasílabo: tiene *diez* sílabas, no once. Aun con licencia, precisaría en la i primera, o en la final, una diéresis, medio único para deshacer los diptongos ie, ia. En ese caso se alteraría la prosodia natural de «mortal», oxítona, quedando en preoxítona, y pronunciando a la inglesa... Pero esto sonaría absurdamente...; así como la bella palabra «poeta» puesta junto a esta otra: «Unamuno».

Hiatos, cacofonías, torpes aliteraciones, sinalefas, asonancias internas, ripios, términos desusados e incomprensibles sin la presencia del diccionario —cuando la poesía es la ingenua belleza sencilla—; bárbaras alteraciones prosódicas; versos cortos o largos, mal medidos. Así versificaría en castellano un beréber.

Mas, he aquí, para solaz, un soneto (?), entero y sin sinalefas, fuera de la palabra. Al final de cada renglón va su medida:

---

(1) Madrid, Fe, 1911. El ejemplar del Ateneo, que tenemos a la vista, lleva añadidura en la portada, que dice: «imperdonables».

CIVILITAS

La · envidia de morder nunca se sacia (12),
pues no come; *por eso · es que* no · engorda (13),
y · *a la* pobre · alma *a la* que sola · aborda (15)
de *puro* soledad la pone *lacia* (11).
Mas si su · hiel en muchedumbre *vacía* (12),
de gratitud al llamamiento sorda (11)
suele dejarla · y la convierte · en horda (13),
que · ella · es la madre de la democracia (13).
Fué su · hijo Caín *el que* · erigiera (12)
primero la ciudad, *en que* sustento (11)
buscan los *lacios*, pues la · envidia era (12),
es y será · el más firme cimiento (10)
de la · hermandad civil, y ley primera (12);
del crimen fundador el testamento (11).

Demos por buena la medida y por óptimo el ritmo. Supongamos que éste es un continente literario de catorce versos: ¿Se contiene aquí un átomo de poesía? No porque «dice algo» *(Ensayos,* VII, 204), deja de serlo una poesía. Conformes. Mas, ha de percibirse por alguien eso que se intenta expresar, y, pues nadie lo comprende, es que no se ha dicho. ¿Qué dice el Sr. Unamuno, en esta supuesta poesía? Nada; puesto que no se entiende. El niño que balbucea, sin hacerse entender, *no dice*. Acaso expresa, o muestra, tendencias o deseos; pero no lo declara, y por eso no se le comprende. Esa: «ley primera —del crimen fundador el testamento.» ¿Qué quiere decir? Juro que no lo entiendo. Acaso nosotros, si nos lo propusiéramos, seríamos capaces de escribir, en alemán, un soneto. Procuraríamos

verter allí un pensamiento profundo; hasta responderíamos de la buena medida... Solamente que, escrito, no habría un alemán capaz de entenderlo. Y eso le ha ocurrido al Sr. Unamuno... Quiso escribir en el lenguaje de los dioses, y no hay dios que lo entienda.

He aquí las poesías (!), ya «repasadas», esto es, cuidadas, en que el Sr. Unamuno dice verter la «preciosa libertad, la dulce inconcreción de mi espíritu..., cuando con mayor deleite me baño en nubes de misterios» *(Ensayos,* II, 208). Exacto, lo de la «preciosa libertad», y el símil de las «nubes»; y entendido que se trata de un desahogo..., pero con gases asfixiantes.

Hay crítico que, luego de haberle negado todo o casi todo, al Sr. Unamuno, llega a la ironía de proclamarle poeta (1). No seamos nosotros tan crueles.

Ahora, negar que D. Miguel de Unamuno sea un literato, un literato insigne, eso no lo osaríamos, ni lo consentiéramos dicho por otros labios. Verdad que solamente blasfemando de Apolo pudiera proclamársele poeta; que únicamente con sobreentendidos cabría hablar de novelas suyas, que-queriendo significar —como en las leyes— obras o producciones «nuevas», relativamente nuevas...; que hizo, pero, ¡afortunadamente!, aún no ha logra-

(1) JULIÁN SOREL (pseud.): *Los hombres del 98. Unamuno.* Madrid, Caro Raggio, 1917, págs. 89-90.

do estrenar, obras de teatro (1); que escribe una prosa digna del académico Sr. Romanones... Pero que es un literato el Sr. Unamuno, eso no conviene ponerlo en duda. ¿Por qué? Recordemos que fué muy combatido, que se le negó todo: estilo y genio; pero que, al fin, ha triunfado. Las jóvenes generaciones le aclaman por maestro. Es el más difícil triunfo: triunfo de la vejez y de la muerte. Es aquel trágico momento en que todos celebran al autor, pero no le lee nadie.

No porque escriba mejor ahora —antes, cada día lo hace peor—, sino por la virtud del agua sobre la piedra, persistiendo. El se sabe bien el *Catecismo de la perseverancia*. Y así, en este pobre país, donde se carece de crítica —conciencia reflexiva literaria—, ¿no será más práctico callar y esperar cobardemente, ya que en el esperar y en el insistir está el éxito? Aquí no hay sino empeñarse en algo, por absurdo que ello sea, para conseguirlo.

---

(1) En una carta dirigida a D. Tomás Borrás, y publicada en *La Tribuna*, de 21 de Julio de 1917, se lamenta de esta desatención de las empresas para con sus obras *Fedra*, *El pasado que vuelve* y otras. Al fin, en la tercera luna del año pasado, logró el Sr. Unamuno estrenar, en la sala del Ateneo, una nueva refundición del *Hypólito*, de Eurípides; que presentó al público en calidad de «autor», con el título de *Fedra* (Vid. crítica en *Renovación española*, de 2, Abril, 1918, ps. 11, 12).

LA SENSIBILIDAD

El Sr. Unamuno —decidámonos a decirlo— carece de sensibilidad. Si le duele el diagnóstico, consuélese pensando que eso, si no cuadra bien a su fama de místico, sí conviene a su digna austeridad de catedrático. Singularmente, de ex rector, en una severa Universidad medieval, deformada con gayos postizos plateresco.

La sensibilidad, literaria y artística, temple del genio creador y tácito módulo crítico, se designaba, en la vieja Preceptiva, con otro nombre: «el buen gusto». El Sr. Unamuno maldice del estigma; así como los niños, para ahuyentar el miedo, cantan... El «*buen gusto*, ese repugnante *buen gusto*, esa invención de espíritus cobardes...» (*Ensayos*, VII, 554), es la expresión anticuada e impunemente burlable, de una realidad psicológica, que es postulado de toda obra literaria: la sensibilidad. El Sr. Unamuno puede gritar: «cobardes... non fuyédes», como su modelo Don Quijote, a los fantasmas que inventaron la palabra. (Creo que fueron franceses, aunque ello no ocurriera en Roncesvalles). Sí; «cobardes», porque esa frase del «buen gusto», en sus oídos, suena a afrenta, venida por los

aires. Mas, no son gigantes, mi señor D. Miguel, sino molinos...; verdades experimentales, que fueron mil veces objeto de medida y cuenta: eso que toca a la sensibilidad estética, tanto como la fisiológica.

En la *Psicología estética colectiva* se ha estudiado el fenómeno; su proceso evolutivo se representa por una curva de oscilación moral; obedeciendo, a un tiempo, a la impulsión del conjunto y a las posibilidades determinadas. Su componente esencial, de acción positiva y negativa, permanece entre polos móviles... esas grandes directrices llamadas idealismo y realismo, objetividad y subjetividad, *sensibilidad* e *inteligencia*, el placer de sentir y el de comprender, en suma, como leyes de la evolución literaria (Vid L. Cazamian, *Etudes de psychologie litteraire*, Paris, Payot, 1913, p. 2.) (1).

Y no ha de ser descortésmente pospuesto el uno ante el otro; que ambos son, en psicología estética, igualmente estimables. Si la sensibilidad lleva primacía sobre la inteligencia, en la función del sentido para el *matiz* aquélla, referida a centros superiores de la actividad psíquica, la aventaja en la *coordinación* (y en ello se cifraba el sentimiento de

(1) Adviértase que ya nuestro Hermosilla (*Arte de hablar en prosa y verso*, Madrid, Imp. Real, 1826, II, 272), planteaba la cuestión psicológicamente: «es una facultad (el buen gusto) puramente mecánica debida à la sola *sensibilidad*, o es una facultad que requiere el *talento*...?»

la belleza para Aristóteles, como «percepción del orden en la magnitud», es decir, intensidad activa y facilidad armónica). Y esto es sentimental, asimismo; ya que los psicólogos modernos admiten los *sentimientos intelectuales*. Como ve el Sr. Unamuno, quien carece de sensibilidad de sentido, no es, del todo, un réprobo, condenado por la Psicología estética. Hay en él mucho aprovechable.

Así, en la cuestión del «buen gusto», lo que se requiere es, ante todo, enterarse, y luego mucha serenidad; sin que sea preciso proferir voces desiguales, como esa de «cobardes» (¿por qué? ¿en qué?).

Sobre todas las cosas, la Serenidad.

EL ESTILO

No; convengamos en que no es absolutamente forzoso, para la salvación, el cincelar buenos versos, ni aun el torturarles; que no es indispensablemente preciso haber publicado equívocos de novela. Se puede ser literato, un gran literato, como Taine, sin haber hecho, directamente, obra literaria; como Nietzsche, influyendo en la literatura de su pueblo y de su época (1). Ahora, para serlo, —que lo puede uno ser, así se escriba de Derecho, en alemán, ej.: Ihering, o en español sobre Biología, como Cajal, o de Química, como Carracido—, es menester tener estilo, si no propio, al menos el de la época; pero claro y bello.

Cumplidos los rígidos preceptos de la Gramática, espérese, por añadidura, la virtud del estilo; de libre, instintivo, acierto genial; o bien, de refinado, cultísimo, arte de orfebre. El estilo puede ser—debe ser—, por lo que hace a la *forma*, elegante;

(1) H. Lansberg, *Friedrich Nietzsche und die Deutsche Literatur*, Leipzig, Seemann, 1902; una amplia demostración, en la lírica, la novela, el arte, etc. K. Knortz, *F. N. der Unzeigemässe*, Anneberg, Liesche, 1909; págs. 71 y siguientes.

por decoro de la *raza*, castizo, y en cuanto es señal de la *época*, moderno.

De estilo se habla a cuento de la prosa, que el verso tiene, en la propia literaria preceptiva, su garantía —nunca segura— de belleza y euritmia. ¿Cuándo es bello el estilo? ¿Cómo ha de ser para ser noble? Conforme a la naturaleza del asunto, ante todo. Mas, si éste es literario, nada mejor que aplicar a la prosa, por extensión en la *negativa*, toda la fácil, conocida, preceptiva poética. Así, los versos involuntarios, por obra de inconscientes asonancias interiores —y peor, consonancias—, son vicios del estilo poético, en la prosa, tanto como su ausencia o presencia indebida lo son en el verso. Así, cuando se escribe (en prosa):

> «Si el llano al acabarse se alzara
> al cielo en gigantesca oleada
> de espuma petrificada...»
>
> (*Paisajes*, 16.)
>
> «Respetaban su tristeza adivinando
> si es que no sabiendo
> algo de su origen.
> Y seguía su jolgorio, exclamando
> alguna, de vez en cuando:
> ¡Ay, Jesús mío bendito!
> ¡Qué contenta ¡vivo!», etc.
>
> (*Una historia*, VII.)
>
> «Nos apoyamos en la autoridad
> ajena para no tomarnos
> la molestia de formarnos
> y afirmarnos
> una autoridad...»
>
> (*Ensayos*, VII, 65.)

«Queremos que el prójimo
se mantenga fiel
al concepto que de él
nos hemos formado,
y hasta que se haga esclavo
de esta
nuestra
representación de él.»

(*Ensayos*, VII, 65.)

¡Ironía de la suerte! Que Unamuno pudo haber inspirado estrofa semejante a la del gran Rubén Darío:

Poesía, divino tesoro,
de mí te burlas, cruel;
si versifico, hago el moro,
y a veces versifico sin querer.

Se ha dicho: «lo bello es difícil (1)», y juro que no lo entiendo. Porque bella es la flor, bien sin esfuerzo suyo, y bella es, sin asomo de violencia, una angelical criatura, y así es bello el estilo, siendo fluído su verbo y grácil su planta, que no torturado y retorcido, como pie de hereje en la hoguera. Lo difícil, y aun doloroso, sería escribir entarugados de cacofonías y asonancias, consonancias y repeticiones; que fuérale preciso, al buen hablista, buscarlas en las puntas de los cabellos, como el mal poeta sus consonantes.

(1) L. DE ZULUETA: *La edad heroica*, 3.ª ed., Madrid, Residencia de Estudiantes, 1916, pág. 15.

ASONANCIAS Y REPETICIONES

Hay que distinguir, pues, cuando de escribir se trata, a qué diverso y aun contrario fin sirve la herramienta del lenguaje. Así, el que escribe para anotar en el libro mayor de comercio la entrada de una partida garbancera, o bien de aceite, no se ha de cuidar si hay internas asonancias y consonancias; antes, puede, sin escrúpulo, registrar: «Han entr*ado* hoy veinticu*atro* s*acos* de garb*anzos;* procedencia: Fuentes*auco;* remitente: Don *Castor* Pol*anco*». No será esto prosa poètica; pero, si es verdad, basta.

Ahora, cuando se intenta escribir una novela, o cosa semejante, con pretensiones de literatura, la cosa cambia. Así, escribir: «Augusto P*érez* y su misteriosa mu*erte*»; «mand*atos*, en la más genùina acepción de este voc*ablo*»; y aun más: «Don Miguel de él...». Escribir: «mi tard*io* h*ijo* Victorc*ito*» (*Niebla, Pról.*, 5 y 6), eso no es escribir prosa literaria; sin que sea obligatorio declarar para qué linaje de prosa tiene aptitudes quien así emplea la más literaria lengua del mundo.

Hay bellos ejemplos de ágil y elegante estilo. Véase: «que esto sea español, digo, dejo para otro

trabajo —este histórico—, el intento siquiera de justificarlo». *(Del sentimiento trágico,* 312.) «Digo, dejo...» «otro, tra...» «tra*bajo*... justifi*carlo*...» «el intento siquiera...» Como para una Antología castellana; aspiración justa de quien padece la obsesión de la inmortalidad.

Material de estilo literario es el léxico, que ha de ser rico para que resulte aquél variado, y no machacón; expresión del vario matiz en la idea, a su paso por cada eslabón de verbo, de preposición, de conjunción; ya que la expresión, modernamente, se afirma y refuerza en éstos —singularmente en el verbo— tanto como antes en el adjetivo.

¿Elegancia de estilo? Pero, al menos lujo, riqueza de vocablos, buen tesoro verbal. Y he aquí: «Ninguno de su igual le *había* podido, y él a todos *había* zurrado la badana. Desde que dominó a Guillermo no *había* quien lo aguantara. Se pasaba el día cacareando y agitando la cresta; si *había* partida...» *(El espejo,* 171.) Porque, tanto *auxiliarse,* ¿no revela pobreza verbal, o bien de arte en el manejo?

He aquí cómo escribe el Sr. Unamuno: «Por esto es de alabar *el* que *el* señor ministro diga en *el* nuevo decreto que *el* objeto de los estudios de latín y castellano es adquirir *el* dominio teórico y práctico fundado sobre *el*...» *(Ensayos,* II, 43-24.) «Mirad bien *que* los *que* se arrogan ministerio especial de Dios es en el fondo *que* pretenden *que*... Don Quijote *que*...» *(Vida,* 117.)

Y cuanto *más* fría y *más* desdeñosa, se pone *más* hermosa (¿verso?). Hay veces que no sé si la quiero o la aborrezco *más*... *Mas* aquella noche... *mas* como ya se la había prometido...» *(Abel*, 17.) «Juan y Juana se cas*aron* —después de *largo* novi*azgo*—, que les permitió CONOCERSE, y más bien que CONOCERSE, hac*erse* el uno al otro. CONOCERSE, no, porque dos novios, lo que NO SE CONOCEN en ocho días, NO SE CONOCEN tampoco...» *(El espejo*, 116.)

Asonancias, versos inconscientes, machaqueos de idea, repeticiones de palabras... He aquí otro ejemplo: «... Y no *entiende* (Don Quijote) qué es eso de *snob* mientras no se lo digan en cristiano viejo español. No es pesimista Don Quijote, porque como no *entiende* qué sea eso de la *joie de vivre,* no *entiende* de su contrario. Ni *entiende* de... etc.» *(Del sentimiento*, 317). «Había hecho un *retrato*, un *retrato* magnífico, uno de sus mejores *retratos,* de los que han qued*ado* como definitivos, de los que ha pint*ado*, y aquel *retrato*...» Así, hasta ocho veces, en la misma página. (*Abel,* 59.) Verdad que, antes, se halla nueve veces «hablar», en otra. (*Abel,* 21.) (1). Jamás vi emplear tan pobremente la más rica lengua.

---

(1) Más trozos selectos: ... *a* promesa de ir *a* visitar *a* Dulcinea... que *a* HABERLO sido Don Sancho HABRÍALE visitado de seguro, y hasta es muy de creer que se HABRÍA...» *(Vida,* 64-65.) «... la mañana *en* que *en* el regalado sosiego de Coimbra, *en* el retiro de casa de Eugenio de Castro, *en*

«A la vuelta volvían...» (*El espejo*, 207.) En verdad que no es extraño, maestro; sin duda, eso era consecuencia de que a la ida, iban...

Verdad que esto no es precisamente bello ni castizo, en el castellano actual; mas, ¿y en el castellano reformado? Porque el Sr. Unamuno habla —esto, en serio— de *La reforma del castellano*, título que pone al *Prólogo de un libro en prensa* (*Ensayos*, III, 81-93.) Ya que, reformada la lengua, hete aquí variada la literatura; otra preceptiva literaria, y aún otro buen gusto. Que tal vez así— sólo así— el Sr. Unamuno resultara poeta, y novelista, y literato por ende.

La reforma del castellano... Bien; pero antes, ¿no sería bueno aprenderle?

---

ella... *en* que el buen fraile...» (*Por tierras de Portugal*, 8.) «... *desde* cuando se conocían. Eran conocidos *desde* antes de la niñez, *desde* la primera infancia.» (*Abel*, 9.)

«... un perfecto *desconocido* en la república de las letras españolas, quien prologue un libro de D. Miguel, que es ya ventajosamente *conocido* en ella, cuando la costumbre es que sean los escritores más *conocidos*... y que sea el *desconocido* el que al *conocido*... (*Niebla*, *Pról.*, 6.)

«Esa CRISIS del crecimi*ento* de este nues*tro* pue*blo* lleva como CRISIS análoga, una LUCHA. PERÍODO DE LUCHA y de intensa LUCHA íntima ha sido para Bil*bao* este PERÍODO de que habl*amos* Y de LUCHA con sus consecuencias todas. Una de ellas, uno de los resultados de esta LUCHA...» (*La conciencia liberal*, 6.) Total: «crisis», 2; «luchas», 5; «períodos», 2; asonancias..., ¿quién sabe? Todo en cuatro líneas.

Y ahora, señores directores de los grandes diarios sudamericanos: sinceramente, noblemente, ¿qué especie de epítetos adjudicarían ustedes al infeliz, «no consagrado», que se atreviese a enviarles, bajo su modesta firma, un artículo de Unamuno? ¡Hagamos una prueba!... En nombre de la valiosa juventud española —sinceramente, noblemente— se les invita a la reflexión.

DE ESTILÍSTICA [1]

Si «el estilo es el hombre», la Estilística es una deducción de la Gramática, en injerto con una doble inducción de la Sociología y la Psicología. Es la investigación lingüística, comparativa y práctica, que refiere la expresión al pensamiento, la palabra a la idea, el lenguaje al hombre. Es el estudio del alma del idioma, que busca su primitiva

(1) Nombre que dice haber dado Ch. Bally a la ciencia del lenguaje natural, construída sobre inducciones de la Psicología y la Sociología. Vid. sus obras: *Précis de Stylistique*, Ginebra, Eggimann, 1905; *Traité de Stylistique française*, Heidelberg y París, Winter, 1909, 2 vols.; *L'Étude systematique des moyens d'expression*, Ginebra, Eggimann, 1910; *La Stylistique et l'enseignement secondaire*, Saint Blaise, Foyer solidariste, 1911; *Stylistique et linguistique générale*, en *Archiv für das Studium der neueren Sprachen*, CCXXVIII; *Le langage et la vie*, Ginebra, ed. Atar, 1913, *Préface*, pág. 7: «L'ordre de recherches auquel *j'ai donné le nom de Stylistique.*» Bien entendido que la palabra «estilística» existía ya en alemán. Vid. NÄGELSBACH: *Lateinische Stylistik für Deutsche*, 1.ª ed., 1846; 2.ª, por I. von MÜLLER, en Nurenberg, 1905; WACKERNAGEL: *Poetik, Retorik und Stylistik*, ed. Sieber, 1873; R. KLOT: *Handbuch der lat. Styl.*, Leipzig, 1874; los manuales de la segunda enseñanza, o *Lateinische Stilistik für obere Gym-*

esencia única en el análisis sistemático de las personales y sociales, históricas variedades. Es —pedagógicamente— la demostración del movimiento... lingüístico, andando, esto es, hablando y escribiendo, correcta y bellamente. Tómanse como reglas los buenos usos, y a los nobles autores como ejemplos. Y así, cuando decimos: «la lengua de Racine», no se emplea metáfora, ya que nos referimos a la manera lingüística de Racine, a su estilo; no a toda la lengua francesa, ampliamente. «No hay

---

nasienklassen, de HAACKE (3.ª id., Berlín, 1884), de HENSE (Berlín, 1881), el más conocido de BERGER (9.ª ed., por LUDWIG, Coburgo y Leipzig, 1896, trad. franc. de BONNET y GACHE, 3.ª ed. París, Klincksieck, 1900) y el de DRENKHAHN (2.ª ed., Berlín, Weidmann, 1896); los estudios prácticos del mismo DRENKHAHN, *Leitfaden zur lat. Stil.* (Berlín, Weidemann, 1884); los compendios de B. SCHMIDT: *Kuzzgefeste lat. Stil.* (2.ª ed., Leipzig, 1884), y de HEBNACHER: *Lehrplan der lat. Stil.* (Paderborn y Münster, 1885); los aforismos de SEPPE: *Aphorismen zur lateinischen Stilistik*, 2.ª ed. Ausburgo, Krauzfelder, 1891; los estudios de GRAMPE: *Zur lateinischen Stilislik*, Halle, Wais, 1898; el tratado de SÜPFLE: *Grammatisch-stilistiches Lehrbuch der lateinischen Sprache*, 3.ª ed., 1.ª parte, Heidelberg, Gloos, 1900, 2.ª. 1901; el apéndice de REISSINGER: *Stilistik*, en el tratado de BLASE Y REEB, 8.ª ed., Berlín, Teubner, 1909; las prácticas de seminario de MAX C. P. SCHMIDT: *Stilistische Beiträge zur Kenntnis und zum Gebrauch der lat. Sprache* (Leipzig, 1907), y el breve, pero hondo, tratado de J. H. SCHMALZ: *Lat. Stilistik*, en *Lat. Grammatik*, suya y de STOLZ (4.ª ed., Munich, H. Beck, 1910, págs. 600-686), sin olvi-

lengua, o habla, sino hablistas» —pudiera decirse—. Mas, sobre los radicalismos individualistas, domina la alta comprensión de las condiciones comunes, a los escritores de cada época y lugar; de donde se explican los modos paralelos. Que así, en la integración de la Estilística, completa la Sociología a la Psicología.

La Psicología, como «ciencia legislativa del lenguaje» (Delbrük); bien nos atengamos al sistema intelectualista de Herbart, bien al voluntarista de Wundt. La Sociología, en cuanto ciencia histórica; siendo recíprocamente, cada una, el substrato y el superestrato de la otra.

---

dar, para la Estilística alemana, el más frecuentado texto universitario, de R. M. MEYER: *Deutsche Stylistik* (ed. 1906), ni, para la general, los trabajos de A. SÉCHEHAYE: *La Stylistique et la linguistique théorique* (en *Melanges Saussure*, París, Champion, 1908, págs. 153 y siguientes) y de HULTENBERG: *Le renforcement du sens des adjectifs et des adverbes dans les langues romaines* (Upsala, 1903), y todas las de BALLY, que se citan en la nota siguiente. De Estilística latina y neolatina, en España, ALEMANY: *Construcción de la frase en las lenguas neo-latinas*, etc. Disc. Madrid, Tello, 1909, y GONZÁLEZ DE LA CALLE: *Contribución al estudio de la Estilística latina*, en *Varia*, Madrid, Suárez, 1916, págs. 167-191. ¿Cuándo aparecerá un «Tratado de Estilística española»? Ya es un paso *La lengua de Cervantes (Gramática)*, de CEJADOR, Madrid, Tip. Ratés, 1905, 3.ª Parte, págs. 504-543. Hágase, a su semejanza, una Estilística de cada padre de nuestra lengua, y luego hágase una de cada época (tenemos la de *Berceo*, por LANCHETAS, y la de *Mio Cid*, por M. PIDAL, 1908-11), y entonces...

Si el estilo es el hombre, el Sr. Unamuno es un irreflexivo; por más que él se crea, y aun sea, un poco meditabundo ¿Cómo? Al maestro, paradoja. Reflexivo es el que refleja o reflecta, esto es, el que devuelve íntegramente, intacto y con rapidez, todo lo que recibe. Así, el reflejo físico, calorífico y luminoso; así, los reflejos fisiológicos, y los reflejos psíquicos. Meditabundo, o retentor, es el que conserva y no devuelve sino modificado y en parte, y tardíamente. Así, los cuerpos coloreados; así, el rumiante; así, el filósofo.

El Sr. Unamuno huye cuanto puede el empleo, en la conjugación, de formas reflexivas. He aquí cómo dice: «Castizo deriva de casta» (pág. 17). ¿Qué deriva? Nada; es que ello *se deriva*. Esto es: «*Castizo* deriva (se) de *casta*.» Otro ejemplo: «que me han ocurrido pensando» (pág. 19). ¿Qué le ha ocurrido al Sr. Unamuno? *Ocurrir* es «acontecer», «acaecer», y también: «venir a la imaginación una especie»; mas, en este significado no se usa sino en reflexivo. Así: «reflexiones y sugestiones que (se) me han ocurrido».

«A mí sobra el cuerpo» (*Niebla*, 132). El dativo no excusa el reflexivo. Debió decir: «Sóbrame el cuerpo». En cambio: «después de haberse devotamente comulgado...» (*Una historia*, 111). ¿Quién? ¿Jesucristo, en la última cena? No; que fué Ricardito.. , el novio extraño de Liduvina.

Y es que debiera estudiarse la Gramática, juntamente con la Retórica; que no son la preceptiva

gramatical y la preceptiva literaria sino como la hoja y la flor, y sin la hoja y la flor no hay fruto. He aquí la Estilística —tal se ha de entender (1)— siendo ciencia, como Gramática, y arte, como Retórica, del hablar correcto y del bien decir; donde, junto a la ley fonética, brilla la regla literaria, y tras del rudimentario ejemplo prosaico, luce el bello modelo poético.

---

(1) Discrepamos de Bally y de los alemanes en lo que hace al contenido, que no ha de ser simplemente explicación científica de la etiología natural, de lenguaje y estilo, ni solamente lección artística de su etiología artificial, o arte de «bien decir», de hablar, de escribir correcta y bellamente, sino ambas cosas. Si «el estilo es el hombre», asimismo «estilo = manera», ya que todo estilo es afectación, o *pose*, de quien reflexiva y habitualmente escribe o habla. Y si la Psicología y la Sociología dan razón del estilo *a posteriori*, la Etica y la Estética, *a priori*, dan su norma. Estilística es, pues, ciencia y arte del estilo, Psicosociología literaria y alta Gramática.

LA PALMETA Y LA GRAMÁTICA

El Sr. Unamuno —hagámosle justicia— escribe llanamente; no lleva, al escribir, piadosamente juzgado, pretensiones de «hacer estilo»; mas todo rasgo de pluma, movida por hombre, es estilo... Júzguese ahora su Gramática, no su Retórica.

El Sr. Unamuno no es original (véase más adelante). Pero, ¡cómo lo dice!... «En rigor, desde que empecé a escribir he venido desarrollando unos pocos y mismos pensamientos cardinales» (*loc. cit.*). «Uno» o «más» puede ser artículo y pronombre indeterminado, y entonces precede o sigue al verbo, indicando persona o personas de quienes se ahorra en la expresión, o se ignora, el nombre. (Así decía Gabriel del Corral en su traducción de Argenis, fol. 123: «Hacían gran burla los soldados preguntando afrentosísimamente si fueron cinco o más los que huyeron de *uno*»; y en cambio se usa decir: «como dijo *uno*»; que así en latín se emplean el *unus* o *aliquis* y el *quidam*.) «Unos» puede ser adjetivo de cantidad, sinónimo de «algunos» (así, «unos años»). En este caso, el adjetivo «unos» admite otro del mismo género; ejemplo: «unos pocos», pero no dos adjetivos. En buena traducción

gramatical debe decirse: «unos pocos y unos mismos pensamientos». Porque, Sr. Unamuno: su pensamiento varía, el léxico varía; la Gramática —matemática de la raza—, una vez perfecta, esa en lo esencial no varía (1).

---

(1) No por esto se ignora, ni menos se niega, la existencia y legitimidad de las «Gramáticas históricas». Así, entre las de lengua castellana, las muy conocidas de MENÉNDEZ PIDAL (1.ª ed., Madrid, 1904; 2.ª, Imp. Moreno, 1905. 3.ª, Suárez, 1914); J. ALEMANY (1.ª ed., Madrid, 1902; 4.ª, 1915); de HANSSEN *(Spanische Grammatik auf historischen Grundlage*, Halle, y ed. española de Halle, Imp. Ed. Karras, 1915), y para ejemplos, MEYER-LUBRE *(Introducción al estudio de la lingüística romance*, traducido, Madrid, Junta de ampliación, 1914; *passim);* más numerosas monografías de M. PIDAL *(El dialecto leonés*, 1906); de SCHUCHARDT *(Die iberische Declination);* de Baist *(Die spanische Sprache)*, de COLTON *(La Phonetique Castillane*, 1909) de JOSSELYN (*Études expérimentales de Phonétique spagnole,* 1907), de cien mas... En el *Sommer-Semester* de 1910, daba Morf, en la U. de Berlín, un curso de *historische Grammatik des Spanischen,* de dos lecciones por semana. Pruébase en ellas el hecho de una evolución de nuestra lengua en su período constructivo, condición de todo desenvolvimiento biológico; no la incesante variación, hasta el día. Comprenden las «Gramáticas históricas» en general, solamente Fonología y Morfología; modificaciones estructurales de las palabras y modificaciones formales, pero —entiéndase— sólo esenciales en su paso del latín al romance; leves y como accidentales, si se comparan: las «formas antiguas» y transitorias con las modernas y definitivas; las estructuras fonéticas, ortográficas, del «castellano antiguo», con las actuales y vigentes. Que las «épocas de

Decir: «Y usted es un retrógrado..., porque es para usted intangible la gramática» (*Ensayos,* VI, 15), eso es una... unamunada.

Ni vale que él pretenda, en vano, burlarse de quienes aciertan diciendo: «lo primero que hace falta para escribir es gramática» (*Ensayos*, IV, 17). Si lo primero o lo segundo, no importa; que ello es *lo imprescindible.* Puede ser «la alcahuetería de que se sirven muchos para eximirse de pensar» (*loc. cit.*); mas yo diría que, quien escribe sin gramática, ni piensa lo que escribe ni sabe cómo piensa; porque el secreto del mal pensador, y peor hablista, es la *inconsciencia gramatical.*

Es una acción recíproca del pensamiento sobre el lenguaje y de éste sobre el pensamiento; «la expresión de los hechos de la sensibilidad sobre el lenguaje organizado, y la acción de los hechos del lenguaje sobre la sensibilidad» (Bally, pág. 16), y éste es el contenido *natural* de la Estilística.

---

nuestro romance» (B. DE SAN PEDRO, *Arte del Romance castellano*, 1769, lib. I), dicen de variaciones sucesivas «en su formación», no siempre. Y si la lengua «naturalmente con el tiempo se envejece y muda» (ALDBRETE, *Del origen y principio de la lengua castellana,* libro II, cap. VI), esto no toca a la Gramática, sino al léxico; cuando «muchas palabras della no se entienden, etc.» —necesaria renovación de contenido material, allí donde hay vida. En rigor, no hay «Gramáticas históricas»— a diferencia de las «Gramáticas descriptivas»—; son estudios de transformismo lingüístico, ordenados en forma semejante a las Gramáticas (sin la sintaxis).

El supuesto desprecio a la Gramática es —parodiando— la farsa para eximirse de aprenderla; la hipocresía del bochorno de ignorarla; que «con algo de filología verdaderamente científica» no se curan «esos prejuicios gramaticistas» (IV, 18). Al contrario, no hay Filología sin Gramática. Y, ante todo, téngase el bravo. Aquí, cada uno, en nuestra especialidad, hemos demostrado competencia, publicando media docena de libros serios, documentados, honrados y cabales; y hay quien, en la suya, oficial (y precisamente de Lingüística), no ha probado, con testimonios de publicidad técnica, el supuesto valer científico que a todo catedrático por oposición —no a los otros— la opinión postula. Porque, ¿quién nos asegura de que, acosado el autor con razones de «filología verdaderamente científica», no saldría con que éstos son «prejuicios» filológicos curables «con algo» de Teología?

Entendámonos: la Gramática no sirve, espontáneamente, para nada; empero, sirve —reflexivamente— para todo. Es herramienta insustituíble para aprender, sistemáticamente, extraños idiomas; es módulo necesario para hacer, conscientemente, crítica literaria. Para escribir en la propia lengua no hace falta Gramática, a saber, preocupaciones gramaticales. Exacto. Basta confiarse a las felices espontaneidades de la Gramática que llevamos —en la mejor hipótesis de pureza de raza y cultura de ambiente— articulada en el cerebro, musicalizada en el oído. Ahora, en el supuesto de que el escri-

tor no acierte, para juzgarle, para demostrar un error, ¿cómo no invocar la Gramática?

Mas, he aquí que somos unos legos, y nada mejor que someternos al fallo de los filólogos latinistas alemanes —un Hanssen, un Norden, un Meister, un Körting, un Meyer Lübke—, sin duda admiradores y amigos del Sr. Unamuno.

Pero, nos imaginamos la asombrada réplica:

Unamunus..., was ist das?

CONSECUENCIA ORTOGRÁFICA

Luego..., hay en la escritura algo fundamental, que es el decoro, y uno de sus cánones: la consecuencia ortográfica. Quien escribe, seguidamente, una misma palabra de dos o más diversas maneras, es que no está muy seguro de cómo se debe escribir; que no vale decir si eso no le importa. Así, «traducible» (*Ensayos,* IV, 21) e «intraducibles (IV, 22), y luego *intraductibles* (IV, 25); «Elena» (*Niebla, passim*) y «Helena» (*Abel, passim*); «Reló» (*Niebla,* 127) y «reloj» (otros libros); «consciente» *(Mi religión,* 96) y «conciente» (otros lugares); «preveer» *(Niebla,* 7) y «prever»; «Agüela» (*Paz en la guerra*, 225), y «abuela» *(Abel)* es... —¿qué menos hemos de decir?— un poco inconsciente.

En español —a diferencia de todas las otras lenguas—, es uso el de poner admiración e interrogación, tanto al inicio, como al cabo de la frase. Así usaba escribir, también, el Sr. Unamuno. Mas en su primero y en su último libro deserta de la tradición ortográfica española, y —como en latín, alemán, inglés, francés, etc.— no emplea, sino al final, los signos admirativos y los interrogantes.

¿Siempre? No; que así se lee, en una misma página: «Pues qué, crees que sólo vosotros, los artistas, los pintores, soñáis con la gloria?» y después: «¿pues, por qué, si no te has dedicado a pintar?» (*Abel,* 13). En otra se lee: «Y lo que Helena le hacía sufrir!» y luego «¡No te burles!» (*Abel,* 15). Así, también, en todas las páginas de *Paz en la guerra*. Ahora, no ya consecuencia, conciencia ortográfica...

Pero, ¿cómo injuriar al autor, recordándole la verdadera ortografía de «hámbito» (*Una historia,* 1); la de «cojido» (*Ensayos,* VII, 194)?

Y bien, ¿qué? No seamos cicateros. ¡Cuestión de letras! Estos prejuicios ortográficos ¿no se curarían con un poco de Algebra?... Sí; «candideces ingenuas». Mas, cuidado; que el primer grado de candidez es creer a los demás... cándidos.

CONTRA LA ACADEMIA

AHORA, conste que si ponemos faltas al mal lenguaje español del terrible vizcaíno, es, no por contradecir él los cánones de la santa hermandad del lenguaje patrio, sino, justamente, por seguirles. Así, abunda el autor en el empleo de la palabra «todo», ajustándose constantemente al dogmatismo de la Academia, que la declara adjetivo —en todas las ediciones del *Diccionario*—, y poniéndola, consecuentemente, después del substantivo; igual que nuestros pobres, tristes, predicadores. Por dondequiera hallamos —en los sermonarios y en los libros del Sr. Unamuno—: «los pliegos todos» (*Paz en la guerra*, pág. v); «sus obras todas» (*Amor y pedagogía*, 14); «los hogares todos» (*Vida*, 14); «los pueblos todos» (*Contra esto y aquello*, 11); «la carne toda» (*Paisajes*, 13); «su valor todo» (*Soliloquios*, 9); «la atención y el interés todos...» (*Por tierras de Portugal*, 6); «la mano toda» (*Ensayos*, III, 11); «especulaciones todas», «iglesias todas» (*Ensayos*, IV, 126, 127). Esto es un vicio de seminario, donde a menudo, en las pláticas de diaconado, se hinchan declamando: «el mundo todo», los ordenandos, pobres inexpertos que no vieron,

aparte la capital de su diócesis, otro mundo que la simpleza de su aldea.

Pues bien, señores predicadores, Sr. Unamuno, señora Academia: las palabras que expresan ideas —análogas u opuestas— de una misma naturaleza metafísica, deben ser de una misma naturaleza gramatical. ¿Qué es el todo? El opuesto —cuantitativo— de la parte; el análogo —cualitativo— de la parte, «porción de todo», según el *Diccionario de la Lengua*. Y si «parte» es sólo substantivo, y en todo caso adverbio, ¿por qué «todo» es también adjetivo? Este género de los adjetivos determinativos envuelve un problema de buen gusto, que es la idiosincrasia repulsiva de la transposición. Si no gustamos de escribir —ni en verso ni en prosa— «iban hombres muchos», ¿cómo ha de sonar bien: «los hombres todos»? Más bello y elegante es el empleo del adjetivo determinativo, a modo de pronombre demostrativo. Así, mejor que «muchos hombres», simplemente —supuesto el nombre— «muchos»; más limpio, fijo y brillante, que «los hombres todos», sencillamente: «todos». Nunca: «la Humanidad toda», el cuantitativo, si la referencia es a singular; sino el adjetivo existencial: «la Humanidad entera».

Cuando el pronombre demostrativo oficia de adjetivo, va después del nombre, no antes. Así: «esta mujer»; no «mujer esta». (Cuando se pospone, previo el artículo, vuelve a pronombre reduplicado: así: «la mujer esta».) Mas, ¿qué importa? Todo

esto no son sino «prejuicios gramaticistas». Abajo los dogmas... Que el libre examen gramatical sea la única preceptiva, interna y amplia. Mas, escribiendo cada uno como quiera, ¿no estará forzado al límite interno de escribir como pueda? ¿No significan un ahorro de esfuerzo las reglas?

INCONSCIENCIA GRAMATICAL

No sigamos la preceptiva gramatical; mas, no demostremos desconocerla. Neguemos, pero conozcamos el valor de las palabras. Leo: «por los mismos pasos *porque* él se metió» (*Contra esto y aquello*, 11). ¡Es horrible! ¿Por qué? He aquí la conjunción causal, que no lo es en el caso del texto. El autor quiso expresar y debió decir: «por los qué». Pero acaso desconocía el doble, únicamente doble, valor de la palabra. Ese es el «por qué»; aquí, substantivo familiar, que no lo es, tampoco, en el caso del texto (1).

(1) Un granero de ejemplos: Y no se dice «avejetar» (I, 203), sino «avejentar» y más frecuentemente —en el reflexivo— «avejentarse». En el contrario supuesto, diríase «evejecer» y no «envejecer», como es uso. Verdad que la preposición «a», en este caso no privativa, suple a la preposición «en» —ambas, ahora, expresivas de eficacia— y que «*a* veg-*en*» parece duplicación de valores; mas, así lo quiso el uso constante. «Avejetar», significaría, más bien, vegetar de propósito.

Leo: «falange cerrada, sobre que extienden» (I, 204); entiendo: «sobre *la* que extienden»; que el pronombre suple al nombre y a él nadie le suple. Las «sardinas... fritas» no están jamás «corruscantes» (*Soliloquios*, 31); en caso, por

«En las que soy de extraño» (*Poesías*, 8), es confusión de los verbos «ser» y «estar», sólo tolerable a las *cocottes;* esto, si lo merecen (1)... «Se me ha dicho más de una vez y *más que* por uno» (*Del sentim. trág.*, 312). Se dice: «y por más de uno». «Delante mío». (*Abel*, 169), no es castizo modo adverbial. Sólo hay: «de mío». «Su primer salida...»

---

semejanza a un corrusco o mendrugo de pan, muy cocido, en participio pasivo, «corruscadas»; «corrurcante», será el fuego, será el aceite.

En fin, no acabaríamos... Leo: «del vigor que se sale de madre y *trasvasa*» (I, 203). No; trasvasar es pasar de un vaso o envás a otro; se dice en este caso: «rebasa». Leo: dilatada (la insociabilidad), a las relaciones sexuales» (I, 203); todo lo contrario: «referida», y mejor: «limitada»; ya que las sexuales son parte, en el todo de las relaciones humanas, sociales, cuya negación es la insociabilidad. Pero..., es que si siguiéramos así —hemos abierto el primer tomo de los *Ensayos* por el final— no quedaría para prestar no una sola página.

«*Ios* con Dios» (*Poesías*, 8 y 9), no es imperativo plural de «id», del verbo «ir», que sería: «idos».

(1) Verdad que Cervantes, a veces, trocaba los auxiliares. Así, «el domingo *será* aquí sin falta» (*Rinconete y Cortadillo*). Mas, ningún filólogo tendrá a Cervantes por un paradigma de hablistas. Esta antinomia de sentido es curiosa: «el verbo *ser* nos presenta al sujeto como teniendo algo de *estable*...» (S. Sabio del Valle, *Sencillez, riqueza y matices de la conjugación española*, Madrid, s. a., pág. 13.) En efecto, el verbo *estar*, en su más amplio sentido, equivale a *existir* (a diferencia de *ser*); éste, círculo de posibilidades y de variedades, así como aquél es centro de esencia y vértice de unidad.

(*Vida*, 24). No; que salida es femenino, y ese apócope de «primero», no puede concertarse (1).

«Pedro Antonio había nacido con la Constitución, el año doce. Fueron sus primeros de aldea, de lentas horas muertas a la sombra...» ¿Qué es esto? El pronombre adjetivo «primeros» no puede suplir a «años», que no aparece; siendo falsa la pretendida concordancia *con* «año doce». ¡Y estábamos aún en la página 1.ª!

---

(1) Un antrax de errores. «La dulce *pero* crepuscular figura...» (*Por tierras*, 6) (si; «era de noche y *sin embargo*...») ¿No es dulce todo crepúsculo? Porque, si quiere justificarse la adversativa, convengamos en que tan crepuscular es la figura vespertina de Constanza *morrente*, como la matutina de Inés de Castro *amante*. «Y sin sinquiera él» (*Vida*, 31). Una conjunción, una preposición, otra conjunción, un artículo... «Oilo» (*Vida*, 53) Cuando es primera persona de singular del pretérito perfecto de «oir», con trasposición del pronombre, lo mismo que si es compuesto substantivado (¿a que no saben ustedes lo que significa?), se escribe con acento en la i. De poner en los libros cosas raras, hay que hacerlo conscientemente y con rara exactitud. «Muy más nuestro...» (*Vida*, 62). «Muy», apócope de «mucho», puede, como este adverbio, anteponerse a los de cantidad —así, «muy mucho, muy poco»; pero no así cuando son comparativos, porque indica ya él superlativo o grado sumo, no superable. «A promesa de...» (*Vida*, 63), es impropio. Se dice —expresando condición material— «a cambio», esto es, *por* cambio; no se dice así, al expresar condición moral, sino «con» o «mediante promesa». «En que *en puro* policía no puede hacerse daño» (*Vida*, 78), es viciosa locución adverbial. Dícese: «de puro» o «a puro». «El dios que sobre (él) se yergue» (*Vida*, 87). Falta

Mas, con burlarse de los que tienen por «intangible la Gramática» (*Ensayos*, VI, 15), al Sr. Unamuno no le es preciso ya ni conocerla...

Todo esto no es «extragramatical» (1), simplemente: es *antigramatical*. No se trata, ni de relieves del lenguaje, ni de posibles, lícitas variaciones. Supone, frente a la única, invariable, gramática actual de la lengua, sólo dos situaciones: la inconsciencia absoluta, o la relativa y momentánea ignorancia o descuido. Pero, ¿cómo hablamos, sino al descuido? El lenguaje es un fenómeno de cerebración inconsciente, siendo el propio. Nuestro casticismo de lengua es el feliz vuelo de la inconsciencia grama-

---

el pronombre. «A pies juntillas» (*lot. cit.*), es: «a pie juntillas»; se dice de saltar (y fig. de creer), refiriéndose a las puntas de los pies. Lo otro es concordancia vizcaína, de frecuente — es verdad —, pero mal uso. (Sinceramente, no avergüenza corregir esto.) «Oían misa *al día*» (*El espejo* 86). Cuidado; que «al día», un consagrado modo adverbial, significa «al corriente», y ni es deber oir misa «cada día» —así se dice —, ni es diaria novedad la misa. «Mil y *un* lenguas, dialectos...» (*El espejo*, 158). Sí; dialecto vizcaíno puro. «*Para yo* me basto...» (*Vida* 151; *Ensayos*, VI, 35). «Para ser un yo», debe decirse; que el auxiliar y el artículo indeterminado aquí, son indispensables.

(1) Empleamos esta palabra en sentido diverso al que la asigna Ch. Albert Sechehaye, en su *Programme et méthode de la linguistique théorique*, *Psychologie de langage*, Ginebra, Eggimann, 1908, págs. 70 y siguientes. Para él —en esquema— lo «pregramatical», luego «extragramatical», es: *a*) vagido (gritos y voces inarticulados), primitivos reflejos lingüísticos; *b*) mímica (actitudes, gestos, ade-

tical, que apenas suple el reflesivo cangrejo del estudio. La lengua propia es todo espontaneidad, es un niño que juega dentro de nosotros.

Y aquí de la invencible dificultad nativa:

«Llega a viejo y lo habla mal...»

Y a cuento la incomprensión del viejo párroco, que la lozana lengua española dolorida lamenta:

«Señor (ex) rector, Señor (ex) rector, en vano...»
que «no encarnan los signos de mi mano»
todo el ser de mi ser...»

Sí; concluyamos con Cervantes: «Mala lengua castellana y peor vizcaína» habla este vizcaíno, «en

---

mán), signos naturales, y *c*) acento, según intensidad e inflexión; obra, todo ello, del instinto de la espontaneidad involuntaria; el lenguaje natural, en suma, sintético, el «innato» de Condillac (*Logique*). A diferencia de lo «gramatical», que es: *a*) disposición individual (Psicofisiología); *b*) hábito, individual social, como repetición e imitación (Psicosociología), y *c*) convención social (Gramática), obra de la inteligencia y de la voluntad, esto, lo analítico, artificioso y adquirido. Ahora que el acento, hijo de la pasión (así, los que hablan con uno muy marcado, regional, lo extreman cuando se entusiasman o riñen), es en cuanto inflexión, esclavo de la prosodia, que es gramática..., y los gritos tienen contenido fonético, como habituales exclamaciones emocionales e «interjecciones naturales» (V. Cejador: *El lenguaje*, II, 270-272), monosilábicas, y eso es también gramática, en cuanto analogía... Para nosotros «extragramatical» no es sólo el relieve del cuerpo del lenguaje, sino su organismo en el acervo celular, renovable y libre, esto es, el léxico.

sus mal trabadas razones». (*Quijote*, parte 1.ª, capítulo VIII.)

Siga el Sr. Unamuno dando palmetazos de dómine a todos los malos hablistas, pobres filósofos y ruines sociólogos o políticos. Haga una afectuosa excepción, y conceda trato de favor, si quiere, para ciertos ágiles y vacíos murenidos, que a su lado flotan lisonjeros y rientes; mas cuide mucho de esconder la otra mano, que ya hay crítica en este reino, y no faltan ni el entendimiento ni la audacia.

RENOVACIÓN LÉXICOGRÁFICA

Pueden entrar los neófitos en la iglesia de la lengua? ¡Por qué no! Mas, nada tan difícil y arriesgado como inventar palabras, y transformar, y descubrir, mayormente cuando le alcanza a uno la responsabilidad de lingüista.

La ciencia —o el arte— del neologismo es breve, pero en el enunciado. Neología es, en cuanto industria (que fabrica palabras, derivando y justaponiendo) Gramática; es, como exploración (que saca a nueva luz viejos, desusados vocablos), Historia. Porque, ¿hay posible creación —*ex novo*, se entiende— de voces absolutamente originarias?

Así, decir: «diferencias individuantes» (*Ensayos*, I, 177) es no entender que al apelativo ha de concordar, espiritualmente, con la sustancia del nombre. El sufijo «ante» expresa cualidad intrínseca, actividad inmanente. Y así se dice: (de «cantar») «cantante», el que se dedica al canto y (de «danzar») «danzante», el que profesionalmente danza, o moralmente —por extensión figurada— el que no está fijo, o no es serio. Mas, cuando se habla de cualidad trascendente, ha de emplearse el sufijo verbal «izar», con sus derivados. Así es como las

«diferencias» que caracterizan —a través del principio biológico de individualización— no «individuan», sino «individualizan», esto es, son, no individuantes, sino «individualizadoras». En cambio, está bien derivado «vulgachería» (1, 190), de «vulgacho». Y es horroroso el nuevo adjetivo «calicostrada» (1, 198), porque no significa costrado de cal, sino costrada de álcali...; que eso significa, en español, «cali».

Cuidado con la equívoca analogía de «calicata»; que esto no viene de «catar» en «cal», sino de «calar» y «catar», visiblemente; no porque así lo afirme la Academia, para nosotros voto de escaso valor (1), sino aun a pesar de ello. ¿Y qué es eso de «mormojean»? (1, 202). Existe «murmurar», y si se quieren decir cosas *raras*, buscando la novedad de uso en las palabras, cuando falta en las ideas, aun cabe un «mormullar» (de «mormullo»); derivado castizo, si bien anticuado, mas de conocida y limpia procedencia. Y todo eso en una lección *En torno al casticismo...* (2).

---

(1) Es de justicia se haga aquí constar nuestra más explícita rectificación, después del ingreso en la Real Academia Española de los eminentes filólogos y sabios hablistas Sres. Navarro Reverter, González Besada y J. Burell, que supieron —ya que no con libros—, con sus hechos, dar ejercicio y aplicación a tantas lenguas.

(2) Suma y sigue: «Temblotear» (*Niebla*, 98), es un derivado equívoco; mejor, «temblonear», de «temblón», o «temblequear», de «tembleque»; tampoco el «tembletear»

«*Impiadosa* crueldad» (*Vida*, 251), con ser redundancia —que toda crueldad no es piadosa— y ser inferior epíteto —que «impiadosa» es menos que cruel, y todo epíteto lo es porque añade y subrecarga la expresión, lejos de disminuirla— es arcaismo innecesario (no importa si castizo, según Mir), existiendo «despiadada», y es —acaso— ignorancia del adjetivo «limpiedoso», bien casti-

---

de la Academia. «Rojores» (*Una historia*, I), no; ya que hay «rojeces» y, mejor, «rojuras»; ni tampoco «apologetes» (*Id.*, VI), sino «apologistas», si se expresa acción, no quietud, como en «asceta». «Ansiones» (*Paisajes*, 12), no es castizo, ya que ni está en uso el aumentativo de ansia, ni por naturaleza de significado lo acepta. La suma vehemencia en el deseo, hasta el punto de congoja, es anhelo; «ansia», cuando el cuerpo, que al alma sigue, se interesa. Y no cabe aumento de lo sumo, henchimiento de lo máximo. «Cortes» y «arribes» (*Paisajes*, 16)... Hay «arribo», si de *llegadas* se habla. Pudiera, en otro caso, substantivarse el adverbio («arriba»), y «arribas» expresaría alturas.

«A posmano, o sea *a posteriori*» (*Niebla*, 19), no está bien; existe: «pospelo», equivalente a «contrapelo». «Posmano» equivaldría a contramano; significando, no *a posteriori*, después de, sino «a la inversa». Que así, «posponer» no es sólo poner después, sino invertir anticipadamente las cosas ya ordenadas, en opuesto orden.

Mas he aquí que en otro lugar se lee: «razones *a posteriori*, o para hablar en romance, de trasmano» (*Vida*, 113.) ¿En qué quedamos? ¿*A posteriori* es «posmano» o «trasmano»? Ni lo uno ni lo otro; «a trasmano» —no es modo adverbial «de trasmano»— significa: con extravío.

zo (1), y para más vulgaridad, incluído en el *Diccionario* de la Academia (2).

El conocido, y casi admitido, «adentrarse» (Ejemplo: *Vida*, 85) es un verbo innecesario. ¿Se puede hacer un verbo de un adverbio? Se puede hacer todo —ese es mi sentir— cuando el idioma lo necesita. Mas, si Dios no hace milagros sin necesidad, que dicen los teólogos; si la naturaleza obra con el menor esfuerzo, según Leibnitz, ¿por qué lo

---

(1) J. MIR Y NOGUERA: *Rebusco de voces castizas;* Madrid, Jubera, 1907, pág. 424: «En su lugar apúntase la palabra *impiedoso*...; mas no se descubre de dónde pueda venir, puesto que *piedoso* no parece por ninguna parte. Derívase directamente, de *piedad*, no indirectamente como *piadoso*. Si no se empleó el positivo, y sí sólo el negativo *impiedoso*, capricho fué del soberano uso, pocas veces lógico y alguna arbitrario.»

(2) Continuación: «Vida perpetuadora» (*Vida*, 14), sería —místicamente— la vida de la Gracia, la que nos hace inacabables; no la «vida inacabable» por sí, esto es, *perpetua*, que por siempre dura, la que permanece en la amplia, pero limitada, atmósfera del tiempo... Así, la humana inmortalidad... «Acusique» (*Abel*, 117), por «acusón», no suena mal, como neologismo, en uso entre estudiantes. «Recordadizo» (*Una Historia*, VII) sería —por paridad con «olvidadizo»—, el que es propenso a recordar, no el ciprés que hace recordar; dígase: «recordador» o «recordativo». «Remegió» (*Id.*, VIII), sería «remajó», si de «majar» quiere derivarse; que, si de «mejer», este es un localismo. «Celaja», (*Vida*, 18), tal vez derivado de «celaje», es vano intento de enmendar el castizo «celada» (de «celar», encubrir u ocultar). «Brezar» (*Una historia*, VII) por «mecer», ¿qué es esto? «Codiciosidad» (*Vida*, 52) «vergenzosidad» (*Ensayos*, VII,

innecesario? Si horroriza un «afuerarse», ya que existe «exteriorizarse», ¿cómo no decir «interiorizarse», simplente? Nada nuevo añade a «entrarse», antes incurre en pleonasmo el autor, cuando añade: «Adéntrate en ti mismo» (*loc. cit.*). Sería igual decir: «éntrate en ti mismo», esto es, «adéntrate». Y «adentrándose *aun más* en el sueño» (*Amor y pedagogía*, 57). ¿No bastaría sumergiéndose?

---

27) son barbarismos, que recuerdan aquellos tan estupendos creados o traducidos por los frenólogos (aquí, Cubí y Soler; como en Alemania, Gall; en Francia Vimont, Catle, Broussais, Debout, y en Inglaterra Forster, Combe, Spursheim). Así decían: «destructividad», «combatividad», «amatividad», «constructividad», etc., que tal vez justificaba el ser nombres nuevos, inventados para calificar supuestas nuevas facultades o tendencias. Basta, «codicia» o «vergüenza». Si por inmoderada ansia de novedad, decimos «hermanalmente». (*Vida*, 68), no «fraternalmente», sería lícito y bueno escribir: «padralmente», en vez de paternalmente. Mas... bien a la mano, que está en el *Diccionario*, tenemos «hermanablemente», como sinónimo; si bien debe referirse más a consonancia de las cosas, según Mir (*Rebusco*, pág. 410). «Soyugar» (*Vida*, 80), no puede decirse, pues el «so» —partícula hoy sólo separada— indica condición; —así, «sopena»— no existe el verbo «yugar», sino el «yungir», poco usado. «Perinchio» (*Vida*, 83, 87). No: de «per» y «henchir», ¿cuándo puede resultar ese aborto? *Gioconda*, si hay empeño en traducir, será «*Iocunda*», no «Ioconda» (*Abel*, 28), y de *to flirt*, coquetear, ¿como derivar «floreteo» (*Abel*, 22)? En buen español se dice: «cocar» y «coca», en igual sentido, y acaso parentesco, con el alemán familiar: «*cuquen*» (no recogido en los diccionarios), equivalente a nuestro vulgar «timarse».

«Enfebrece» (*Ensayos*. VII, 43); mejor, febricita, de *febricitare*. «*Refuso* a toda sobriedad» (*Ensayos*, VII, 193), no se comprende. ¿Quiso decir «rehacio»?

«Señuelo con que las marcaban en un registro...» (*El espejo*, 158), no puede ser diminutivo de seña; que aquel tiene otra acepción, sobrado conocida. Y ¿qué es eso de «estrumpian»? (*El espejo*, 205). «Acuidad» (*La conciencia liberal*, 5), por más que quiera derivarse de *acutus*, no puede resistir a la analogía fonética de «acuosidad», con diverso sentido. Pero basta de nimiedades..., de «ingenuidades». (Verdad que, en otro caso, se nos diría: «hablar por hablar; que se pruebe eso».)

«Adéntrese» el Sr. Unamuno, «en sí mismo», y no se exhiba; que solo así pudiera acreditar el nuevo verbo...

USO Y ABUSO

No obstante, es menester hacer buen uso de los viejos y nuevos vocablos, que ello prueba —o pone en duda— la conciencia lingüística. Así, «una venta tan *nutrida...*» (*El espejo*, 184), ¿de qué? Porque no se trata de una venta o parador de arrieros, sino de la venta de un periódico. Se dice: «considerable», o bien «importante», y aun si se quiere: «fabulosa».

«Helena *se posaba...*» (*Abel*, 21), revela confusión de nuestro «posarse» (aplicado a las aves, tercera acepción del neutro «posar») con el francés *poser* (referido a los modelos de pintores), muy mal, si bien corrientemente, traducido aquí por «posar». Aquél es reflexivo, significando pararse, asentarse sobre una cosa después del vuelo; éste, tomar cierta actitud. Debió decir: «Helena posaba» —consciente del galicismo—; pero mejor: «Helena se ponía (o se colocaba) en su asiento....», etc.

«Robusto y cumplido». (*Una historia*, 1), ¿en qué deberes?, ¿a qué edad? No; que «es un ciprés»... «Para hombrearse con él» (*Abel*, 83 y 84). ¿Con quién indica relación este verbo? Pero se refiere a un tumor... «Simplicidad *palomina*» (*Niebla*, 7), no; ante todo, pulcritud: no adjetivemos con guano... Será «palomina simple», o más bien «simpli-

cidad columbina», que así se dice. ¿Y a cuento de qué? ¡Ah!, el autor intenta burlarse de una «ingenuidad pública», que es «profunda y cándida» (esto es, simple, sin dobleces, no profunda). Hay ingenuidades y candideces, si no más «profundas», sí más deliciosas. La ingenuidad mayor es la de creer a los demás ingenuos...

Por *dichos* se entiende afirmaciones terminantes, a veces axiomáticas, y son los aforismos; los *rumores* contienen frecuentemente suposiciones, más o menos malévolamente aventuradas, y es la fama del «se dice». Así, escribir: «Era *dicho* corriente el de que en el fondo de aquellas casas... hubiese saquillos de peluconas» *(Paz en la guerra*, 7), es no tener idea del valor literario.

Y «prestigiado por las gentes» no puede equivaler a «colmado por ellas de honores» *(Ensayos*, VI, 177); que «prestigiar» (de *praestigiare)* significa, etimológicamente, presagiar por medio de prodigios, y cuando el presagio falla, también engañar (así, *praestigiae*, engaño). De ningún modo: «hacer prestigios, embaucar», como define el novísimo *Diccionario* del Sr. Alemany (ed. 1917, página 1.368, col. 1.ª). Esto, sobre admitir el galicismo «hacer» —cosa imperdonable—, supone traducir, literalmente, *praestigiae* por «prestigio»... «Hacer prodigios, embaucar», quiso decir, sin duda, la obra autorizada por el nombre de un sabio lingüista. Por donde «falso prestigio» fuera, en latín, redundancia; ya que todo *praestigium* (impostura,

charlatanismo, embaucamiento) es falso. Mas, toma en el romance —castellano, francés, inglés, etc.— sentido afirmativo de acción la vieja palabra (así, «hombre de prestigio», *prestigieux, prestige*, y se abre camino equívoco al neologismo... «Prestigiar», «prestigiado»; bien, que pase. Lo que no puede pasar es la antinomia de sentido entre voces consanguíneas (así, en italiano: *prestigiatore*, engañador, y *prestigioso*, prestigioso); porque, si «prestigiar» es, necesariamente, engañar, ¿cómo de la falsedad en acción puede resultar la verdad del falsario?

Leyendo a Unamuno se aprenden cosas desconcertantes. Por ejemplo: él conoce a un escritor «que no siente el *paisaje* ni la *campiña*». (*Ensayos*, VI, 30). ¡Pero, si el paisaje es... la campiña, en su aspecto artístico! Otro día nos hablará de un poeta, que no gusta de la hoja ni de la fronda... Y «cogüelmo» (*Ensayos*, VII, 160), no equivale a colmo; por más que suene... Tal vez signifique, más bien, «jugo o substancia». ¿Es cierto?

Gracias si en esto de las palabras nuevas, caso de caída, no hay peligro (1); que el Sr. Unamuno no se dedica, por suerte, a inventar aeroplanos...

(1) Acaso alguna de estas raras voces sea parto del descuido, simples erratas. Pero como el autor se precia de raro... ¿Y quién sabe si, advertido ahora de la falta, ahínque en ella, haciendo pie en un eror material, amparándose en las bardas de la cercada verdad, de lo ignorado? Así nacieron muchas teorías; y de esta suerte se logra a veces ser original; que en cuanto ello es perseguido, imitado, de propósito, es copia.

UN PICA-LETRAS

El Sr. Unamuno no es, decididamente, un gran literato; no es, acaso, un literato. Pero él escribe y escribe... Ensaya géneros literarios tan diversos como la novela y la poesía lírica, la crítica literaria y —sobre su conciencia, que él lo delata— ¡aun el teatro! Salta de uno a otro, de esos géneros literarios, sin lograr fama en ninguno (hasta ahora, porque, ¿quién sabe?). No es un novelista; ni es un poeta; no es buen crítico, y no se ha revelado (pero acaso lo sea) como un gran dramaturgo. Hace —es verdad—, a veces, crónicas estimables.

Hagámosle justicia. Tiene ingenio dialéctico —si bien de ingenuo procedimiento, ya fichado— en la paradoja; no conoce demasiadamente la ironía; pero es humorista, si bien chabacano (1); es

---

(1) Nos resistimos a adjetivar más propiamente, y el señor Unamuno, que no desconoce la cultura de nuestra generación, se aprovecha..., en una suerte de *abuso de inferioridad*. Por ejemplo: su calificativo preferido, para la censura, es éste: «majadero» (así, por última vez, *Ensayos*, VI, 176; VII, 68, 152, 178, 216). El Sr. Unamuno sabe que este es un privilegio de su generación (Vid. los lamentables *Ripios*, de Valbuena, y casi toda la crítica del XIX);

algo y aun mucho místico; siempre es pedagogo.

No le falta sino saber escribir. De todo, o casi de todo, tiene, a no ser de literato. Es un equívoco de literato, porque pica de todo en letras.

No es un literato: es un *pica-letras*.

---

nosotros ya no podemos manchar nuestra tinta con esos álcalis... Pero él, que declara cinco páginas antes: «Confieso que yo mismo he dicho esto muchas veces...» (VI, 171), ¿no teme si, al sentirse herido el lector, en su sensibilidad, esa fea palabra vuelva al autor, de retroceso?

II

EL PENSADOR

Venimos de Miguel de Unamuno. No es una villa de la feudal Extremadura, con sus nombres de hombres..., que es todo un hombre y vale por una ciudad. Es Bilbao, que «ha entrado» en Salamanca. Fuimos a él para conocer sus monumentos —la literatura y el léxico, el estilo y la gramática—, y hemos visto ante nosotros fluir la vida. Estudiábamos al hombre de letras, a Miguel de Unamuno, y henos aquí aún más interesados —nominémosle íntegramente— por D. Miguel de Unamuno y Jugo, el pensador...

Veamos si lo es y cómo lo es; analizando, para ello, su *cultura* y su *ciencia*, su *ideología* y su *tipo mental*.

LA CULTURA

En un lugar de *En torno al casticismo*, el señor Unamuno y Jugo hace la apología del Larousse *(Ensayos* I, 206). El, de seguro, ya no lo recuerda. Releyó el trabajo, antes de darle a la imprenta, para la segunda edición, y —naturalmente— hallaría, como Dios al mundo, que era bueno...

La cultura del Sr. Unamuno es vasta, y sin llegar todavía al odioso análisis, le admiramos como enciclopedista audaz. El sabe de todo; al menos, él habla acerca de todo. Mas, toda cultura enciclopédica rebasa, si es potente, de una línea de uniformidad, y rebosa, a veces, en especialidades.

Veamos, ahora, las rebasaduras culturales del Sr. Unamuno y Jugo, y sus preciosos rebosamientos en Matemáticas, en Física, en Lenguas, en Ciencias naturales...

¡MATEMÁTICO!

Una especialidad enciclopédica del Sr. Unamuno, son las Matemáticas. Decididamente, si él no es un matemático profesional, lo tiene afición, más o menos cinegética. Y vamos a caza... de «lugares matemáticos», en las obras del señor Unamuno y Jugo.

Al correr la vista sobre el entarugado de las letras impresas, se topa uno con ideas bizarras sobre Geometría. Así, «las cosas, al reducirse de *tamaño,* tienen que cambiar de *forma*». (*Ensayos* II, 18). La Geometría, dentro de las Matemáticas, parece ser, no su fuerte, pero sí una de sus aficiones desordenadas (que si fuera ordenada, la estudiaría, en lugar de ignorarla).

Así, las nociones de Geometría aplicada, que precisan conocer los sastres cortadores, no son «Geometría proyectiva». (*Amor y pedagogía*, *Prólogo*, 18). La parte de la Geometría que estudia las propiedades proyectivas de las figuras (Véase la obra clásica de Juan Víctor Poncelet, *Traité des propriétés porjectives des figures,* París, 1822 y 1866, y el *Rapport* a la Academia de ciencias, escrito sobre ella, por Cauchy), es la Geometría des-

criptiva; donde se aprende que toda figura es capaz de ser desarrollada, en la rigurosa definición de sus representaciones y en la deducción exacta de las verdades que resulten de sus formas, por la prolongación o proyección —de aquí el nombre— de sus líneas fundamentales, en sus planos vertical u horizontal. Otra cosa es la aplicación de las verdades geométricas generales a los problemas de las artes; así, cuando aquella ciencia es transformada por la adaptación o desenvolvimiento de unas superficies en otras superficies. (Vid. Leroy, *Traité de Geometrie descriptive*, París, 1896, I, 69-76). Geometría del espacio, aquélla; Geometría plana, ésta. La una, «pura»; la otra, la de los cortadores, y la del Sr. Unamuno, «aplicada»; pero... mal aplicada.

«A uno que de repente se pone loco; debió de parecerle como si yo negara un postulado geométrico». (*Ensayos*, VII, 167). Loco, no; que a diferencia del postulado filosófico, *verdad evidente*, que no precisa demostración, el postulado matemático es un *supuesto metodológico* (para fundar demostraciones), cuya no aceptación es muy razonable.

Y esa «esfera infinita» que «*tiene* el centro en todas partes, en cualquiera de ellas». (*Vida*, 145). ¿Partes de qué, de la esfera? ¿O bien, que *puede* darse con un centro indiferente? Es dudoso. Pero hay algo positivo, acerca de la cultura matemática del Sr. Unamuno.

¡Eso sí que es... matemático!

UN POCO DE FÍSICA

He creído siempre que, ignorando las Matemáticas, no es posible conocer seriamente la Física. Mas, acaso todo ello sean «prejuicios matemáticos», curables con algo de Física «verdaderamente científica.» Veamos:

De físico le acredita al Sr. Unamuno y Jugo este pasaje: «la ley de la caída es ley de atracción mutua, atrayéndose una a otra la piedra que cae sobre la tierra y la tierra sobre que aquélla cae, en razón *inversa* a su respectiva masa...» (*Vida,* 17).

Así, cuando arrojamos desde el balcón a la calle un tiesto, el globo terráqueo —nuestra casa, inclusive— se siente atraído a su encuentro hacia el tiesto.

Luego, en la atracción, si ésta es en razón inversa a la masa, la tierra se sentirá más atraída por el tiesto (que es menor), que éste por la tierra... Y ello es trascendental; porque nos fuerza a rectificar la conocida anécdota, referida a propósito del descubrimiento de esta misma ley física. En efecto: no es posible que Newton viese caer una manzana...; fué una ilusión. Seguramente, vió que se desplomaba, sobre la manzana desprendida, el glo-

bo terráqueo... Después de «la reforma del castellano», vamos a reformar la Física... y con ella el amor; que φυσικη sobrenombró, también, Isócrates a Venus.

Mas, antes, preciso es que varíen las viejas costumbres; así como esa de informarse, o de refrescar la cultura sobre el tema, siempre que se habla o escribe para un público...

También nuestro Don Quijote rehusaba el «yantar en manteles», por mejor prepararse a sus aventuras. ¡Y así le salían ellas...!

KONNEN SIE DEUTSCH?

Pero donde ha de inclinarse la cerviz es tocante a las palabras; máxime, si son de lenguas extranjeras, que preciso es no olvidarlo: el señor Unamuno es, ante todo, un lingüista. ¡No tiene gracia! Verdad que nosotros, un poco iniciados en el alemán, por haber vivido bajo los dominios del Kaiser, hallamos y no entendemos la palabra «allgeist»; así, sin mayúscula. Claro está que se nos alcanza el posible sentido, y no era menester que lo aclarase el autor. «Del espíritu colectivo —explica— del alma de los pueblos». *(Ensayos,* II, 22). Por de pronto, buscamos la palabra —escrita correctamente, con mayúscula— en todos los Diccionarios más modernos, y no la hallamos. Allí está, p. ej.: *Allheit*, universalidad, totalidad; más de *all*, todo, y *Geist*, espíritu, ¿no se ha formado, todavía, la *Zusammensetzung*, o composición? Verdad que la puede formar cualquiera, que éste es arbitrio de los escritores. Mas, no han expresado así la idea de espíritu colectivo o popular los maestros de la Filosofía y del Derecho alemanes (1).

(1) Es el *Weltgeist* de Schelling *(Vorlesungen über die Methode des akademischen Studiums,* Stuttgart y Tubinga,

Acaso haya aprendido la palabra, el Sr. Unamuno y Jugo, en algún mal expositor de M. Venetianer. (*Der Allgeist,* 1874).

Pero, cuidado. El *Allgeist*, exclusivo de Venetianer, equivale a *Allbewusstsein;* es decir, estrictamente, significa «conciencia social»; no ampliamente, «espíritu colectivo»; distinción fácil para todo el que entienda de Psicología social, o Psicología colectiva, un poco. Y basta consultar el *Wörterbuch der philosophischen Begriffe,* de Eisler (3.ª ed., Berlín, Siegfried, 1910, I, 28).

Bien que no se sepa escribir ni traducir el alemán (es decir, mal, muy mal en un lingüista, pero perdonable); ahora lo inaudito es que, ignorando el alemán, haya audacia capaz de inventar pala-

---

1803, *Werke*, I, 415); el *Volksgeist*, de Hegel (*Philosophischen Propädeutik, y Vortrag in dem Nürnberg Gymnasium*, 1808, en *Werke*, 2.ª ed., Berlín, 1844, XVIII, 200), que aparece luego en la escuela histórica —Puchta, Savigny— y al fin en Schäffle (*Bau und Leben des socialen Körpers,* I.ª Tubinga, 1875; 2.ª 1881, I, 415 y sigs.); el *Naturgeist*, también de Hegel (*Encyclopädie der philosophischen Wissenschaften im Grundrisse,* Heidelberg, 1817, § 393); el *Lokalgeist*... (Ibid.) y el... no místico, pero no consciente, *Volksseele*, como la fuerza volitiva del hombre que trabaja la vida del pueblo (Hartmann, *Philosophie der Unbewussten Einleitendes*, cap. II, Berlín, Danker, 1873, pág. 35.) También, las *herrschenden Ideen*, de Ratzenhofer (*Soziologie*, Leipzig, 1909, ps. 78 y sigs.), y la *Gesamtwille* o *Socialwille*, de éste (*Soziologische Erkenntniss*, Leipzig, 1898 ps. 285 y sigs.) y de Wundt (*Ethik*, 3.ª ed. Leipzig, 1903, II 52 y sigs.)

bras... ¡alemanas! Veamos. «Es el sacramento genuinamente realista y *dinglich,* que se diría en alemán». (*Del sentimiento,* 68). No; *Ding* es: «cosa» —ciertamente—. pero *dingen* significa ya «alquilar», «ajustar». Es mucho más sencillo, para sabido... «Real» se dice... *real*, en alemán. Y eso quiso decir el autor; porque «realista» es el partidario del realismo cuando se añade: «y no es gran violencia traducir material». No; ese *dinglich*, todo lo más que puede ser es catalán... (contracción o metaptasto de *digili qui vingui*). *Weltanschauung* AND *Lebensansicht*. (*El sentim.*, 301), es una prueba más... que pudiera bien expresar el signo menos. La conjunción copulativa «y», es en inglés, efectivamente, *and;* pero en alemán es: *und.* Así, *Weltanschauung und Lebensansicht,* se dice. ¿A qué ese empeño de lucir, con una lengua que se desconoce? (Pero, ¿no estará tomado todo de una Enciclopedia inglesa?)

Ni se escribe, en alemán, «*Geschichte* DES *Pietismus* (*Del sentim.*, 258); sino *der,* que *Pictismus* es masculino.

Pero... el verbo «equivocarse», escribiendo alemán el Sr. Unamuno, lleva adverbio *siempre.* Así, aquel *sprechen sie deutsh* (*Por tierras de Portugal*, 16) es sintomático. «Usted», en alemán —lengua tan cortés como el español, y más que el francés, el inglés y otras— se escribe con mayúscula: *Sie.* «El alemán», la lengua alemana, es sustantivo neutro, que se escribe —*natürlich!*— también con

mayúscula. Así: *Deutsch,* equivalente a *deutsche Sprache.* Y no con *sh* (*deutsh*), eso es escritura inglesa...; sino con *sch* (*Deutsch*). Pues bien, cuando se trata, como aquí, de un artículo periodístico recogido luego —esto es, previamente releído, y revisado— al frente de un libro, el caso es demasiado ***demostrativo.***

El *Uebermensch*, de Nietzsche, no se traduce, por afán de originalidad, «sobre hombre» (en muchos lugares; ej. *Vida*, 49), que significaría: «añadidura de hombre», algo así como giba, ya que *sobre* equivale a encima, sino «superhombre», como todo el mundo; que *super* es preposición española inseparable, y en este caso, expresión de preeminencia o grado sumo, vale para significar «más y mejor que hombre», esto es, la idea de Nietzsche.

Ahora, un colmo muy español; o si se quiere, un *viceversa*, absolutamente ibérico. El Sr. Unamuno y Jugo, desconocedor de la lengua alemana, traduce libros del alemán... El editor habrá pensado: «Unamuno es catedrático de griego; pues bien, ¡qué más da!» Y en efecto, el que desecha originales de traducción esmerada, le encarga a él de traducir a Schopenhauer... Afortunadamente, *Die Welt als Wille,* etc., estaba ya traducido al francés... Pero, llega a nuestras manos una traducción de Kautsky —esto es delicioso— «*escrupulosamente revisada y corregida por D. Miguel de Unamuno*» (Madrid, V.ª de R. Serra, 1903). Y, empezando por la última página, para mayor brevedad,

hallamos: «se *pone* a la gran explotación» (acaso pérdida de la partícula *entgegen*, separable de *setzen*); leemos: *theilarbeiter* (es *Theilarbeiter*); «*deudas* hipotecarias» que «se concentran en pocas manos» (*Schulden*, que aquí significa: «créditos»); «del punto de vista» (*von*, ahora con *an*, expresa: «desde»), y así... «capital usurero», por «usurario». ¿Quién sabe? Todo ello en las nueve páginas últimas.

Señores editores... hay que enterarse.

Yo no dudo que el Sr. Unamuno sepa *algo* de alemán —no demasiado—, que esto ya está al alcance de cualquiera; ni he de incurrir en la crueldad de recordarle aquel Die *heutige Spanien* (1), que tanto le molesta; aprieto del que quiso salir diciendo que se había equivocado de propósito, por ver si alguien caía en la cuenta... (¡qué frío!). No me propongo eso, ahora. Antes, feliz el que se equivoca, que ese ha trabajado, deseando acertar. Sólo quiero parafrasear un adagio: «el que ha de reprender, *de cierto modo*, no ha de ser, *demasiado reprensible*».

No desconozco que, en otros tiempos, —por desdicha demasiado próximos— era lícito ese «mentir de las estrellas», de la cultura, amparado en la

---

(1) El pasaje *original* puede verse en *En torno al casticismo* (ed. 1902), pág. 121; donde aún se lee: *golddü·stig* (léase: *golddu*ftig); *ruhmsüchtig* (escríbase: *ruhmsuchtig*) y *blutdurstig* (apréndase: *blutdürftig*).

impunidad de la incultura ambiente. A veces pienso si sería necesario —como la caída original— el desastre...

Pero, lo indudable es que esa generación, que se sobrevive, debía tener cuenta de no reimprimir, desenfrenadamente, ensayos anteriores... e inferiores.

OH, MON LAROUSSE!

Todo ello es de un exotismo barato, que horripila. Es un triste afán de incrustar palabras extranjeras, de canto rodado, deslustradas por las Enciclopedias y deformadas por la prensa. Y esto, en *El sentimiento trágico*, desde la primera página. Así el ζωον πολιτικον de Aristóteles, el *homo oeconomicus* de los manchesterianos, el *homo sapiens* de Linneo...» (pág. 5, que es la 1.ª del cap. 1). ¿No tienen traducción conocida, estas palabras?

«El hombre —dice— no se conforma con lo racional, el *Kulturkampf* no le basta (¿qué tiene que ver la lucha de cultos, o culturas, con eso?); quería dar finalidad final a la vida, que esta que llamamos finalidad final es el verdadero οντως ον. Y la famosa *maladie du siecle...*» (pág. 292). Provinciano puro, de periódico local.... Y ese *Mephistophilis* (loc. cit.), que no es otro sino nuestro familiar «Mefistófeles», dicho en latín con la más ingenua pedantería. ¿Y aquel *Eppur si muove*? Pues esta no es una obra de la juventud, no; que está firmada en Salamanca, en 1912 («año de gracia», para más vulgar arcaismo).

«Fué lord Tennyson en *El antiguo sabio* (*The*

Ancient Sage), quien... nos dijo que el conocimiento *knowledge.*» (*Ensayos*, VII, 189). Otros países vayan al negocio, al *business.* (VII, 150). ¡Aprobado, aprobado!

Pero, ahí va un bello párrafo de Diccionario políglota: «Es sabiduría: la *sagesse* de los franceses; la *wisdom* de los ingleses; la *Weisheit* o *Klugheit* alemana» (*Ensayos*, VII, 163). No; cuidado con el alemán, Sr. Unamuno. Como si dijéramos: «peligro de muerte»... *Weisheit* significa concepto *objetivo* de «sabiduría», «saber», tesoro de «ciencia». *Klugheit* expresa idea *subjetiva* de «ingenio» o «inteligencia», facultad de «poder saber», y también sentido de «prudencia» y de «cordura» en la conducta. No es «o», sino «y»...

Bueno —no, malo— es ignorar el alemán; pero, al menos, no haga, quien lo ignora, alarde incomprensible. Habla de filosofía, en general —no alemana— y dice «representación». Bien, basta; sabemos lo que significa. Pero ha de incisar un *Vorstellung* (*Del sentim.*, 302), con aire de pensionado recién venido de Alemania (como casi todos, sin saber alemán), en tono de: «¿eh? para que ustedes vean». Dice: «Holtzmann, en su Vida de Jesús...»; y no queda tranquilo si no exhibe: «(*Leben Jesu*)». (*Ensayos*, VII, 77).

¡Pero, qué empeño! *Die Kultur dar Gegenwar* (*Del sentim.*, 78). No, ni ahora hemos acertado; es: *der Gegenwart.* La causa de todo está en que, desconociendo un idioma, es forzoso al citar, ir co-

piando letra por letra, y nada más fácil que equivocarse. Y *kompromis* no se traduce por «compromiso», sino por «transacción»; ni *Übermach* u *Oberherrshaft* significa: «predominancia», sino «predominio» (pág. 73); ni *griechisch*, es «grecidad», sino «griego» (pág. 63).

Y así, todo. ¿A qué tanta cita en alemán, si el lector culto teme, por los errores literales, fundamentales equivocaciones de sentido? *Del sentimiento trágico de la vida*... Esto sí que es *trágico* y es de *sentimiento*. Sería interesante lo que pensara Harnack, al leer este libro-fusil, donde se le ejecuta, pero «con muchísimo respeto».

¿Y los «*idola fori*»? (pág. 302). ¿Y aquello de «nombres, *flatus vocis*»? (pág. 303). Eso es de mucho efecto. ¿Y ese «*common sense*»? (pág. 305). ¡Todo, todo como un cielo de nacimiento, tachonado de pobres estrellas de papel de plata, pegadas por dedos infantiles, ingenuamente! Y así, siempre. Maquiavelo «especuló sobre la *virtú*» (página 310). ¿Es andaluz? Porque, si italiano, se escribe con acento grave, no agudo. Añadir, después de: «El mundo quiere ser engañado», que ya se entiende, un «*mundus vult decipi*» (pág. 318), es una buena práctica de púlpito, y más si se cuida de ahuecar la voz convenientemente.

Pone por lema a un estudio *Sobre la tumba de Costa*, la resobadísima empresa de Juan sin Tierra: *honni soit qui mal y pense* (*Ensayos*, VII, 193). Pero el lector más adocenado, ahora, no se traga

el *comouflage* .. (no hay traducción posible). El recuerda haber leído eso, muchas veces, en alguna parte... ¿Dónde? El lo lleva eso en la cabeza... Descubrámonos ante la tumba de Costa. Ahí está la frase: en el forro del sombrero. Más exacto hubiera sido este otro título: *Sobre la cabeza del tribuno.* Por eso dije que esa era una frase resobadísima; sí, y en ocasiones, grasienta...

En los alardes de cultura, como en todos, hay que ir delante.

¿Y para qué «*il secolo da lui divinato*», después de «el siglo por el adivinado» (pág. 819). Lo uno, o lo otro. El «ser o no ser, *To be or no to be*» (página 42). Sí; te vi..., te he conocido. Como que he leído a Harnack y a Schopenhauer, *en alemán.*

Digámoslo en poliglota, a fin de ponernos a tono: *Tutto das s'est muito shoddy...*, *Dom Unamunus.*

Aclaremos que *shoddy*, en inglés, significa «cursi».

Pero, con este enciclopedista se aprenden frases nuevas, con su traducción y todo. Así: «la lucha por la vida, *the struggle for life*» (*Del sentim.*, 113); «una moral provisional —*une moral de provision*» (pág. 110, con acento en la «o»); «*il faut s'abêtir*, ¡hay que entontecerse!» (págs 76, 123); «*Homo sum; nihil humani a me alienum puto*»; sobre todo, esta: «el bípedo implume» (pág. 5)..., que hoy sirve, como las escamosidades de las momias, para medir la antigüedad de una cultura y la vulgaridad

de un espíritu. ¡Como que la usa «Armando Guerra»! (Desde que vi en él esta frase, no he vuelto a leerle). «Bípedo implume...»

¡Ah, *shoddy*, *shoddy!*...

Con aquel *tríptico de los sueños*, que forman: una frase de Píndaro, otra de Shakespeare y otra de Calderón (éste, en colaboración con Pero Grullo), ¿para qué más? Que «estamos hechos de la madera de los sueños». Enterados. Que somos «el sueño de una sombra». Bien, conformes. Que «la vida es sueño, y los sueños —naturalmente— sueños son». Entendido. (Véanse estas frases, repetidas a tiempo y a destiempo, en: *El sentimiento trágico*, *Contra esto y aquello*, *Soliloquios y conversaciones*, 28; *Ensayos; Prólogo a los orígenes del conocimiento*, de Turró, etc.)

Pero, ¡ah!; el lector piensa que el Sr. Unamuno y Jugo está hecho «de la madera de Larousse», que es «el sueño de una fama», y que «su cultura es una farmacopea, y la farmacopea... ni es literatura, ni es ciencia, ni es arte.»

EL MÉDICO A PALOS

Yo no creo en la Medicina.

—Conformes; pero, si alguna vez habla usted de Medicina, hasta para negarla y combatirla, habrá de emplear la técnica científica, usual entre los médicos. A la fuerza se ha de hablar, aún contra los médicos, como habla un médico.

La mujer del Evangelio, que padecía flujo de sangre (*«mulier quaedam in fluxu sanguinis»*, Luc., VIII, 43) no era «hemorroidesa» (*Contra esto y aquello*, 13), porque no sangraba de las hemorroides, o almorranas, sino del útero.

«¡Hemorroidesa...!» (*hocking! shocking!*).

Basta conocer un poco de Obstetricia, haber visto algo de clínica tocológica y saber lo elemental de Ginecología o Patología de los órganos sexuales de la mujer, para no ignorar que ese mal —síntoma de enfermedades más que verdadera enfermedad— se llama «menorragia» o «metrorragia», y «metrorraica» la mujer que padece hemorragia del útero, o flujo de sangre. Bien es verdad que puede uno ignorarlo —¡cosa más natural!—; pero, entonces, uno se calla. Y aun puede hablar —¿por qué no?—, mas esto ha de ser con cautela, y no *contra esto y*

aquello, sino *de esto y de aquello* simplemente... Con modestia y cultura; pero jamás: *sin esto y sin aquello*.

«No hay medicina, sino enfermos», no es un dicho cualquiera, que «suelen decir algunos médicos» *(Mi religión,* 10); es fórmula del individualismo científico, hoy universalmente aceptado, en achaque de Medicina; como otras (así: «no hay escuelas, sino maestros», «no hay agricultura, sino cultivos», «no hay delitos, sino delincuentes», etc.) lo son de él en Pedagogía, en Agronomía, en Criminología...

Esto es vulgarísimo en todas partes; de seguro que hasta en Salamanca...

NATURALISTA, SÍ; NATURALISTA, NO

Decíamos que el Sr. Unamuno y Jugo, como literato (?), en sus descripciones, no es un naturalista. Exacto. Mas, el hombre de cultura, ¿cómo desconocer las ciencias naturales?

Cosa bárbara —que dicen los americanos, ya que de americanismo se trata— es la cultura naturalista del Sr. Unamuno. «Mero pendejo orgánico, como los dedos superiores del toro» (*Ensayos*, IV, 155) son tres barbaridades invadiendo una línea. «Pendejo» es pelo nacido en el pubis, que se extiende a las ingles; término sólo usado en América. Este bello o pelo, ¿no será *orgánico?* Evidentemente; mas, aquí se busca el calificativo para un «órgano sin función». Y el autor ignora que el ejemplo —raro, para él, como único citado— de «los *dedos* superiores del toro», es el caso vulgar, constante, de pentadactitia (técnica que nada tiene que ver con el *Pentadactylus Dunancelli,* ni con el *Pentadactylus arachnoides*, de Lamarck, tipos respectivos de su género, entre los saurios gecónidos y entre los moluscos gastrópodos).

Es teoría que busca, entre las de analogías, el origen común de todos los mamíferos, superiores e

inferiores, en la existencia común de los cinco dedos, que se halla también representativamente en todas las especies inferiores de este género. En la subfamilia bovina —artiodáctilos rumiantes— lo mismo que en los solípedos, los paquidermos, los proboscídeos, existen, en cada extremidad, las dos pesuñas, los dos cartílagos, y atrás, más arriba, articulado en el plano de la tibia, el apéndice atrofiado de otro dedo rudimentario, que apenas lo llegó a ser. También las aves lo tienen; algunas con desarrollo excesivo, y es el llamado «espolón».

La ingenua observación en el toro es, pues, muy salamanquina; si bien en Salamanca hay toros, pero también caballos y carneros, y aun asnos, no faltando las aves... Es posible que haya allí hasta libros de Zoología descriptiva. ¡Pues, qué mejor, sino leer uno y... enterarse!

«Dermatoesqueletos anémicos...» (*Ensayos,* 1, 210). Reprimamos la interjección... Luego les hay que no lo son... Sinceramente, Sr. Unamuno y Jugo, ¿cree usted que por la concha del Carey puede circular la sangre?

«Del Arenal arteria cordial de la villa...» (*La conciencia liberal*, 21), es cosa un poco desconcertante. Porque todas las arterias son «cordiales» —adjetivo más y mejor aplicado a objetos morales, a los afectos, y aún a ciertas flores sudoríficas...— en cuanto que todas proceden del corazón, ya del ventrículo izquierdo, ya del derecho, y así pertenecen al sistema aórtico o al pulmonar, tomando el

nombre de las dos grandes arterias, que nadie llamó «cordiales». Ahora, el Arenal, de Bilbao — que no es vía o arteria, sino paseo—, a la caída de la tarde, ¿quién duda si es muy *cordial?*

Tanto como los oidores del Sr. Unamuno y Jugo en aquella conferencia —dada en Bilbao—, y casi tantos como sus asiduos lectores; que, hasta ahora, le escucharon y leyeron *mansamente...*, dejándose llamar «majaderos» (y otros denuestos soeces), sin ira «ni movimiento de ella», —que dice Astete. ¡Porque, si ello se moviese un poco!

¡Y tan agradecidos! Como que son unos perfectos *débonnaires...*

UNAMUNO DE DON QUIJOTE

PERO se dice —Unamuno tiene un «fuerte», en el que es único; la mística. En efecto, su *Vida* acusa un espíritu místico, y como Teresa de Jesús, él pudiera motejarse: «Unamuno de Don Quijote».

Otra cosa es la cultura mística. Decir que «con muy genial acierto hablan nuestros jesuítas del gran negocio de nuestra salvación» *(Del sentimiento trágico,* 310), es desconocer que del «negocio de la salvación» habló ya San Jerónimo, y no es invención de los jesuítas —que, después de San Ignacio, se esfuerzan por ahogar el genio individual en la raza—, ni menos uso apostólico exclusivo de «*nuestros* jesuítas», tan celosos como los demás del mundo de «*nuestra* salvación».

Es fórmula económica del egoísmo cristiano, profesado por Lutero en su axioma: *Unusquisque sibi et Christus omnes;* al que opuso la Iglesia su espléndida doctrina de la comunión de los Santos, predicada ya por Pablo de Tarso *(Ephes.,* II, 1, 3, 19; III, 6; IV, 16; V, 23, 30; 1.ª *Cor.,* X, 17; XII, 20, 21, 25, 26), definida en el Tridentino (Ses. 14, *De ref. De poenit.,* cap. VIII), enunciada en el *Credo.*

«Negocio del alma» está en Terreros. (Dic., III, 658.)

La frase evangélica: *Facilius est camellum per foramen acus transire, quam divitem intrare in regnum coelorum* (*Matth.*, XIX, 24) es una parábola, no «una paradoja» (*Ensayos*, VII, 27); pues sabidísimo es cómo se refiere a una puerta, llamada en Jerusalem «ojo de aguja», por la que no podían pasar los «camellos» κάμηλος, o κάμιλος, en los Setenta, que no significa otra cosa; no «calabrote», que se escribe κάμιλος, «señor profesor», sin despojarles de su carga... Un bello bíblico..

LA CIENCIA

Me acuso de haberme reído, una vez, en misa... Ello fué en una misa de *Requiem*, cantada solemnemente por Salaverría *in commemoratione Unamuni obitus*, y fué al escuchar este versículo: «Toma la postura original de ir contra la ciencia, cuando está preñado de ciencia» (*A lo lejos*, *España vista desde América*, Madrid, Renacimiento, 1914, página 163). Perdóneme el genial y cultísimo periodista. Cada uno a lo suyo:.. Preñado —qué horror— ¡virgen de toda ciencia, sabida íntegramente, orgánicamente, no en rapsodias ni a saltos, está el Sr. Unamuno y Jugo; otro periodista mas, un poco más «leído», pero aún menos «escribido», que nuestros ventiladores de la prensa.

Salve, virgo scientiae!

El Sr. Unamuno y Jugo se defiende contra la acusación de no escribir en materias de su especialidad, proyectándose en la ficción ejemplar del «Doctor Montarco.»

Por su mala boca («¿Por qué querrán esos imbéciles (sic) que escriba yo de cosas del oficio?»—gritaba), pondera el A. «qué insondable fondo de miseria moral hay en ese empeño que ponen no

pocas gentes en enjaular a cada uno en su especialidad» (*Ensayos,* IV, 171). Y no; no es eso.

Es que cada uno, antes, para el éxito en la *struggle for life* (como dice el ingenuo sabio Sr. Unamuno), se ha enjaulado voluntariamente, hábilmente, en «su especialidad», a fin de expulsar a los demás de un puesto cómodo. Y, una vez logrado el lucrativo empleo —por ejemplo, de profesor oficial de lingüística— hay quien no quiere molestarse ya en cultivar «su especialidad»; por cuyo título ocupa el puesto, excluyendo a otros, acaso más capaces. Y eso es injusto. A nosotros nos tiene sin cuidado que el Dr. Montarco escriba o no, de «cosas del oficio», o de otras cosas, o de nada. Mas, si el Estado le paga por oficio de esas cosas, y no a otros que las cultivan más y mejor que él, yo le digo al Dr. Montarco que escriba de lo que quiera, pero que renuncie a la cátedra.

Es que la opinión, aun favorable a la piadosa creencia intelectual en los hombres, necesita asistirse objetivamente de *motivos científicos de credibilidad.* Es, paladinamente, que desconfiamos; que nuestra generación ha sufrido el dolor de la abjuración de fe humana ante la ironía de muchos «sabios maestros».

Además, en el retardo de nuestra cultura, carentes de propia literatura científica, es un deber de ciudadanía cultural el de contribuir al acervo de ese preciso tesoro, sin el que no se imagina el labrado del propio espíritu, del hombre y de la casta.

Es menester que los sabios lo sean sobradamente, pródigamente, para que los ignorantes no lo sean tanto.

En fin, se trata de una propia convicción pedagógica. Elijamos y acotemos, cada uno, el solar de nuestra vocación; luego, lábrese en él la casa solariega de la especialidad ampliamente; no seamos sobrios en el amueblado, ni en el abastecimiento, y entonces, sólo entonces, hagamos excursiones, desde nuestra sede hacia los ajenos, lejanos, dominios espirituales; siempre que no se olvide, para el retorno, la brújula y la distancia. Tratemos y convengamos el comercio con otros estados y señoríos, del saber, mas no haya descuido en proteger al nuestro. Seamos, en fin, si emigrantes, bien nacidos y amantes de la madre patria especialidad, a la que todo rendimiento se debe.

En las obras del Sr. Unamuno y Jugo no anda excesiva la Gramática; pero, en cambio, está ausente la Ciencia. Y conste que de todo puede, menos de falta de honradez, inculparse al señor Unamuno. El lo advierte. «Me conviene advertir ante todo al lector de espíritu notariesco y silogístico *(sic)* que aquí no se prueba nada con certificados históricos ni de otra clase, tal como él entenderá la prueba; que esto no es obra de lo que él llamaría *ciencia,* etc.» (pág. 19). El y todo el mundo, ya que ciencia es conocimiento cierto, y éste sólo se adquiere con «certificados» —acierto de palabra—, esto es documentalmente; lo que, sí se

toca con analogías de función «notarial», no precisa realidades de artificio «silogístico», razón que explica la tradicional y viciosa divergencia entre *ciencia* y *filosofía*.

Pero el Sr. Unamuno y Jugo, si hemos de creerle, puesto que él lo dice, es «un hombre de ciencia...» (*Amor y pedagogía, Pról.*, 8). Y nada más fácil que probarlo.

Que publique obras científicas: esto es, técnicas. En esto, como en lo militar, no vale el «valor supuesto», que se requiere el «valor probado». No sirven palabras.

En el juego de la cultura, la ciencia es oro... y «oros son triunfo».

UNA BELLA CASCADA

He aquí, aprovechando el desnivel con la cultura ambiente, una cascada... Era una brillante, zumbante, cascada espiritual, empenachada de espuma, donde se quebraba de siete maneras el sol. Todos la contemplábamos, y algunos la admiraban. Verdad que un geniecillo maligno, oculto, desviaba sus hilos, y a veces nos salpicaba, graciosamente.

Y todos la perdonaban el chapuzón, en gracia a la gracia. Mas, un día, dejóse desviar por mano lisonjera, y sirvió en pobre empleo de regar tierra seca, árida; ella nacida para las bellas esterilidades... Y a su frescor prosperaron alcornoques. He aquí —dijimos— que la bella cola de la cascada no era sino vulgar salto de agua, de quien alguien aprovechó ya la fuerza. Probemos de medir esa fuerza.

—A ver: ¡una turbina!

Y se midió la fuerza —la debilidad— del salto. Y se vió que ello equivalía a la escasa potencia de un modesto motor de gas pobre.

Alguien, político inconsciente, tomó por fecunda la tierra con bondades regada, y la pagó a buen precio. Allá él, y cada uno con sus equivocaciones.

Siga la francachela de la cultura; suban los valores, a liquidar un día, *a fin de vida*; que entonces, como el cruel, el exquisito Horacio, reiremos:

Et ego ridebo illis.

Aparte el decoro de la cultura, que por descuido en el espiritual aliño puede estar ausente, desnudo de enciclopedismos, cada profesor oficial vive en el cuerpo de una ciencia, la que él profesa. Si a ella no se consagra, culpa suya grave es, ya que de ella vive. Ahora bien, el Sr. Unamuno y Jugo es un lingüista profesional..., pero inédito. Lleva veintiocho años de profesor, a sus cincuenta y cinco de edad y... nada escribió acerca de *su ciencia*. Acaso por esa modestia, que le caracteriza... Será un hombre de ciencia, de la suya, puesto que él lo dice. Pero, si en lugar de ser la lingüística fuese la medicina, nosotros, sinceramente, ¿nos pondríamos en sus manos?

Rara vez se alude a lingüística, en sus numerosos libros. Entonces, uno aprende... Yo no sabía de substantivos *abstractos* y *concretos* (*El sentimiento*, 5); sí de conceptos. Conocía el substantivo, propiamente dicho, y el adjetivo, y el verbo y el nombre substantivados. Ya voy creyendo en la posibilidad de substantivos materiales y formales, esenciales y accidentales, absolutos, etc.

En ocasiones, se traduce un texto griego o latino. Ese es el fuerte del maestro. La traducción, por supuesto, es ejemplar, única; como para la ofi-

cina de interpretación de lenguas de cierto Ministerio. Veamos:

Homo liber de nulla re minus quam de morte cogitat, et ejus sappientia NON MORTIS SED VITAE *meditatio est.* (Spinoza, *Etica*, propos. LXVII).

«El hombre libre en todo piensa menos en la muerte, y su sabiduría es meditación *no de la vida, sino de la muerte.*» (*Ensayos*, VII, 163, 164.)

Concedamos, que se trata de un descuido, simplemente. Pero cuando se descuidan las mujeres... ¿qué las ocurre? Y el grave pensador, ¿no ha de resistir la comparación con una atolondrada, atropellada doncella?

Pero, el nivel de la cultura ambiente, en España, sube, sube... El Sr. Unamuno y Jugo tiene ya mucho que aprender, que absorber, del jugo de sus discípulos... El lo sabe. Y la bella cascada quédase en regato bullidor, turbio de lengua, y por lecho de cultura, guijarros.

LA IDEOLOGÍA

El Sr. Unamuno y Jugo, si es lingüista de profesión, si vive de la lengua y con las lenguas, verdad que no acredita su presunción de lingüista, ya que nada publica en su supuesta *especialidad*. El en cambio se precia de pensador, y acaso de pensador alto y hondo. Prescindamos de su desconocida Dramática; no se hable más de su Ciencia; pero, abramos bien los ojos del espíritu ante su ideología.

Hay una rareza mental, de reconocida causa patológica.

He aquí cómo el enfermo confiesa un síntoma.

«Ya —dice— que estás acostumbrado a mis *inversiones de sentido* y a esta mi visión que me hace ver con mucha frecuencia causas en donde los demás ven efectos, y efectos en los que ellos toman por causas, no te extrañarás de lo que voy a decirte. Más de una vez me has dicho que suelo ver las cosas del espíritu algo a la manera de como si las del mundo material las viésemos en un cinematógrafo cuya cinta corriera al revés, yendo de lo último a lo primero, o como si a un fonógrafo se le

hiciera girar en sentido inverso al normal. Tal vez sea así y que padezca de una enfermedad del sentido del tiempo y el de la conciencia lógica; pero es lo cierto que, con harta frecuencia, me parece que son las premisas lo que los hombres ponen por conclusiones, y éstas por aquéllas.» (*Ensayos*, VII, 41).

Mas, cosa rara es que el propio enfermo sea consciente de la dolencia, si ésta es psíquica; antes, se pelearía con quien se la declarase, que todo anormal acusa a los demás de anormalidades y patologías, ya que —juzgando por comparación— le son desemejantes, poniéndose él por tipo. Cosa rara... no. Porque, ¿recordamos de algún célebre artista —pintor, escultor, cantante— a quien la fama no atribuya misteriosas diabólicas perturbaciones, paranoias o manías? ¿Quién pudo descubrir el secreto y osar la injuria? Precisamente sus íntimos, los admiradores... Y él no lo rectifica. Deja correr, volar, la injuriosa especie, así como un monstruo capaz de arrebatarle por los aires. Locura..., perversidad...; un elegante satanismo... ¡sorprendente, imponente!

Al fin, un día, logramos averiguar que el genio, aquel degenerado superior, monstruosamente bello y grande, era un honradísimo padre de familias, metódico en sus costumbres, como un fraile, y vulgar en los apetitos, como un lego...

¿Qué es la misteriosa, la terrible «inversión de sentido»? Es... un fenómeno sencillo, de óptica mental. El mundo exterior, un paisaje, es curiosea-

do por el ojo frío de la lente. Con toda su grandiosidad, he aquí que una garra invisible lo atrapa, reduciendo el extenso panorama a menuda, brillante miniatura viva, que palpita invisible, detrás del vidrio; de modo que basta interponer una superficie opaca cualquiera, y allí está la imagen... Es el mismo paisaje, en síntesis. Mas, corramos un poco la pantalla, así como huyendo de la lente, y vemos que, pasada una línea —el foco— la figura reflejada se invierte... Así en la cámara obscura, de la máquina fotográfica; así, en el ojo humano...

Y como la óptica física, es la mental. Por la lente de la atención el intelecto se asoma al mundo. Su imagen mental es el concepto, nuestra representación esencial, del mundo, esto es, el sentido de las cosas. Ese concepto es directo; más o menos preciso y exacto, pero recto: pensamos como vemos. Lo de arriba hacia arriba; lo de abajo, abajo.

Mas, apartémonos, en cauta retirada, del objeto. Pongamos, por enmedio, distancia, y mejor altura, y mejor tiempo... No utilicemos —así como pruebas inútiles, provisionales— nuestras primeras, ingenuas, ideas directas sobre las cosas... Ya pasado cierto plano vemos, menos precisas, pero, al distanciarnos de ellas, como agigantadas las cosas, las ideas. En el entrecruce de los contornos semidesvanecidos, algo monstruoso o divino aparece. En la equis múltiple de lo confuso creemos ver el eje cruzado, complejo, esencial de las cosas. Todo se muestra invertido, en su orden, número y tiempo:

lo de abajo, arriba; lo de arriba, abajo; lo último, lo primero, y lo primero, lo último; lo uno múltiple, y lo múltiple uno... Entonces, demos expresión al pensamiento. Bien por la palabra, bien con la pluma, en prosa o en verso; ya con el pincel, ya por los buriles... He aquí la originalidad ansiada (a cambio de verdad), que causa el efecto sorprendente (no el juicio sereno), jamás por la perfección, sino por la rareza única.

En algunos temperamentos, el alcohol produce esta inversión del sentido.

Psicológicamente se logra, asimismo, esta inversión, por vía voluntaria. La primera idea que formamos del objeto es representación esencial de su ser, por inducción sobre el máximum de frecuencia en el fenómeno de su representación formal: es la idea habital del objeto. Mas, apartemos la lente de la atención, del plano inmediato de frecuencia, y regresivamente, retirémosla de los casos comunes, repetidos. Pronto habremos llegado al foco de la lente, en la conjunción de posibilidades y realidades. Traspasado el plano de la posibilidad real, la inversión del sentido está hecha. Entramos en el cono de las posibilidades hipotéticas. Hemos traspuesto el ideal, del otro lado de lo real. No es lo fantástico, todavía. Es lo real, al revés; así como un árbol desarraigado, de cuyas ramas, enterradas, surgiesen raíces; de cuyas raíces, aireadas, brotasen ramas, y en ellas, hojas y flores.

Nada tan vulgar como la observada emoción de

quien, a distancia, que salva el sonido, o bien tapándose los oídos, contempla un baile. Impresión de locura colectiva. Mas, imaginemos ahora que no son muchos los que bailan, sino unos pocos..., uno solo (regresión del plano de frecuencia). Le contemplan, ahora, muchos, todos (plano de posibilidades reales). No oyen la música, a cuyo ritmo baila ese hombre, y le toman por loco (inversión del sentido). Es que no existe ya música... para ellos. Es que él la oye porque existe, sólo para él... (lo real invertido). Es una divina, celeste, música; él es un extraño, divino, loco... (lo real invertido e idealizado). Así, el héroe incomprendido; así, el místico; así, el santo. Así... el autor en una confesión suya, en que gusta de ofrendarse. (Vid. *Ensayos,* VI, 52-54).

¿Es esto una psicopatía? No, que es un procedimiento conceptivo, como otro cualquiera. Ya queda analizado psicológicamente; veamos, ahora, sus formas. Son dos cuestiones: la forma de la idea, la cuestión de la *paradoja,* y la esencia de la idea, la *heterodoxia.*

ELOGIO DE LA PARADOJA

Ante todo, ¿la paradoja, es lícita?

Sí; y es buena, y es santa. «A veces —dijimos en otra parte—, la carátula bufa de una paradoja oculta un serio gesto; una paradoja salva una verdad» (1). Es la paradoja, verdad parcial exagerada, deformada; es la caricatura de la verdad. Verdad en el fondo y absurdo en la forma; a veces, matizado de humorismo, y es ese capricho o «salida», en danza de la idea, que en francés se dice *boutade.*

La clásica torre de la idea tiene atrevidísimas agujas, y no es raro si, por bajo de ellas, corre un ameno friso de gnomos...

Pero todo eso vale; esa cómica y trágica nariz de Cyrano, con hacer reir, con hacer llorar, es suya, muy suya. Tiene la paradoja un absoluto, subjetivo, valor. Piensa a derechas y habla torcido, el paradojista. El sabe lo que hace.

El Sr. Unamuno tiene buena fama de paradojista; pero no lo es, ciertamente. Esa es una cualidad

(1) *Los orígenes de la criminología*, Madrid, Suárez, 1914, pág. 505.

que él, hábilmente, se atribuye, y fastuosamente explota. ¡Qué más quisiera! Porque es sobrado fácil y peligroso, para las mentalidades pobremente sintéticas, tomar una verdad nueva, de involuntaria novedad, por la fórmula intencionalmente extraña de un principio viejo y corriente, entunicado bajo otra fórmula axiomática... (paradoja de enunciado), equivocar la aparente lógica, hábilmente demostrativa de un absurdo (paradoja de demostración), por una no creída verdad patente.

Descubre el Sr. Unamuno y Jugo a sus lectores que la consecuencia —diríamos— no es consecuente... A saber, que difieren la del «ser» y «en el pensar» de la «consecuencia en el carácter y *hasta* (sic) en los afectos». Este es un fenómeno psicológico muy conocido (Vid. Malapert y otros), pero no de los asombrados lectores del Sr. Unamuno y Jugo. «No siempre se siguen la una a la otra —añade— y *hasta me atrevo a afirmar* (¡!) por muy PARADÓJICO que parezca a nuestros *pobres diablos* semejante afirmación, que en la mayor y la mejor parte de los casos ambas consecuencias se excluyen» (*Ensayos,* VII, 68, 69).

La afirmación es una vulgar ley psicológica (1), que no tiene por qué calificarse de paradoja, sino para fascinar a los «pobres diablos», de lectores del Sr. Unamuno. Esas falsas paradojas de Una-

(1) Vid. la explicación de esta inconsecuencia en nuestros *Orígenes*, págs. 304-311.

muno se desvanecen ante la cultura del lector; si bien nada estorba pensar si al Sr. Unamuno y Jugo le parecen paradojas, estas que él desconocía como verdades... Así, resultaría un autoparadojista, tan «pobre diablo» como ellos, al creerse inventor de cosas triviales.

La exclamación: «¡Que inventen ellos!» no es ni «algo paradójica» (*Ensayos*, VII, 208), ni nada. Significa una simple sacudida espiritual, en rebeldía contra la extraña acusación de atraso, y expresa el reconocimiento de una prior aptitud ajena, para el invento científico. Porque no todas las frases de doble sentido son forzosamente paradojas. La paradoja, como la gracia cómica, no está tanto en la intención como en el efecto, aquí de asombro, ante el absurdo que se prueba... En la verdadera *paradoja de demostración*, el absurdo, aparentemente probado, sigue siéndolo (Ej. en Cervantes «dos huevos son tres»); no así en la falsa, donde, rectificada la enunciación, el absurdo se desvanece (Ej. en Quevedo: «San Antonio es un cochino)».

Hay algo que no vale nada; porque, ni es nuevo, ni propio. Es el juego del que espera ver, antes de echar su carta, la carta del contrario. Es la triquiñuela del viejo, del mísero polemista, polilla de seminario. —«¿Qué opina usted del P. Ráulica?» —«No; veamos antes; ¿que opina usted?» —«Yo; que es un teólogo sin originalidad, sin nervio, sin...» —«¡Alto ahí! (el que replica pensaba lo mismo, pero exclama): ¿Dónde hay nada más pro-

fundo que su *Theologia moralis?* Vamos a discutirlo».

El Sr. Unamuno no es, propiamente, un paradojista. Su ideología responde a simplicísimo sistema: la *contradicción*. Ha leído —por ejemplo— que «el castigo satisface al ofendido, no al ofensor»; esto es, que radica en la venganza, que no es sentido como justo, que es un mal, y él dice: «El castigo satisface al ofensor, no al ofendido.» *(Vida,* 115). A ver: ¿dónde está el delincuente santo que bendiga a la pena? ¿quién es la víctima cruel que aún no se sacia, ejecutado el culpable? Eso es ánimo evidente de discutir *ab absurdo*.

Es el sistema de hallar el anverso de la idea, de volverla por pasiva. Así, tenemos un axioma: «avaricia es el desordenado amor a la riqueza». ¿Qué es lo contrario al amor? El odio, el horror. ¿Y lo opuesto a la riqueza? La miseria. He aquí un pensamiento genial del Sr. Unamuno y Jugo (ya en mediano uso, el pensamiento, por la frecuencia con que lo emplea): «La avaricia no es el amor al oro, a la riqueza, no —¡atención!—; es... el horror a la miseria.»

¿Qué reza el conocido axioma escolástico? *nihil volitum quim praecoghitum*. Pues, invirtamos: *nihil cognitum quim praevolitum*. *(Del sentim.,* 438).

¿Qué es el bizkaitarrismo? Se ha dicho, se ve, se palpa: es el separatismo nacionalista vasco, el antiespañolismo. Pues, ya está; ¿para qué discurrir? Digamos: «El bizkaitarrismo es un movimiento ge-

nuinamente español.» *(La conciencia liberal*, 18).

¿Algo original sobre Cervantes? Cualquier cosa; si estamos a la mitad de la investigación, si apenas se sabe algo de cierto..., sobre crítica del *Quijote*. Pero esto supondría preparación, esfuerzo. No; más brevemente: ¿Qué hizo Cervantes? ¿el *Quijote*? ¿Sí? Pues digamos lo contrario: «que fué Don Quijote el que hizo a Cervantes» ¡Eh! ¿qué tal? Pues que esto no es ninguna suerte de paradoja. La paradoja supone inventiva, originalidad, y eso es —por no decir otra cosa peor... — un ergotismo. Y esa es la tesis (!) de su más importante obra, la *Vida de Don Quijote y Sancho*, única que ha merecido ser reeditada.

Para muchas gentes, es el Sr. Unamuno y Jugo un escritor original. Veamos lo que por originalidad se entiende. —¿Por qué dicen ustedes que es original, el Sr. Unamuno?

—Porque dice cosas muy *raras*.

—Porque dice las cosas de una manera *rara*.

—Porque habla de cosas *raras*.

—Porque no se le entiende.

—Porque procura que no se le entienda.

En el prólogo a su novela (?) *Amor y pedagogía* —él gusta de prologar sus propias novelas— dice de sí: «Diríase que... (el autor) se ha propuesto ser extravagante a toda costa, decir cosas raras...» (página 7).

«Rareza» no es, precisamente, originalidad. Es «raro» lo que no abunda —cualidad de existencia;

es «original» lo que no se imitó ni copió— criterio de origen. Hay en el mundo escasos diamantes de cien quilates: son «raros»; imaginemos uno tallado en cilindro: sería «original». Como los diamantes, son las ideas. Una gran idea del mundo se halla en el tesoro filosófico de Lucrecio; otra, en Vico; otra, en Galileo: «raras ideas». Mas, nada de originalidad. Lucrecio la recibió de Epicuro; Galileo desenvolvía el sistema de Copérnico...

El Sr. Unamuno no es original —y hagámosle justicia—, él mismo lo reconoce. «Lo más de lo que aquí lea (el lector), le será familiarísimo. No importa. Hace falta que se repita a diario lo que *de puro sabido se olvida*» (pág. 19). ¿Quién ha levantado, en torno al Sr. Unamuno y Jugo, esa bondadosa calumnia de la originalidad? Mas él proclama una suerte de *originalidad industrial* que estima auténtica.

«La originalidad es eso —dice en otro lugar—. No acuñar moneda, sino saber usarla... Así, una idea no es hija de aquel que primero la concibió, sino del que la crió, formó y educó...» *(Soliloquios*, 9).

Pero esto no es originalidad, sino la más vulgar y desaprensiva práctica de aprovechamiento... No es originalidad, sino rapacidad.

UN TIPO MENTAL

Como hay, por la sensibilidad, los visivos, los auditivos, los tactiles, y el predominio de un órgano explica, por referencias psíquicas, todo el *complexus* de la mentalidad, así, por el predominio de un método lógico, existen los *deductivos* —aquellos amables dogmáticos, aficionados a sacar de los grandes principios, en punto a cada cuestión, las últimas consecuencias; se dan los *inductivos*— esos recelosos y poco crédulos espíritus que sólo en vista de abundantes datos y copia de pruebas se deciden a formular breves razones; están aún los *sintéticos*, o eclécticos, amigos de hallar cómodas fórmulas de componenda o avenencia, amables componedores científicos, y del otro lado, los *escépticos*, antidogmatistas, rebeldes mentales, consagrados a la negación pura, los que hallan el «fin» de todo «principio», amorfistas que rechazan toda fórmula, y más allá, los *agnósticos* —absolutos relativistas, que niegan a la realidad su soberanía, y a la observación sus fueros, y al experimento sus garantías, así tenemos, en fin, los *contradictores*.

El pensador es un reflexivo, que, a propios o ajenos estímulos, añade o modifica, industria o pro-

duce, y de alguna suerte crea. Otra cosa es el *contradictor*. Es este, no un reflexivo, sino un reflector, que sólo ante ajenos modelos, de afirmación o negación, inversamente niega o afirma, llevando siempre la contraria, igual que todos los reflectores, a la larga, a distancia, invierten la imagen. De ese tipo mental es el Sr. Unamuno y Jugo. Es un espíritu contradictor.

De análogo tipo mental era aquel gran insincero que se llamó Juan Jacobo Rousseau, de quien se cuenta que, habiendo leído en el *Mercure* este tema: «Si el restablecimiento de las ciencias y de las artes ha contribuído a purificar las costumbres», pensó contestarle afirmativamente, y así lo hizo saber a Diderot. Mas, como éste le dijese que ese era «el puente de los asnos», cuyo camino tomarían, en el concurso abierto, todos los talentos mediocres, se decidió —con la mayor naturalidad— por la contraria, y de esta falsedad hizo cantera, y de aquí salió todo su sistema filosófico: el naturismo. Voltaire aconsejaba, para conquistar un gran nombre, volverse loco...

Y hubo un inducido... Hace pocos años, nuestra misma generación, ¿no ha visto como una pesadilla de sueño infantil, la horrible mueca de Nietzsche, el último Prometeo? Y al menos, Rousseau era un escritor brillante; más aún, resplandecía su estilo, y Voltaire, supremo artífice de elegantes ironías, dió al francés nuevo espíritu, y Nietzsche, el filósofo literato, deslumbra en la no-

che de la filosofía alemana, como una aurora boreal.

Es nauseabundo ese pujo impotente por la originalidad, ese erostratismo literario, que atiza el furor uterino de la fama, saltando de la contradicción a la rapiña de ideas, de la paradoja a la blasfamia, de la injuria a la sedición. En el Ateneo pude oir —años hace— el consejo de un crítico a un literato novel (uno de esos cortos de Genio y hambrientos de Gloria), recomendándole *en serio* la sodomía...; que así, quebrando la Naturaleza, en sus leyes, se divinificaría —le dijo:

Como hay «figuras retóricas» —formas en la expresión gramatical del pensamiento—, así hay las correspondientes *figuras lógicas*. Si causa placer una forma o «figura de dicción» es porque provoca una grata *forma de representación*. La Estética moderna, basada en la Psicología experimental, conoce ese fenómeno. Así, hay bellas figuras lógicas; las que producen una fácil, grata, forma de raciocinio.

Pocas son las verdades formuladas, que siguen siéndolo el invertir su fórmula.

En cambio, nada tan aparentemente cierto, de falsa, espléndida evidencia, como las *verdades recíprocas;* así como nada tan sonoro, singularmente para oídos simples, como el *retruécano literario.*

Una proposición, directa e inversamente formulada, con idéntica verdad, en una sola frase, es un *retruécano lógico.* No es siempre una forma del «método paradójico» (*Ensayos*, VII, 78, 85), sino

cuando el anverso o el reverso de la proposición envuelve paradoja. Así, el pensamiento de Pascal «el hábito es una segunda Naturaleza» (cierto) y su inversión: la Naturaleza es como un primer hábito (igualmente, psicológicamente cierto), no es asomo de paradoja, sino *verdad doble*. El *quid* está en que la segunda proposición no contradice a la primera, sino literariamente, en la forma.

El retruécano lógico o mental es una de las martingalas ideológicas del Sr. Unamuno y Jugo. Ejemplo: «Todo aldeano lleva un abogado dentro; así como todo abogado, por muy ciudadano que sea, lleva al rústico.» (*Mi religión*, 102). Efectivamente, el aldeano y el abogado son como la mosca y la araña. Es decir, todo lo contrario. La araña, astuta, espera, oculta bajo su fina red de seda, a la ingenua mosca, volandera y zumbante. La araña caza a la mosca. Pero la mosca, ¿no volaba también husmeando su caza invisible? ¡Ah! ¡ah! Esprimamos el cerebro. Ya está. «Toda mosca lleva dentro una araña, y toda araña es un poco mosca.»

¡Pero, cómo abusa de la receta! Véanse unos cuantos en pocas páginas, de su última obra: «Hay que africanizarse a la antigua o hay que anticuarse a la africana.» (*Ensayos*, VII, 161). «El amor mata a la fidelidad, la felicidad mata al amor» (165). «La sensualidad es lógica. Como que la lógica no es más que una forma de la sensualidad.» (170). «Si el que sintiéndose avaro... se deja llevar de la ética del pródigo, se arruinaría... y el que sintién-

dose pródigo... si se deja engañar de la ética del avaro, se arruinaría» (180). «Allí una idea es un espíritu o parte de él, y allí un espíritu es una idea» (94). Todo un puro *outillage*.

Muy bonito. Como para una vitrina, en una futura exposición de sentencias.

En filosofía es un secuaz de Henri Bergson (Vid. *El sentimiento trágico*, 318), el último mosquetero de la Metafísica, esa arruinada señora, que en fuerza de ingenio, se defiende —todavía— contra la abrumadora economía de la ciencia moderna.

Como filósofo, dice preocuparse de dos problemas: lo económico y lo religioso. No está mal. Veamos. ¿Qué es lo económico? ¿Qué es lo religioso? «Danos lo económico —dice— el resorte y móvil de la vida y nos da lo religioso el motivo de vivir» (*Nicodemo el fariseo*, pág. 242 de *Revista nueva*, año 1899). Móvil... motivo... «Móvil», cuando no es afirmativante el objeto del libre movimiento, así el proyectil, y cuando no es negativamente —lo contrario de fijo— aquello que carece de permanencia o estabilidad, «móvil» es: «lo que mueve material o moralmente» (*Diccionario* de la Academia, que añade «a una cosa»...; no las cosas no se mueven «moralmente»). Es decir, *móvil = motivo:* lo que mueve, lo que tiene eficacia para mover, como razón o causa. Lo económico, el móvil; lo religioso, el motivo... ¡la misma cosa! Tal vez quiso decir esto: lo económico —orden de las condiciones necesarias,

sentidas— es el universal *estímulo;* lo religioso— mundo de las transcendencias libres, presentidas— es el alto *motivo* ideal. Hay dos cosas en el motivo: un elemento y un fin conscientes (1). En el estímulo, el elemento psíquico es consciente; el fin, no.

Donde el Sr. Unamuno y Jugo ha vertido todo el vino de sus cráteras es en *El sentimiento trágico en la vida y en los pueblos* (primero, en «La España Moderna», de 1907; luego en un volumen, Madrid, Renacimiento, 1912). Es «lo más fuerte» de Unamuno. Veamos su lugar, en la escala de dureza; mas, ante todo, bueno es saber que esto no raya al diamante.

Inmortalidad no es —exactamente, íntegramente— igual que *divinidad.* Inmortalidad es atributo, uno de los atributos de la divinidad; es, también, cualidad atribuída a la naturaleza; no en la evolución de sus formas, sí en la perennidad de los primitivos, radicales, elementos: la materia, que no se crea, que no se destruye y la fuerza, de constante cantidad en el universo; los elementales o espíritus, persistentes en su figura de aparición ante la gelatina de la placa fotográfica y en su ruido de presencia, que un micrófono registrador puede recoger, si alguien quiere. Si inmortalidad es resistencia a la muerte, persistencia vital, he aquí los *inmortales de la naturaleza,* o si se quiere, los in-

(1) *Los orígenes,* pág. 205 y sigs.

mortales de la ciencia, nada divinos, frente a los inmortales de la teologia, poco humanos (1).

Ni aún estos son forzosamente, necesariamente, dioses; que inmortal es Dios, e inmortales son, también, los puros espíritus, ángeles y demonios, y los espíritus libertos, las almas. Carrera hacia el ocaso, en tierras de inmortalidad, va el concepto de divinidad depurándose. Dioses fueron los inmortales de la naturaleza, en su más brillante representación de fuerza —el fuego, la luz— y de materia —las piedras, los árboles, los animales— y los restos inmortales humanos, las almas de los muertos. El actual contenido de la divinidad es un modo de inmortalidad, solamente. El Dios de los pueblos cultos es el primer inmortal, padre de los inmortales, creador de la vida y de la muerte. El es eterno, enmedio de lo que empezó a ser, es y será, en diuturno cortejo de tránsito; pero El no es hoy lo único inmortal, si por inmortal se ha de entender positivamente lo que no muere, no metafísicamente lo que no puede morir. Si volverá el mundo a la nada, ese es un final de la gran tragedia sobre el que es vano hacer hipótesis, porque nadie podría asistir a él. (Vid. *Del sentim.*, cap. III.)

(1) Vid. nuestro artículo: *Cervantes y su mundo*, en *Revista quincenal*, de Barcelona, núm. 6.° (25, Marzo, 1917).

ELOGIO DE LA HEREJÍA

Y he aquí, ahora: ¿es buena la herejía? Ante todo, digamos con Guyau: en lo intelectual, «la ortodoxia es la heterodoxia». El pensamiento es libre, o no es pensamiento; que la glosa afirmativa, que el comento repetidor, rutinario, no es voz, es eso. El apologista, no es un pensador, es un miserable vocero. La herejía inconsciente es explicable; la herejía *a posteriori* es respetable; pero la herejía *a priori*, procurada por evidenciarse, de propósito y por sistema, eso es una mueca ridícula.

Mas, en este país hay quien se dedica a «pensador heterodoxo» (y hasta a «político heterodoxo»...), y se queda, apenas, en «heterodoxo», sin «pensador». Es una forma de la eterna contradictoria literaria, en lo religioso. —«Veamos, sobre esto, ¿qué dice la Iglesia? Porque ¿no sería de efecto pensar todo lo contrario (es decir, no pensar, contradecir simplemente)?» Yo no dudo de la sinceridad heterodoxa del Sr. Unamuno; pero, ¿de qué fama gozaría si fuese un vulgar, un adocenado fiel cristiano, católico ortodoxo, de confesionario y misa? Y no será imposible que al final de su vida, ya bien

cimentada la fama de un nombre, no se sienta *débil*, como Mariano Arés (1), como tantos otros... Trémulo frente a la verdad de ese pragmatismo transcendental: la muerte, como afirmación; esto es, ante la posibilidad de otra vida de negaciones, que el teólogo llama elegantemente «daños».

Pero, ¿qué es la heterodoxia filosófica?

Es la mentira por táctica, en combinación con un «río revuelto», en el que se pesca fama. «Es menester afirmar que deben ser y son yelmos las bacías y que se arme sobre ello pendencia como la que se armó en la venta... Sí, es lo que necesitamos una nueva guerra civil.» *(Vida*, 176). Y en la misma página, antes: «La mentira envuelve y agarrota las almas de esta casta de borregos modorros; estúpidos...» (loc. cit.) Llamemos mentidos a los demás, y por mentidos, «estúpidos», y luego nosotros, conscientemente, calculadamente, perversamente... ¡Viva la mentira! ¡Que se arme! Pero, ¡qué nobleza de alma!

Las ideas valen como verdaderas; las ideas sirven como útiles; las ideas impresionan como nuevas. Así, toda ideología es criteriología, es Etica, es Psicología, es Criminología, a veces...

---

(1) La defección final —ocurrida en la intimidad, a su muerte— ni se hizo pública, ni trascendió del conato sentimental, por impedirlo sus amigos inseparables, mediatizadores... Igual que eso, España desconoce —y será tarde si lo aprende— el testamento espiritual de D. Francisco Giner, favorable a la cultura germánica.

No es ya la heterodoxia filosófica, es la adoxia, la negación de todo dogma —religioso, filosófico, jurídico, político— *como dogma*.

«¡Cuánta simpleza! —escribía en 1894, insultando a su yo futuro, de 1909—, hasta tal punto nos corroe el dogmatismo que le hay del anti-dogmatismo.» *(Ensayos*, I, 195).

La estética de la heterodoxia es la mística; entiéndase la libre mística. Unamuno es un místico laico. Hizo de Don Quijote un Dios medieval —mitad héroe, mitad santo— y dedicóse a su servicio espiritual, y decidió consagrarse a su culto. Acaso se extrema, y aun desatina, queriendo hallar, como los tropólogos cervantinos (ejemplo, el matoide Villegas), en cada pasaje del Quijote un sentido oculto, un truco esotérico, una cábala mística.

Su comento es más que complemento lógico y mejor que espiritual añadidura, que es —a veces— franca suposición. Así, cuando afirma que en la biblioteca de Don Quijote obraba la célebre *Vida de San Ignacio*, por Rivadeneyra (*Vida*, 21); si bien reconociendo, de seguida, que «no la cita Cervantes...» (*Ibid.*, 22). ¿Cómo saber, entonces, si estaba?

Tocante al estilo, la célebre *Vida* es un calco de todas las piadosas *Historias de la pasión de Cristo*, singularmente de las *Meditaciones espirituales* del Padre Luis de La Puente, del P. Granada, etc.

Don Quijote es Jesús —¡qué profanación!— y Sancho —¡qué absurdo!— es San Pedro... Otras

veces —es la columna vertebral de la obra— le compara nada más que con San Ignacio.

Cosa tan extraña... Verdad que si el Sr. Unamuno y Jugo no ha sido tan comprendido y aplaudido como se merece es por su exceso de originalidad... Iñigo de Loyola y Don Quijote... ¡Estupendo paralelo! Claro está que algo viejo, calcado, como todo lo suyo; pues, conocidos son los libros de Rasiel de Selva (1) y del Rdo. John Bowle (2), y hasta un vulgarizador espiritual, Sauj López (3), recuerda este mismo paralelo en Castelar.

Luego viene, como en las *Meditaciones*, el «coloquio»; mas, sin grandeza mística:

«¡Oh luz invisible! dadme vida, para que os vea: u olor de vida; criad en mi nuevo olfato para que corra tras Vos, en el olor suavísimo de vuestros ungüentos.» (S. Agustín, *Soliloquios*, I).

«¡Oh mi Alonso el Bueno, vivir y respirar en Aldonza sin que ella lo sepa ni se dé cata de ello, tener la vida y el ser en la dulce imagen que alimenta el alma!» (*Vida*, pág. 146).

A veces, —justo es reconocerlo— se hallan en sus obras centellas de verdadero y fuerte misticismo. Pero, que evoca reminiscencias... Ejemplo:

---

(1) *Histoire de l'admirable D. Inigo de Guipuzcoa, Chevalier de la Vierge, et fondateur de la Monarchie des Inighistes*, La Haya, 1736.

(2) *A Leter to the Reverend Dr. Percy, concernins a new and clasical edition of «Historia del valeroso caballero Don Quixote de la Mancha» to be illustrated by Annotations*, etc., Londres, Wite, 1777.

(3) *Cervantes*, Napoles, Riccardi, 1913, pág. 73.

«¿Qué te aprovecha disputar altas cosas de la Trinidad si no eres humilde, por donde desagradas a la Trinidad? (Kempis, *Imitación de Cristo*, cap. 1, 3).

«¿De qué nos serviría definir el amor si no lo sintiéramos?» (Unamuno, *En torno al casticismo*, ed. 1902, pág. 51.)

Y como esta imitación de la *Imitación*, las hay de otros modelos, menos conocidos e imitados.

Con todo, no se puede ello negar: el Sr. Unamuno y Jugo es un místico, pero un místico extraño. Diríamos que era un *místico de sí mismo*.

DÓMINES Y MAESTROS

Con *La enseñanza del latín en España* se encabeza el tomo II de los *Ensayos*. Es un trabajo aparecido en «La España Moderna» de Octubre de 1894; después recogido en *La Enseñanza superior en España*, Madrid, Revista nueva, 1899. Más tarde, en 1902, publica el *Prólogo* a *La educación*, de Bunge *(Ensayos*, III, 115-143), y aun ese mismo año, *Amor y pedagogía*, de propósito novelesco relativamente escolar. El Sr. Unamuno y Jugo (D. Miguel) es, pues, uno de nuestros críticos de la Enseñanza; veamos qué idea de ella tiene.

Mas antes, bueno es que sepamos lo que enseña y cómo enseña. El Sr. Unamuno es, oficialmente, catedrático numerario titular de «Lengua y literatura griegas» y de «Historia de la lengua castellana», antes «Filología comparada del latín y el castellano».

Ahora, sufriría un desengaño cruel quien acudiese a la primera cátedra del Sr. Unamuno, haciéndose ilusiones de salir sabiendo griego. No; allí no se enseña griego, allí no se aprende griego. Se atribuye al Sr. Unamuno la opinión de que el griego no sirve para nada, y cuéntase que argüido sobre

porqué no renunciaba su cátedra, si así lo estima, repuso: «¡Naturalmente!, porque entonces vendría a ella un catedrático que enseñase griego a mis alumnos, y les había *reventado*» (*sic*). Tal vez añadía: «yo tengo el deber de defenderles contra el peligro griego». En *La enseñanza del latín*, dice: «deber profesional sería enseñarlo lo menos posible». (*Ensayos*, II, 12). La anécdota no es, pues, inverosímil...

Entretanto, dice: «presumo de bastantes cosas, y entre ellas de ser un buen catedrático de Lengua griega.» (*Ensayos*, VII, 195). En efecto, para los alumnos...

Aparte el humorismo, y extraída la raíz cuadrada de la fantasía, por serias informaciones de buenos discípulos, podemos asegurar que el Sr. Unamuno no enseña orgánicamente lengua griega, ni metódicamente literatura griega, ni la española, ni la latina... Comenta, nada más, un cierto número de palabras griegas, españolas y latinas; allí, ni se analiza, ni se ordena; la sintaxis está ausente. El Sr. Unamuno, por otra parte, nada ha publicado que signifique *estudios* —científicos, serios— sobre las materias de su profesión.

Como crítico, parece amar vehementemente la Enseñanza; como profesional de ella, ni le demuestra aprecio. Más vocación parece tener por la burocracia académica, a juzgar por el dolor que le produjo la extracción dentaria del rectorado...

Y ¿qué importa? Acaso la Enseñanza no estriba

en investigar, en producir ciencia; ni menos en formar, espiritualmente, a los hombres. Tal vez lo importante es enseñarse, esto es, mostrarse, a sí mismo... Que así, Enseñanza es exhibición (1).

Ante todo, seamos castizos. «Maestro o preceptor de gramática latina» —dijo Roque Barcia, repitió la Academia— es el *dómine*. El dómine es hombre representativo de toda nuestra vieja Enseñanza, híbrida de presunción y de odio. Dómine es el «pedante», maestro ensoberbecido del relativo saber, parapetado tras de sus gafas, frío aislador entre él y el mundo.

El profesor sugiere, amablemente, heroicamente, desgarrándose el pecho; el dómine inculca, agresivamente, lacerando ajenas carnes. «La letra con sangre entra» —dice el dominesco adagio; mas, «no con sangre del discípulo, sino del maestro»— se ha rectificado elocuentemente.

Bien que abunde en nosotros la cultura y que, puesta en desnivel con la baja insuficiencia ambiente, rebase; mas, ¿por qué ha de hacer tanto ruido inútil la cascada? ¿Por qué socava y hiere, salpica y ofende, la torrentera? ¡Serían tan hermosas, sin la brutal agresión, la fuerza; sin agria censura, la virtud; sin el ofensivo lujo, la riqueza! Enseñemos belleza y verdad; mas enseñemos la verdad, humana y bellamente; que quien enseña con

---

(1) Vid. nuestra Conf. *La enseñanza: lo que es, lo que debe ser*, Sevilla, 1909, pág. 11.

ira sólo ira enseña, y el que menosprecia no alecciona. Maestrazgo es dignidad y es perfección, no lo olvidemos.

Sólo se hace entender el que entiende, y se ha dicho: *celui qui haïse ne peut pas comprendre.* No hay otra buena escuela conocida que la del respeto y el amor, en el mundo. Mas, hay quien odia...

Todo esto, con ser muy triste, es disculpable, porque se trata de una enfermedad. ¿Es dolor de estómago? ¿Es hipocondría? «Conozco esa enfermedad —dice—. Me ocurre lo que al pobre Flaubert: no puedo resistir la tontería humana.» *(Contra esto y aquello*, 20, 21). ¡Exacto!, tan exacto, que acabando de leer un libro del Sr. Unamuno y Jugo, se siente uno invadido de ese mismo padecimiento.

Bien es verdad que esto le ocurre a pesar suyo, ya que confiesa hacer «esfuerzos por no ser grosero y burdo.» *(Contra esto y aquello*, 16). Tal vez no lo consigne siempre; mas, si no la intención —estamos en la ancha Castilla— la franqueza salva.

Sí; en el rezago de nuestra cultura es un deber sagrado, de los que profesan ciencia, como maestros, el de escribir seriamente, y publicar con frecuencia sobre temas de su competencia científica. Si no, pudiera pensarse lo que, no por anticipo audaz a la objeción, deja de ser realidad en la ajena conciencia. «¿Será que la conoce mal (la literatura griega) y teme mostrar su flaqueza en aquello de que oficialmente es maestro?» *(Amor y pedagogía. Prólogo*, 9). *Tu dixisti!*

EPÍLOGO

Hoy la mujer de Loth no mira atrás, que se mira a sí misma, y todos pecamos en la mujer de Loth. Es deber el mirar atrás, a la tradición, y a la vez hacia adelante, camino del progreso, pero fuera, afuera de nosotros. El que se detiene a contemplarse, en el espejo del ingenio, peca. Esa es coquetería de poetas, afeminamiento de falsos sabios. Por su estatua de sal pasarán su larga lengua los beocios, en un desierto de cenizas, hoy candentes, pero pronto frías, pétreas.

Ciertos casos literarios me recuerdan el de una hermosa joven provinciana. Erase de muy subida belleza, tal que causaba encanto el contemplarla. Mas, a nadie amaba, que todo estimaba en poco para ella. ¿Qué hará? —nos preguntábamos. Un día supimos que pensaba dedicarse a modelo. Pero allí, en la localidad, no había artistas. Muy necesitada, no consintió en aceptar trabajo corporal, por mejor conservar su belleza; madre, un día, abortó su engendro. Al fin, llegó a la localidad un escultor célebre, y se la presentaron. Fué horrible. Al ver su cuerpo halló que era desproporcionada, contrahecha...

¿Qué especie de cultura amó sobre todas el señor Unamuno? ¿Qué trato científico ha cultivado asiduamente? ¿Qué investigación original engendró, en carne de esfuerzo, y sangre de sacrificio, y alma de renunciamiento? Nada. Toda su obra es una esterilidad jeroglífica; que, al mostrarse en intimidad psicológica de ejemplo, horroriza.

Nada positivo, y nada social. No ha creado el señor Unamuno una cultura, que esforzadamente labró Costa; ni ha formado a una generación, como Giner. No supo hacer el inventario espiritual y tasación de bienes culturales de la raza, obra gigante del gran Menéndez y Pelayo. Incapaz de exquisiteces y poco humano, ha sido. Ni es refinado su espíritu, que de eso hay aquí un ejemplar único, Benavente; ni entiende en achaque de humanidad mas que un fraile exclaustrado, que hiciera del confesonario frío laboratorio de la más triste y falsa psicología.

Terminamos. Mas, obsérvese que esas pilas de libros son pedestal penosa y aun cruelmente labrado por el autor para elevarse en vida la estatua invisible de su nombre. Que se puso en ellos más de pasión que de calidad, y a veces el efecto se buscó más que la enjundia.

Ya la abrumadora pluralidad se reduce a cómoda serie de títulos. Ahora, pulverizando los malos libros de cada pila, acaso, perdido el equilibrio, muchos caigan. Quedan pocos, y de fácil visión conjunta, por planos y tallas. Esa es la misión de la crítica.

Lo que fué el pensamiento humano: mariposa pegada a graves bloques —en los ladrillos caldeos y asirios, en los papiros egipcios, en las piedras griegas, en las tablas romanas— vuelve a serlo bajo la densidad y magnitud de nuestros libros, objetos demasiado pesados, semejantes a ladrillos y placas, de cerámica o piedra. Tendidos al sol de la opinión, y a veces apilados —obras en varios tomos, obras completas—, fué la crítica guía alpina, para viajar por montones de volúmenes, buscando o huyendo el encuentro con esos pequeños monumentos, ante los que se nos aconseja detenernos o pasar, admirar o ver indiferentes.

Y he aquí a D. Miguel de Unamuno. No es un sabio —él mismo rechaza el epíteto— ni es un hombre de ciencia; no posee, tampoco, una propia y vasta cultura; no es, rigorosamente, un pensador. Es, en cambio, algo muy personal —sin originalidad— y está por encima de muchas gentes, no llegando a genio. Es un contemplativo; constantemente mira al mundo. Acaso llegue un día, de tanto y tanto mirar, a ver algo que otros no vieron, y si lo cuenta sin deformarlo, le diputaremos por original, entonces. Tal vez, visto y revisto el mundo, logre saber algo de él que aún no se supo, y si lo dice reflexivamente —no reflejamente, como ahora—, le tendremos por un pensador. Ahora que nunca será un sabio, porque carece de la preparación precisa, y ya es tarde para él, si intenta formarla; cosa que, a lo que parece, no le importa.

No es, de ninguna manera, un artista, ni un hombre de ciencia, pero sí que es —y esto vale por todo— un talento y un hombre de curiosidad; aquí, donde casi nadie contempla.

No es un pensador, propiamente; es un *mira-al-mundo.*

INDICE

	Págs.
I.—El hombre de letras	1
Hiperestesia del yo	2
La conquista de la fama	7
El valor de la contradicción	11
Continuidad y renovación	15
Consecuencia y conciencia	17
La obsesión	19
Psicología del ensayista	21
Lo castizo	24
Casticismo y lengua	28
La literatura	33
El novelista	34
Un Greco apócrifo	40
La descripción y la narración	44
Unamuno, poeta	49
La sensibilidad	54
El estilo	57
Asonancias y repeticiones	60
De estilística	65
La palmeta y la Gramática	70
Consecuencia y conciencia	75
Contra la Academia	77
Inconsciencia gramatical	80
Renovación lexicográfica	86
Uso y abuso	92
Un pica-letras	95

Págs.

II.—El pensador 97
La cultura 98
¡Matemático! 99
Un poco de física 100
Können Sie Deutsch? 103
Oh, mon Larousse! 109
El médico a palos 114
Naturalista, sí; naturalista, no 116
Unamuno de Don Quijote 119
La ciencia 121
Una bella cascada 125
La ideología 128
Elogio de la paradoja 133
Un tipo mental 139
Elogio de la herejía 146
Dómines y maestros 151
Epílogo 155
Indice 159

MENTALIDADES ESPAÑOLAS

Vol. II (en prensa).

RAMÓN TURRÓ

A éste, seguirán otros estudios, en preparación, sobre:

ANGEL GANIVET.

DIEGO RUIZ.

JOSÉ ORTEGA Y GASSET.

PEDRO DORADO MONTERO.

ESPECTADORES DE ESPAÑA.

CANTORES DE AMÉRICA.

4 PESETAS

Imp. G. López del Horno San Bernardo, 92

68212

863.59
U54Z

863.59 U54Z S1

a39001 008165469b

72/

G.E.STECHE
ALFRED HA